

El huésped invisible

José Napoleón Oropeza

COLECCIÓN CONTINENTES

El huésped invisible

José Napoleón Oropeza

El huésped invisible

Cuentos 2002-2015



1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2023

El huésped invisible. Cuentos 2002-2015

© José Napoleón Oropeza

CORRECCIÓN Y EDICIÓN

Nagdy Guevara Valecillo

DIAGRAMACIÓN

Fabiola Arneaud

IMAGEN DE PORTADA

Lights of other days (1906)

John F. Peto

Óleo sobre lienzo, 77.5 x 45.14 cm

Instituto de Arte de Chicago

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2023.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2023001714

ISBN: 978-980-01-2411-6

*A la memoria de mi maestro Félix Ernesto Osuna,
por los días inolvidables en el Grupo Escolar José Francisco Jiménez.*

*A la Dra. Zenaida Castillo, espejo y lámpara
de sabiduría profesional y afecto
encendido y perenne por todos sus pacientes.*

*En honor a la memoria de la escritora Carmen Mannarino,
cuya literatura ha sido y será siempre una lección de vida:
en ella descubrí la magia del vuelo de un pájaro
y la fuerza arquetípica de los ríos de infancia.*

*... La lluvia es una cosa
que sin duda sucede en el pasado.*

JORGE LUIS BORGES

*Yo no sé buscar nada.
Lo que no encuentro por sorpresa, no lo obtengo.*

ENRIQUETA ARVELO LARRIVA

Entre la cuna y el dinosaurio

Es la madrugada y debo irme, como llegué: con la misma discreción con que entran y salen de esta casa el viento, la luz, las horas y la noche.

OSWALDO TREJO

Acaso al inicio del texto, hiciera falta una fecha tachada si de una carta a Oswaldo Trejo se trataba, pensó el propio Oswaldo. Se rio de su propia ocurrencia y se preparó a iniciar el recorrido de todas las tardes. Se adentró en una de las calles camino hacia algún café de Sabana Grande: dos cuadras a pie hasta llegar al bulevar donde esperaría a algún amigo. Se las arreglaría para inventar una presencia entre quienes pasaban toda la tarde sorbiendo una taza de café sin que el mesonero lograra que se marcharan y cedieran la silla a alguien que, por lo menos, le dejase propina. Antes, como siempre, entraría a husmear en la librería. Últimamente, hasta los compradores de libros escaseaban. Entraría a la Librería Suma y después de saludar a Julia y a Raúl, caminaría hasta el Gran Café. Raúl le anunció que, esa tarde, vendió dos ejemplares de su último libro, *Mientras octubre afuera*, presentado la noche anterior. Después de ese anuncio, salió sigiloso, como un espanto. Un colibrí, se dijo. Y se rio de su cursi expresión.

Se alegró cuando se enteró de que los compradores habían sido Esdras y Eduardo, viejos compañeros de escritura y tertulia. Esdras Parra, hermana del alma, se merecía una última firma antes de marcharse de la librería, temeroso de

la llegada de otros compradores que, también, le pidiesen autógrafos. ¿Y quién tomaría en serio su afirmación de que no firmaría más después de haber vendido dos libros en una sola tarde? «Para Esdras, quien tuvo dos cunas, la agraciada, mi hermana de aventuras, el único ángel que vivió en la tierra». Esdras agradeció el escrito con ojos más diminutos cuando se humedecían. Pero Oswaldo pensó que esa imagen también la había inventado Eduardo. Halladas las palabras, las lágrimas de Esdras, al recibir el libro, recordó la imagen de Julio Cortázar sobre el cristal que temblaba en el agua, el ritmo de un latido. Y entonces, ¿por qué traía la imagen del colibrí como no invocada ni pensada en el primer párrafo del cuento que planearon escribir entre los tres, a seis manos, como si se tratara de un nuevo *Pequeño Consejo Mundial de los Indiscretos*?

La idea inicial la proporcionó Eduardo la noche anterior: un cuento sobre un árbol de Navidad cuya historia estuviese contenida en la confección del mismo árbol: el cuento y el árbol se tejían y destejían en una sola noche. Un instante convertido en realidad cuando se encendieran las luces en las manos. *No horas hundidas en palabras*, sino un momento de luz nacido de las manos que hallasen de pronto ese pronto entre las manos como si fueran las alas de algún colibrí. ¿Acaso por tratarse de un ser tan diminuto se convertía en el más atrayente de todos los pájaros?

Esa tarde de su encuentro en la Librería Suma, Oswaldo pensó que sus lectores no serían un colibrí. Pero se sonrió. Haló la silla para que Esdras se sentara. Se sentía extremadamente feliz, no porque fuese víspera de Navidad —nada distinta a las navidades pasadas en Caracas desde su retorno de Roma—, sino porque se sentía así por no faltar a la cena en casa de su amiga Antonia Palacios, aunque ella ya

no se levantase de la cama. Oswaldo, quien nunca en su vida había vestido un árbol, se disponía a llevar, como regalo, un árbol de Navidad vestido por él mismo. Lo ayudarían Esdras y Eduardo, tras la conversa que proporcionaría imágenes en el logro de un árbol para la noche de Navidad de Antonia Palacios. De nuevo se iluminaron los ojos de Esdras: intentó decir algo. Pero fue como si se juntasen el árbol y el pájaro. Lo imaginó; lo pensó; lo oyó decir a Eduardo, siempre atento a cuanto Oswaldo les pidiese. Esa noche, Esdras parecía más atenta a la conversación, pensó Oswaldo, ansioso de reanudar la disertación de aquella tarde sobre el cuento. Acaso porque intuyó que no seguiría en busca de una frase, una oración por hilvanar. No habría más comas, ni acentos. Pero, en verdad, ¿qué sucedía con Oswaldo aquella tarde? Los amigos lo vieron entrar en la juguetería más grande de Caracas. No entendían por qué Oswaldo gastaría diez minutos allí si no tenía muchachos a quienes comprar un juguete.

Esdras y Eduardo se sentían perplejos. Eduardo hizo una señal al mesonero. Pidió un té frío para Esdras, otra cerveza para él. Recordó que Oswaldo había pedido otro té. Mientras el mesonero les traía el pedido, para hacer tiempo hasta que Oswaldo volviese, empezaban a hojear el último libro publicado por su amigo. Quizás les gastó una broma o, definitivamente, no entró en la tienda y reclamara su presencia veinte metros más adelante. Cada uno tomó su bebida. Esdras pidió que le permitieran un minuto para brindar por la Navidad antes de retirarse a su apartamento. No deseaba entrar en la tienda; tampoco decidía ir a casa de Oswaldo a participar de la escritura de un cuento que ella misma había sugerido escribir entre los tres, como continuación del relato *Las islas*, escrito por Oswaldo Trejo. Partirían de la frase que, en sí misma, constituía un relato: «Es la madrugada y debo

irme, como llegué: con la misma discreción con que entran y salen de esta casa el viento, la luz, las horas y la noche».

—Me he sentido un poco indispuesta y prefiero ir a descansar. Los llamaré pasado mañana para que bajemos a la playa.

—¿Y quién dijo que iremos a la playa el día de Pascua?

—Bueno, Oswaldo, entonces te llamaré simplemente para saludarte.

Mientras Eduardo cancelaba la cuenta del primer consumo, Oswaldo dijo algo en secreto al mesonero. Esdras y Eduardo imaginaron que debían prepararse para otra de sus ironías. El mesonero, contrariando sus pícaras miradas, trajo tres copas y una rosa que Oswaldo Trejo tomó entre sus manos primero que la copa. Adivinaba que, de esa manera, haría llorar a Esdras de felicidad. Ella pensó que, definitivamente, su amigo lo tenía calculado todo aquella tarde víspera de Nochebuena, ¿y cómo negarse, ante tanta galantería y atenciones, a entrar a una tienda de baratijas, a una quincalla donde la aturdirían las gaitas, el redoble de tambores y la voz chillona de los buhoneros ofreciendo luces de bengala y velocípedos al mismo tiempo? Tomó la rosa. Pensó de nuevo si esas bromas de Oswaldo no proporcionaban otra forma de enseñanza por parte de quien, toda la vida, tuvo horror a dictar una charla, a hablar en público, a ser llamado maestro. En la frase de trece líneas que entregó la tarde anterior para reiniciar la tertulia sobre el cuento, se hablaba de «florido» para referir al pájaro, del pecho en flor, o algo así. Esdras, quien se ufanaba siempre de su buena memoria, apenas si alcanzó a leer tres veces la frase, antes de que Oswaldo, como siempre ocurría, les quitase el papel, tras su risa y su chanza del momento: no necesitaba aprender la frase de memoria.

—Gracias, Oswaldo. Cada día las rosas son más bellas. O tú nos las haces ver bellísimas...

—No yo. Yo no las siembro. Ni esta rosa te la regalé yo...

Tampoco preguntó quién la enviaba. La tomó y la mantuvo un tiempo contra el pecho mientras los tres entraban en la quincallería. Eduardo pensó en otra palabra. Intuía que la entrada en la tienda suponía otra treta de Oswaldo, una tomadura de pelo de la cual ninguno de los dos se salvaría, mucho menos Esdras, dispuestos a dejarlos solos en el juego tipificado por Oswaldo, como el «último», antes de traspasar el umbral de la tienda. No sabrían si el último de la vida o del año, ni tampoco si el juego de armar el cuento, concluirá en la quincalla, tal como lo imaginase, al pedir al vendedor que los condujera a la sección de adornos para árboles de Navidad.

—Te quedaste callado, Eduardo. Ya nos vamos. Hay tantas pelotas que no sé cuáles llevar y el árbol de Alicia está muy pobre...

—¿Pero no era para Antonia Palacios el regalo?

—Son para Antonia todos los libros y todos los regalos —respondió Oswaldo, y de nuevo sonrió a la manera como solía hacerlo cuando ironizaba: su rostro enrojecía, sus ojos se tornaban más brillantes, tanto como el pelo canoso, su abundante cabellera peinada con un alto copete siempre rígido, como sus modales, el caminar erecto con los hombros alzados, no obstante flexible al paso del hombre que, como todas las tardes, venía a los cafés, a la librería y entraba, casi siempre, al final de la jornada a aquella tienda de los chinos repleta de todo— solo que esta vez vengo a buscar algo para el árbol de Navidad de Alicia. Me aguardan unos minutos; enseguida iremos por el carro.

—Yo los acompaño hasta acá —volvió a insistir Esdras, dando señales de que estaba agotada o ansiosa de leer *Mientras octubre afuera*, el último libro publicado por su amigo, nuestro amigo Oswaldo Trejo.

Como si le diese permiso de marcharse, Oswaldo le dio un beso en la mejilla. Ambos entramos en la quincalla de los chinos que, acostumbrados a sus visitas diarias, lo dejaban deambular por la tienda, sin que reconocieran en él al escritor, pero sí al diplomático, al hombre que muchas veces vieron retratado en los periódicos, en actos protocolares de presidentes extranjeros.

—Te quedaste callado, Eduardo —me dijo mientras dejaba entre mis manos algunos libros dedicados a Antonia Palacios, a María Teresa Castillo, compañera de tantas tertulias en casa de Antonia durante más de veinte años, todos los domingos y para Alicia, su ama de llaves, quien fue su empleada en Roma, en Bogotá, en Brasilia, dueña de todos los espacios del apartamento de Oswaldo, a quien, además, llevaríamos un regalo. Dije «habíamos» y me quedé pensando si en mis observaciones acerca de mi amigo, no buscaba asumir yo mismo muchos de sus gestos, aunque, a veces, me molestaba su risa sarcástica, su burla disimulada, sus comentarios ácidos a los pintores que le pedían opiniones sobre sus cuadros cuando visitábamos algunas exposiciones. Se sonreía. Enrojecían sus pómulos mientras empezaba a exclamar, después de guiñarme el ojo, reafirmando su sarcasmo burlón: «¡Qué verdes! ¡Qué rojos! ¡Qué líneas, qué manchas, qué árbol tan brillante!». Daba una vuelta por la siguiente sala y proseguía con sus Qué, Qué, Qué; yo detrás, a pocos metros suyos, como aquella tarde que prolongaba la luz solar unos minutos más. El cielo, extrañamente para ser diciembre, presagiaba lluvia. Incluso dentro de la tienda sentían la humedad. De pronto, Oswaldo me pidió excusas por su demora en hallar lo que buscaba.

—No, no te preocupes. Busca con calma el regalo para Alicia. No estoy apurado. Yo también ando en busca de algo, pero no sé qué cosa...

Desistí de la idea de saber si Oswaldo comprendió mi respuesta, con aquello de que yo también buscaba algo. Fingía que andaba detrás de él, nada más que pensando en una frase, una oración para hilvanar el discurso cuando retomáramos en su casa la conversación sobre el tema del cuento, de cómo el escritor, todos los días, perdía grandes anécdotas; permitía que murieran algunas imágenes nada más que viendo cómo dejaba de llover sin detallar a la mujer que luchaba, inútilmente, bajo la lluvia con un paraguas inservible. La mujer optó por dejarlo en una silla y seguir con la mirada a otra mujer que acababa de abandonar la tienda. Mientras la primera abandonaba la tienda, la otra repetía, en voz alta, que no perdiéramos la ocasión de encontrar en la tienda de los chinos a Catherine Deneuve, como le había sucedido a una amiga en París, cuando entró a una tienda para huir de la lluvia y se encontró, adentro, con la famosa actriz. Allí, inadvertida, Catherine fingía que buscaba un pañuelo para su cuello humedecido.

Eduardo sonrió al recordar la anécdota que le había contado Consuelo, la esposa de su amigo Irwin Chapellín, a quien acababa de ver parado en la otra acera, también esperando que escampara. Pero ellos dos, Oswaldo y él, en cambio, ajenos a la repentina lluvia decembrina, continuaban en la tienda. El primero buscando unas bolas y adornos para el árbol de Navidad del apartamentico que dentro de su propio apartamento compartían Alicia y su hijo y Eduardo, fingiendo que lo seguía cuando, en verdad, no buscaba pañuelos para su cuello, sino un pavorreal de celuloide como aquel que le regaló su hermana Annedys una noche de Reyes que iluminó su vida hasta que lo reventó a fuerza de meterle agujas, como lo hacía con las muñecas hechas también de celuloide, no sabía si para hacer rabiar a su hermana, mientras lo guardaba

bajo el alero y le hacía señas para que no pasara, pues, el río estaba crecido, por más que pensara que las ondas del agua no formaban parte del plumaje de aquel pavorreal.

—Ya nos vamos. Bolas son bolas. Importa el gesto, ¿no crees? Alicia se va a contentar mucho, tanto como Antonia al recibir, cada una a su manera, un árbol...

—¿Cómo? No entiendo.

—Igual que tu amigo Irwin y su esposa y Catherine Deneuve. Los has atrapado en la misma lluvia como una aguja será aguja y el pájaro que buscas pájaro, ¿o te olvidaste de que no hablaremos sobre el cuento esta tarde, sino a escribir uno mientras caminamos? ¿Llegamos a la casa y en el espacio de Alicia; justo frente a la puerta de su cuarto, dejamos su pavorreal encendido?

—¿Qué pavorreal? ¿No era un árbol?

—No un árbol, sino la aguja que dejó la lluvia. ¿Todavía no has visto a un pavorreal? Estamos listos para empezar. Tomemos un taxi para llegar al estacionamiento donde dejé mi carro...

Pensaba en la aguja, en la gota. Pero no recordaba si una de estas palabras o imágenes fueron señaladas al comienzo del ejercicio sobre el cuento que debíamos concluir antes de que nos despidiéramos, justo a la espera de la Nochebuena. No importaba si no figurasen esas imágenes en alguna frase en el cuento *Las islas*, de Oswaldo Trejo. Ya dentro del taxi, miré de reojo a Oswaldo, para que no pensase que trataba de adelantarme a sus exigencias. Estaba seguro de que, al bajar del taxi, ya solos dentro de su carro, empezaría a exigir que yo, en voz alta, continuara el relato. Al descender del auto y divisar el Volkswagen de Oswaldo se me ocurrió pensar que yo había permanecido ajeno a la lluvia, observando a mi amigo. Y de pronto perdí lo más importante: lo que

Oswaldo llamaba la fuerza del día en las imágenes. Y al ver su viejo auto, el Volkswagen que jamás ha cambiado en veinte años, me pareció ver a Esdras, acurrucada, muerta de frío, acomodándose en el estrecho espacio del auto. Y pensé en la imagen de la cuna sugerida por Oswaldo al principio, porque tenía que ver con la recreación del cuento que nosotros definíamos como el relato más breve del mundo:

Se vende una cuna que no fue usada

Recordaba las historias que habíamos armado con las posibilidades de ese cuento tan breve que, en ocho palabras, sintetizaba el dolor, el drama, o acaso el placer de salir de un objeto arrumado, porque el bebé de la historia recibió muchos regalos, entre ellos, tres cunas. A Eduardo se le ocurrieron dos historias al mismo tiempo, al imaginar a Esdras durmiendo en el auto-cuna. Esa noche ocurriría un final inesperado al concluir el ejercicio o al despertar del sueño, como ocurría en el cuento de Augusto Monterroso: «Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí». Sonreía al imaginar que, en la historia real, Oswaldo propuso continuar esa otra historia. El mismo Eduardo imaginó que el árbol de Navidad se transformaba en un hermoso pavorreal surgido del pecho de su amigo que creía dormido, después de la fatigante jornada de aquel día.

—Ahora eres tú quien calló...

—Pensaba si no sería mucho mejor continuar con el ejercicio del cuento y, después, armar el árbol para Alicia. Por cierto, mientras veníamos en el carro y me mostraste el paraguas roto que dejó la mujer, me acordé de uno de tus conceptos sobre el cuento.

—Lo referí para que recordaras la frase de Julio Cortázar que define el cuento como un temblor de agua dentro de un cristal.

Intuía que Oswaldo se preparaba para un juego final y, por más que se esforzara en adivinar cuál sería, preferí concentrarme en su concepto mientras lo veía desempacando las bolas y demás adornos, el árbol guardado en dos cajas bajo el sofá comprado en un viejo almacén de antigüedades bogotano. «El cuento nace de la reunión de una araña, una tiza, una luciérnaga, un par de zapatos en una caja de fósforos». Cuando terminó de reunir las ramas del árbol, ayudado por mí, más atento a sus manos tejiendo, no el diseño verbal, sino el rito de evocar, quizá, el pesebre andino, donde ellos, cuando niños, amontonaban los zapatos, las manos huesudas, ligeramente húmedas descritas en las páginas de *Andén lejano*, su primera novela, no vi nada extraño en su semblante, aunque me dijo que se recostaría un rato y me dejó, entretanto, la tarea de adornar al árbol.

—Así completas tu pavorreal —dijo, sarcástico, con su media sonrisa— O, definitivamente, te quedarás solo mientras yo escribo mi parte. En menos de una hora estaré contigo. Olvídate ya de mi definición del cuento. Importa el dibujo del pavorreal en el árbol de Alicia. Quiero verlo al concluir mi siesta. No al dinosaurio. Yo me quedo con el pavorreal.

Cuna árbol pavorreal luciérnaga dinosaurio zapatos para tiza en agua. Volví a empezar; a repasar mentalmente las palabras o imágenes con las cuales idearon proseguir el relato: tiza en aguas devolvía a los orígenes de un dinosaurio ubicado frente a las cajas abiertas de las cuales Eduardo extraía las ramas para el árbol, los lazos, las bolas de colores. Acaso resultó un exceso el diminuto pavorreal de celuloide que, al principio, pensó colocar en la punta del pino. No porque

Oswaldo le hubiese pedido incluir al pavorreal renunciaría a la prudencia que Poe recomendaba, en función del logro de un *efecto singular y único*, al escribir un cuento.

No recordaba haber hablado con Oswaldo de aquel pavorreal de celuloide como lo hizo esta tarde. Tal vez se debía al efecto de la lluvia, a la imagen del paraguas roto y al recuerdo de la anécdota que había inventado sobre Catherine Deneuve. ¿Pero no sería suficiente imaginar que *Alicia no vivía más allí*, y como en la película protagonizada por Sisy Spacek y Martín Sheen, decidió, para siempre, dejar a Oswaldo sin su ama de llaves? Eduardo seguía atento a la distribución de los lazos, de las bolas verdes amarillas azules, de tal manera que se asemejasen, aun cuando fuese lejanamente, a la cola de un pavorreal de Ochún.

Cuando pensó en la imagen sagrada de Ochún, se concentró tanto en la idea de que por mucho ruido que hiciese, Alicia no saldría de su cuarto. Algo le decía que ella no tenía nada que ver con el sueño de la Deneuve bajo la lluvia, pero sí con Ochún, no solo por su piel cobriza, sus pómulos salientes, su pelo negro azabache de indígena. Pudiese estar jugando con ellos, escondida detrás de la puerta que conducía a la cocina y los cuartos ocupados por ella y su hijo Elewa. Alicia ya no vivía allí, como tampoco Ochún. Pero oyó decir al propio Oswaldo, que si se ofrendaba, en su honor, un pavorreal acudiría al llamado: el propio pavorreal con sus graznidos la haría retornar. De la cuna que nadie más había usado, porque la madre la ha cuidado con celo, se levantaría la misma Ochún. O acaso retornase Esdras a acurrucarse allí, dormida, diminuta, como Alicia navegando en las aguas del sueño de Esdras, sobre una hoja de álamo, sacudiendo las alas en su mente, cuando Eduardo, sudoroso, cansado, se disponía a guardar la escalera y, enseguida, llamar a Oswaldo para que viniese a contemplar el árbol que vistió para Alicia.

Fue entonces cuando me sorprendieron los graznidos. No sabía cómo definir ese sonido grito-canto-graznido-llamado. ¿Por qué no llamarlo canto, aunque se tratase de un sonido atronador, que sacudía los cimientos del apartamento mientras retumbaba? Miré hacia el pasillo que conducía al cuarto de Oswaldo; me quedé pensando si ese canto no lo imaginaba yo. Sin duda, se trataba de otra de las bromas de Ochún, escondida en el apartamento, dormida en la cuna que compartían Alicia y Esdras.

Ahora adivinaba: Oswaldo compró una corneta en la quinella; la toca, ahora, para gastarme bromas. Me hizo creer que tan solo compró los adornos del árbol y no una corneta cuyo ruido molestaría a todos los vecinos. Trataba de asustarme con esa corneta; lo imaginé acurrucado detrás del sofá o acaso debajo de la cuna que su madre nunca quiso vender porque en ella acostó a Oswaldo y al resto de sus hijos. Correspondió a Oswaldo cargar con la cuna en todas sus mudanzas, aun después de la muerte de su madre. ¿Se trataba en verdad de una corneta o del ahogado canto de un cisne malherido? Alguna vez leí que los cisnes cantan antes de morir. ¿Estaría Antón Chéjov incluido en el ejercicio de esa tarde? Sin demoras, decidido a sorprender a Oswaldo antes de que él me siguiera gastando esa broma de tocar la corneta cuyo ruido, sin dudas, salía de su cuarto, y decidido a entrar sin llamar antes, abrí la puerta de un solo empujón.

Ni dormía, ni fingía dormir. Cuando entré, seguramente, el asustado resultó el pavorreal. Dejó de cantar y, a una orden de quien fuese su dueño, sacudió la inmensa y hermosa cola que, según los creyentes, solo abría en homenaje a Ochún. De ello, nunca habíamos conversado Oswaldo y yo. Temeroso de algún picotazo del ave, todavía creyendo en una treta de Oswaldo, sin imaginar de dónde había salido aquel hermoso pavorreal,

llamé a mi amigo tres veces por su nombre. A la tercera vez, el pavorreal empezó a agitar, levemente, su cola; a dar cortos pasos, hacia atrás; hacia adelante, como si danzara. El semblante de Oswaldo, pálido, sudoroso, la frente sudada, brillante y sus ojos semiabiertos, me produjeron una mezcla de temor, de turbación. El pavorreal, sorprendido por mí, se fue acostumbrando a mis gritos y a mi llanto. Prosiguió su danza. Nadie acudiría. Sin ser ángel, me había quedado solo sobre la tierra. Por más que gritase, ni Oswaldo despertaría de su sueño, ni el pavorreal dejaría de danzar sobre su pecho.

El huésped invisible

«El hombre es un muerto que juega con muertos».

JORGE LUIS BORGES

A Leonardo Mazzei, por las horas compartidas tratando de comprender el misterio de la poesía y a Maritza Quintero: por los caminos de luz que abren en mí su amistad.

Sofía, justo antes de atravesar la puerta que separaba a los pasajeros de las oficinas de Extranjería, respiró hondo. Contuvo el llanto: no quería que Jorge Luis se deprimiese al verla tan triste. Luego de un tierno beso en las mejillas y un fuerte apretón de brazos a sus padres, entregó a Jorge Luis, su padre, quien luchaba por no soltar el llanto, un abultado sobre envuelto en papel de seda, cruzado por un lazo. Le pidió que no lo abriese. Debía dejarlo sobre la cama vestida la noche anterior, con una sábana nueva, adquirida precisamente dos días antes, entre la corredera que suponía dejar todo ordenado en el apartamento antes del viaje. Carmen, su madre, siempre eficiente en preparar equipajes, metió en las maletas solo lo necesario. Así evitaba exceder el peso de los veinte kilogramos concedidos a cada pasajero. Requería las cosas más elementales para los tres meses que pasaría fuera de casa, antes de retornar al país, si acaso no decidía pasar la Navidad en Buenos Aires, en la cual esperaba cursar una maestría en Museología ofrecida —entre muchas opciones de Gerencia para los Museos de Arte— por la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

La puerta de vidrio del pasadizo que conducía ante la hilera de funcionarios de Emigración se cerró una vez que Sofía pasó bajo el dintel, con un ejemplar de *El Libro de arena* que llevaba con ella, férreamente sujeto en su mano izquierda. En la derecha llevaba el pasaporte, la planilla de emigración y sus sandalias. La fila que seleccionó para esperar el turno de chequear su documentación tenía delante trece pasajeros. Tentada, por primera vez, a volver la mirada hacia sus padres, rechazó ese impulso. Jorge Luis, inmóvil, contenía las lágrimas. Se apoyó contra el amplio ventanal de vidrio, levemente empañado por la humedad causada por la respiración de otras personas que, como él, oteaban hacia el interior de las oficinas de Emigración los últimos movimientos de sus familiares, separados de ellos por escasos metros, pero dispuestos a partir y a dejarlos, desconsolados, momentáneamente.

Sofía, una vez que atravesó el amplio ventanal, nuevamente, se sintió deseosa de buscar la imagen de sus padres entre las siluetas dibujadas tras el vidrio. Pero no volvió la mirada hacia ellos. Durante varios días, se sentirían tristes. No aumentaría su pesar deteniéndose a mirar a Jorge Luis o buscar la imagen de Carmen, parada junto a él, impertérrita, siempre imperturbable. Aunque, por esta vez, su estadía en Buenos Aires no pasaría de tres meses, como repitió a sus padres en varias ocasiones. Les prometió retornar a Venezuela tan pronto concluyese el curso propedéutico de la maestría. Sus pensamientos se cruzaban: se agolpaban como los puntos y rayas dibujados en la pantalla detectora de metales por las pertenencias contenidas en el bolso de mano. Le parecía ridícula esa última medida introducida en las normas de Emigración de que los pasajeros se quitasen los zapatos y pasaran descalzos frente a ellos. Menos mal que había decidido calzar las sandalias más livianas.

Antes de pasar bajo el dintel que también detectaba metales y, desganada, dejase caer el bolso de mano sobre las correderas que arrastraba las pertenencias de los pasajeros, leyó la planilla de emigración y guardó en su bolso el sobre que Jorge Luis le entregó con el ruego de que solo lo abriese cuando estuviera establecida en Buenos Aires: llegaría el instante de sentir el impulso de leer su contenido, exclamó su padre, o pensó ella que le había dicho, como si se estuviesen intercambiando encomiendas. ¿Qué habría escrito en ese mensaje que con tanto misterio le entregó?

Volvió a revisar la planilla detenidamente. Deseaba constatar que hubiese vaciado de manera correcta sus datos personales. Dentro de unos escasos segundos luciría su mejor sonrisa ante el funcionario de Emigración. De nuevo, calzó sus sandalias. Se sentía serena. Olvidó por unos segundos el sobre metido por su padre entre las páginas del libro de cuentos de Jorge Luis Borges: no sentía ninguna curiosidad en tratar de adivinar su contenido. Sofía y Jorge Luis se entendían muy bien. Llegaría el momento de rasgar el sobre.

Los funcionarios, sentados frente a las máquinas de rayos X, atentos a las imágenes, sombras, rayas y puntos creados por el rayo de luz disparado por la máquina, quizá fingían atención a los contenidos. A ella le importaba muy poco lo que pensarán sobre su persona. Cuchicheaban mientras observaban los objetos dibujados en la pantalla, entre rayas y manchas que, seguramente, algún artista habría tomado como motivos para sus indagaciones. ¿Lo haría ella un día? ¿Qué tal si Sofía reinventase esas rayas y bocetos de objetos con crines de caballo, pelos humanos o hermosas crinejas? Tal vez ya lo hizo Paula Santiago, con su juego creado con manchas de sangre, papel de arroz, hilos y cabellos. Quizá Giannis Kounilis en una próxima instalación, con caballos y

zorros amarrados a carretas que atravesasen pasajes de niebla. Claro que lo pensaría: le importaba poco si no fuese original en la idea de reinventar esos dibujos: Jorge Luis, su maestro de vida, siempre repetía que lo verdadero de cada obra de arte, lo original, subyacía en el nuevo nacimiento de un tema, en la genésica vuelta formal a un contenido por parte del artista: nunca cerraría el nudo, el abordaje y resolución genésica del tópico arquetípico subyacente en cada obra. Cada coito, si nace de una entrega inocente, la mantendría virgen mientras viviese, se dijo y se sonrió tras su ocurrencia.

Distinta a Jorge Luis, quien decía que los aeropuertos lo volvían paranoico, ella disfrutaba la experiencia de que los funcionarios de las aduanas pensarán sobre ella lo que se le ocurriese. Siempre andaba, apurada, empeñada en la idea de ser puntual en todo momento, en las citas amorosas, en la entrada a casa después de su trabajo y, sobre todo, en su afán de ser la primera en llegar a todos los compromisos. Nunca llevaba libreta para anotar ideas, pues siempre guardaba, dentro de sí, las imágenes que, de manera continua, estimulaban la reinención constante. Lo vivido cada día dejaba la sensación de un nuevo «nacimiento» a partir de lo visto en el aula de clases, en la calle, en una exposición o leído en algún reportaje, en un poema, en un ensayo. Trataba siempre, de no dejarse intimidar por nada, mucho menos, ahora, por esos estúpidos y cretinos funcionarios de aeropuerto, afanados en atrapar a un contrabandista de drogas entre los pasajeros, o a un terrorista, supuestamente dispuesto a secuestrar el vuelo armado con un cortaúñas.

Su papá, tan honesto, ¿por qué debía sentir miedo en los aeropuertos, si era casi un monje que se pasaba todo el día entre libros, dispuesto siempre a crear nuevos espejos a partir de lo leído? «Siempre afanado en inventar un espejo», una de

las imágenes más recurrentes en su literatura, pensó Sofía, sin volver la mirada hacia el ventanal al cual se recostaba Jorge Luis, como si quisiera atravesarlo, volverse una hormiga, seguir los pasos de su hija, y reanudar, de esa forma, en aquella madrugada, el juego con los espejos cuando apretaba en su puño tres hebras de cabellos de su hija caídas en su hombro mientras se abrazaron, como si ella hubiese querido dejar una prueba de amor y las hebras creasen, ahora, un diminuto río.

Casi nunca lloraba frente a Carmen, su esposa, invariablemente impasible, mucho menos frente a su hijo Luis Eduardo, o frente a Lara, la tercera de sus hijos, quien sería, por siempre, la más pequeña de la casa: demoraría en casarse o en buscar pareja. Prefería, por ahora, vivir junto a sus padres y pasar casi todo el día en los tribunales, atenta a los lentos movimientos de los jueces, perversos en su empeño en atrasar sus resueltos, pensaba Jorge Luis. Todos los días veía a Lara salir de casa cargada de carpetas, muy temprano en la mañana. En la tarde volvía, cansada de bajar y subir escaleras, en busca de resoluciones a los libelos que introducía todos los días. «A su manera, mi papá vivirá siempre jugando a armar, reinventar y fragmentar espejos, desde los cuales trata de comprender el universo», pensó, mientras se agachó para ajustarse las sandalias. Luego, tomó el bolso de mano. Se apresuró en busca de la puerta de salida, porque se había retrasado y, cosa rara, ya le habían dicho en el mostrador de la aerolínea que el avión arrancaría a la hora pautada.

Una vez en el avión, sintió que todos los pasajeros la observaban. Se apuró en buscar el asiento asignado (prefería los asientos de ventana, para otear las nubes, ver hacia abajo, durante el despegue, atenta a las imágenes de carros y casas transformados rápidamente en puntos y, finalmente, en focos de luz y de sombra). El único asiento todavía vacío le estaba

destinado. Una vez sentada, sintió un enorme alivio. Recordó que no le había dicho a Jorge Luis que, cuando fuese a la casa, al amanecer del día siguiente y hubiese dejado la comida lista en la mesita asignada para Grey del Carmen Torres Landa, regara las matas y se asegurase de que ningún bombillo quedara encendido, pensó, en el instante en que, por fin, se sentó en el asiento asignado; ajustó el cinturón, luego de constatar que los dispositivos de la luz y del aire, sobre el asiento, funcionasen bien. Aunque su padre le había repetido que leyera el mensaje solo cuando llegase a Buenos Aires, de pronto, lo vio al fondo de su cartera, al buscar un caramelo. Pero, no debería leerlo aún, pensó. Se sentía un poco cansada. Se quedaría dormida tan pronto el avión se estabilizara en posición de vuelo.

Sofía ya acomodada en el asiento, en el aire, con el avión en posición estable, pero sin desabrochar el cinturón de seguridad, recostó la cabeza. No tardó en cerrar los ojos, aunque a pesar del cansancio, no se durmió. Se sentía levemente mareada. Trató de no pensar en si Jorge Luis cumpliría las recomendaciones últimas sobre cómo colocar el regalo para Grey del Carmen Torres Landa, sobre la cama, sino que imaginó a sus padres y a su hermano Luis Eduardo saliendo de las instalaciones del aeropuerto, no tan rápido como hubiese querido Luis Eduardo, quien conduciría en el viaje de retorno a Caracas: algo le decía que permanecerían varados en una cola antes de que el tráfico comenzara a fluir en la autopista. Una vez que atravesaran los túneles, avanzarían más rápido.

Jorge Luis, quien había preferido ocupar el asiento trasero, le pidió a su esposa que se ubicara delante. Ya más tranquilo, colocó, justo en el espacio entre los asientos delanteros, el sobre que contenía el regalo. Al día siguiente, al despuntar el día, se prepararía para ir al apartamento de Sofía a dejar sobre la cama el presente, tal como ella se lo encomendó. Carmen —deseando

adivinar el contenido del paquete— fingió que lo acomodaba junto al asiento del conductor. Palpó el abultado sobre. Luego, lo apretó, levemente, mientras lo acomodaba entre los dos asientos. Jorge Luis, como si intuyese la curiosidad de su esposa, sonrió pero no hizo ningún comentario. Carmen no adivinó qué podía contener el sobre. Seguramente cartas, mensajes para ese extraño huésped que nadie conocía. Vivía en el apartamento de su hija, pero permanecía en su cuarto todo el día. Tal vez bajaba de la habitación solo a comer en la cocina. O se llevaba el plato al cuarto. Tanto Sofía como Hermes, antiguo jardinero de la familia, quien tenía un cuarto alquilado en el apartamento y salía en la mañana y retornaba en la noche, nunca hablaban de ese personaje. Carmen y Jorge Luis, solo conocieron su extraño nombre, justo en el momento de la despedida en el aeropuerto, cuando su hija advirtió a su padre que no tratara de abordar al personaje, porque, huraño y esquivo, no aceptaba que nadie, excepto ella y Hermes, lo vieses. Gastaba unos diez minutos entre bajar y subir las escaleras. Luego, se encerraba en el cuarto todo el día.

Carmen volvió, disimuladamente, a tratar de palpar el sobre que Jorge Luis acababa de colocar, casi pegado a la palanca de cambios. Pero advirtió que el sobre había desaparecido. ¿Pero qué se hizo? ¿Habría caído bajo uno de los dos asientos? No hizo ningún comentario a su hijo Luis Eduardo. Aferrado al volante, trataba de esquivar los automóviles que marchaban delante, como si de esa manera llegara más rápido al peaje. De allí a la casa, tardarían una media hora, pensó Luis Eduardo. Su madre bajó el asiento quizá para dormir unos minutos. «Seguramente está cansada», se dijo. No imaginaba la verdadera causa de esa decisión: realmente Carmen deseaba mayor comodidad para meter la mano derecha bajo el asiento y seguir afanada en busca del sobre extraviado.

Mientras la madre trataba de hallar el sobre para tomarlo, nuevamente, entre sus manos y seguir palpándolo en su afán de adivinar su contenido, su hija Sofía, acomodada en el asiento, en el aire, a cuarenta mil pies de altura, seguía los movimientos de sus padres. Los imaginó entrando a casa, ya resignados a la ausencia de su hija mayor, dispuestos a descansar después de una buena ducha con agua tibia, entre la niebla nacida del vapor que emanaba de la regadera mientras se terminaba de llenar la tina. Sofía siguió la imagen de su padre ante el espejo empañado. Lo limpió con su mano y, luego, con la toalla humedecida antes de salir de la sala de baño, con los interiores y el pantalón ya puesto, porque ¿cuántas veces, no tuvo que devolverse a la sala de baño, al descubrir que, en el cuarto, lo esperaba la pequeña Sofía, con su gato cargado? Ella, siempre empecinada en su afectos, desde muy niña, buscaba a su gato Tiky tan pronto llegaba de la escuela. Luego de alzarlo, se encaminaba hacia la biblioteca en busca de su padre. Si no lo hallaba allí, de seguro lo conseguía en el cuarto, en compañía de Carmen, acostados en la cama compartiendo revistas y periódicos.

Jorge Luis se dormitó. Por unos segundos soñó que su hija Sofía, veinte años antes, se acurrucaba junto a él. En el sueño le pidió que repitiese, otra vez, el poema *Oda al gato*, de Pablo Neruda, porque deseaba anotar esos versos que, cuando comprendió mucho más el poema, siendo ya adolescente, a punto de egresar del bachillerato, recitaba siempre: «... el viento del amor en la intemperie / reclamas cuando pasas y posas / cuatro pies delicados en el suelo, / oliendo, desconfiando de todo lo terrestre, / porque todo es inmundo para el inmaculado pie del gato...».

Cuando se aprendió todo el poema, lo recitaba, en voz alta, mientras paseaba con Tiky en los jardines, hasta el día

de la muerte del gato, atropellado, frente a su casa. Siempre corría a la espera del retorno de su dueña del liceo, acurrucado de patas cruzadas, en posición señorial. Le tocó enterrarlo junto con su padre, mientras Carmen, desde el amplio ventanal de la cocina, los veía afanados, terminando el hueco. Se acomodó contra la ventanilla del avión. Por segundos, tuvo nuevamente la extraña sensación de que su gato se acomodaba a sus pies. Incluso creyó oír sus maullidos, ajena a los posibles comentarios de reproche que efectuaría su madre si le contara esa experiencia vivida en el avión: nadie creería tanta historia de que no solo oyó los maullidos del gato, sino que lo sintió acomodado entre las piernas.

Trató de dormir mientras pensaba que no habría ningún consejo en el mensaje escrito por mi padre. Quizá, dentro del sobre, metió una copia del poema de Neruda al gato que ambos recitábamos, en contrapunto, varias veces al año. Mi padre, comprensivo y feliz como siempre, acaso también, en este momento, ya habría decidido: el poema de Neruda *Oda al gato* sería mi compañero perfecto en este viaje. Lo he adivinado: el sobre contiene una transcripción total de ese poema. ¿Cuándo me tocará rasgar el sobre y leerlo o recitarlo, en voz alta, en la avenida 4 de Mayo, sin importarme si la gente me imaginase loca? Feliz y cómplice, Jorge Luis le sonrió en medio del cielo, flotando entre las nubes, acostado encima del ala del avión, vestido con su mono rayado, a manera de un tigre de Bengala, con su amplia sonrisa cómplice tan solo para ella, al tiempo que yo trataba de olvidar la experiencia del gato que tanto amé y revisé mi cartera en busca de la dirección que entregaría al taxista que me conduciría del aeropuerto a la calle Sánchez de Bustamante, donde espero pasar solo tres días, mientras encuentro cupo en otra residencia, situada en la avenida Santa Fe.

Llovía con vientos huracanados cuando, muy temprano en la mañana del siguiente día, Jorge Luis entró en el apartamento de Sofía. Hermes había salido a trabajar. Sigiloso, dejó la comida para Grey del Carmen Torres Landa. Se dispuso a subir los escalones de madera, en forma de caracol, que llevaba a los tres dormitorios y la sala de baño. Sin hacer bulla, ascendió como si caminara sobre algodones. Entró en el cuarto de Sofía y encontró la puerta semiabierta. Seguramente el extraño personaje andaba por el vestier, o quizá, también habría salido del apartamento, pensó, mientras, apresurado, dejó la encomienda de Sofía, tal como su hija le había indicado, encima de la cama. Cuando se acercó, se dio cuenta de que la sábana tenía dos gotas de sangre reseca. Pasó la mano por ellas. Un tanto extrañado por ese detalle, abrió el amplio closet; buscó en el vestier; en la sala de baño. Bajó la escalera apresurado, como si huyese de algo.

Durante los próximos tres días, Jorge Luis trató de comunicarse con Hermes, pero el teléfono se había descompuesto y por más que lo había reportado a la compañía de teléfonos, todavía no había sido reparado. Seguía llevando la comida a Grey del Carmen Torres Landa. La dejaba sobre la mesa y subía. Todavía no lograba ninguna señal de ese personaje. Había renunciado a la idea de conocerlo. Al séptimo día de su primera entrada al apartamento, ascendió la escalera, con sumo cuidado, tratando de no efectuar ningún ruido que incomodase a Grey. El papel que envolvía el regalo se había convertido en añicos esparcidos en el suelo. Sobre la cama permanecía, efectivamente, lo que él siempre imaginó: un espejo ovalado. ¿También con manchas de sangre reseca sobre su superficie? Una y otra vez pasó la mano por el espejo empañado. Quizá se trataba de otras gotas de sangre. Las anteriores, de color grisáceo, ya lucían desleídas.

Jorge Luis, preocupado por conocer la suerte del huésped de su hija, bajó los escalones muy apresurado. Se acercó a la cocina. El plato lucía totalmente limpio al lado del que acababa de traer. Levantó el teléfono. La línea permanecía muerta. Trató de comunicarse con Hermes a través de su celular, pero se repitió nuevamente el mensaje de la grabadora. Su teléfono celular o lo había perdido, definitivamente, por falta de pago, o la línea permanecía averiada. Buscó en los espacios de la planta baja señales del huésped.

Jorge Luis dejó el apartamento, un tanto preocupado. Sofía, ya instalada en una de las habitaciones de la residencia que ocuparía, momentáneamente, en la calle Sánchez de Bustamante, se dirigía a pie a la universidad: así disfrutaría de la belleza de esa gran ciudad. Atravesó la calle Perú con la avenida 4 de Mayo y a una cuadra de la Catedral, cuando ya se encaminaba hacia el bulevar Florida, para caminar directo hacia la universidad, como señaló su amigo Oscar el primer día, sintió que alguien le rozaba levemente sus piernas, como si quisiese caminar con ella. Pensó en su compañero Grey del Carmen, quien siempre, voluptuoso, se metía entre sus piernas, como si quisiera formar un nudo con ellas.

Apresuré mis pasos, porque no deseaba llegar retrasada a la sexta conferencia del curso. Me olvidé de la idea de seguir tomando fotografías: había tantos rincones y edificios hermosos en ese bulevar, que ya tendría tiempo de capturar la mayoría de ellos. Cuando solo faltaban unas cuadras para llegar a la universidad, sonó mi teléfono celular. Se extrañó porque alguien la llamase y, al tercer timbrado, respondió. Jorge Luis la llamaba. Su corazón latió apresuradamente porque le intrigó el hecho. Ya habíamos acordado que yo lo haría el fin de semana, o dentro de tres días, me dije mientras me detuve;

me llevé la mano al oído, porque casi no entendía lo que mi padre trataba de explicarme entre sollozos.

Entendí, finalmente, que —hacía unas dos horas— mi compañero de vida, Grey del Carmen Torres Landa, había muerto. Que pese a que mi madre le había dicho que no me lo dijera, sino dentro de unos días, él no hizo caso a su recomendación. Quería que yo supiese que, por lo menos, tuvo un entierro digno. Les pidió a Luis Eduardo y a Hermes que lo envolviesen en una sábana, junto con el espejo que Grey destrozó con sus patas y hocico —según me contó después—, mientras él se disponía a abrir el hueco para sepultarlo. No sé todavía si eso que he relatado forma parte de algún sueño. Imaginando que había inventado todo, me limpié las lágrimas y, como si fuese una autómatas, caminé los metros que faltaban para llegar a la universidad.

La procesión de los caballos solos

«... No lo vi más. Él se había ido.
Porque al caballo no se le pueden
nombrar las ánimas ni siquiera
lo que dura un breve,
vertiginoso relámpago».

JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ

Un caballo redondo

A la memoria de mi amigo Manuel Medina Polo, desaparecido en plena juventud creadora, y para la poeta Milagro Haack: una lección de vida en la búsqueda del poema perfecto.

Como todos los días, hace más de veinte años, David Alleno apartó el pedazo de trapo que hacía de ventana en la habitación del conventillo ocupado por él frente a las márgenes del Río La Plata. Al abrir los ojos, después de un sueño entrecortado, en el cual se veía como niño, lleno de lagañas, corriendo tras un caballo sobre el cual cabalgaban sus compañeras de juego Miliché y Aurora, se reconoció a sí mismo ya hombre, vestido para salir, sin más demoras, a tomar el tranvía. Aun despierto, desde su recuerdo, *el niño* miraba otra vez el cielo buscando a las niñas. La imagen del caballo y de sus compañeras de juego se había desvanecido. David terminó de apartar el pedazo de trapo y miró hacia el cielo: de nuevo amanecía.

Ya habría tiempo de fantasear que seguía el curso del río, junto a Miliché y Aurora, sus amigas de infancia, quienes aún cabalgaban en la niebla, siguiendo el sonido de una sombra. Prefería llevar ese recuerdo hasta la puerta, cuando Aurora y Miliché entrarían tras él al Cementerio en busca de un pájaro.

Debía vestir su ropa tan rápido como pudiese. No quería arriesgarse a perder el tren que lo dejaba a solo cinco cuadras del Cementerio La Recoleta, donde mantenía una implacable hoja de servicios como jardinero. Entre los cincuenta y tres obreros, jardineros y aseadores de tumbas, se enorgullecía de llegar siempre el primero y en ser el último en abandonar su sitio de trabajo, luego de despedirse de algunos de los personajes sepultados allí, con los cuales conversaba largo rato, mientras limpiaba sus sepulcros: Miliché y Aurora, cabalgando en sus caballos de niebla y los pájaros que doblaban la esquina guiando su vuelta a casa, podrían esperar. Siempre lo hacían, a tientas, en la niebla, se dijo, mientras se preparaba a tejer el invisible fuego: otro día en el Cementerio. Quizá, también, durante la noche de hoy le correspondiese amanecer allí, para suplir la ausencia de algún celador. ¿Se cumpliría ese deseo secreto con el cual se disponía a iniciar un nuevo día?

Entró en el tranvía. Se encontraba repleto de pasajeros. No quedaba un asiento vacío. Pero eso no impediría que, aun de pie, agarrado con firmeza al tubo de seguridad, (como si anduviese de pie y recorriera las quince cuadras desde su casa hasta La Recoleta) no dejara de pensar en sus compañeros de tránsito, sus amigos que, incluso muertos, no cesaban en sus chácharas mientras él limpiaba las veredas y tumbas. Miliché y Aurora, a caballo, marchaban tras el tren. Aparecían y desaparecían a medida que terminaba de salir el sol y sus rayos entraban al tren, semejando crines de luz. Así la travesía se tornaría mucho más grata, lo mismo que la caminata cuando descendiese del tranvía seguido de las niñas y el caballo de niebla.

Cuando bajase del tren, disfrutaría de la caminata por la avenida Libertador; por la plaza Sicilia; por la calle Colombia hasta arribar a la avenida General Las Heras. En la travesía,

se alegraba siempre de los pájaros de Miliché y de Aurora volando por la avenida Pueyrredón, todos los días. Al llegar allí, entraría en el paraíso, donde no le importaba si caía la noche; si se cerrasen las puertas y de nuevo quedara toda la noche como celador y prosiguiese, entonces, la conversación con las almas de Macedonio Fernández, de Eduardo Mallea, o de la joven Rufina Cumbaceres.

Cumplida su faena, antes de salir del cementerio, cuando no se quedaba como celador, sacaba de su morral el cuaderno donde anotaba algunas anécdotas del día o retazos de historias, de leyendas sobre los personajes que dormían allí. Solo despertaban cuando él, provisto de su equipo de trabajo, empezara a limpiar sus moradas. Entonces, algunos de ellos, dispuestos a animar su faena, despertaban.

Sus labores de jardinero y celador, iban siempre acompañadas de una atención furtiva a las historias que sobre los personajes sepultados allí relataban los guías del cementerio. Se las ingeniaba para pasar inadvertido. Escuchaba alguna anécdota distinta sobre la joven que murió al despertar de un ataque de catalepsia a dos metros bajo tierra, o la historia del joven que insistía en creer que aún vivía: paseaba al atardecer, por veredas y calles, seguido de la misteriosa niña que, divirtiéndose, se escabullía de la mirada de su abuelo, que, asustado, la buscaba entre las tumbas. El anciano se tranquilizaba y respiraba hondo solo cuando encontraba a su nieta, unos treinta metros más adelante, con un ramito de claveles en sus manos, sin que el abuelo preguntase a la niña de dónde había arrancado aquellas flores si nada más existían rosales a la entrada al cementerio de La Recoleta. David desconocía si ese relato lo imaginó su hermano Juan. ¿Acaso aconteció realmente? Lo contó a Aurora y a Miliché, uno cualquiera de los días en que ellas vinieron a visitarlo al cementerio, justo

en el momento de su almuerzo. Como si tuviese alguna prisa en hablar con David, Miliché se sentó a su lado y de su bolso extrajo un papel.

—Ven. Escucha esto. Quiero leerte un bello poema sobre el caballo. Se llama *Un caballo redondo*. Lo leerás dentro de un siglo. Cuando vuelvas a nacer.

—¿Cómo es eso? No pienso vivir tanto.

—Claro que vivirás más de un siglo. No morirás nunca.

Todo eso formaba parte de las excentricidades de Miliché, quien pasó su vida encerrada, leyendo y escribiendo poemas que luego recitaba a Aurora, jugando a reescribir lo que leía hasta el día que cumpliera los veinte años. Entonces decidió quedarse para siempre, noche y día, sentada bajo un frondoso roble, en la calle Montes de Oca de La Recoleta. Siempre leía y reescribía el mismo poema: *Un caballo redondo*, escrito, según decía, por el poeta venezolano Juan Sánchez Peláez, quien volvería a nacer en Venezuela, un siglo después.

Cuando David decidió pasar el resto de su vida en el cementerio, se sentaba en el mismo banco y esperaba por Miliché, para oírla otra vez recitando el hermoso poema de Sánchez Peláez: lo leía de abajo hacia arriba, de arriba abajo, saboreando las palabras, como si fuesen hojas tiernas: «... un caballo redondo entra a mi casa / luego de dar muchas vueltas / en la pradera...», y tiene manchas en la sombra, como la niña trajeada con un abrigo color lila se paseaba entre las tumbas y jugaba a completar el poema antes de que Aurora llegara en su busca. La niña se acercaba a mí: me decía que no tuviese miedo. Yo, David Alleno, quien no soy su abuelo y tan solo busco *las muchas manchas en la sombra y la estrella errante de las ánimas*, ¿cómo iba a sentir miedo de una niña aunque ambos fuésemos tan solo manchas en la sombra?

La niña del cuento que imaginé mientras esperaba a Miliché desapareció de mi vista como si formara parte de los caballos que vi entrando a mi casa, después de haber leído el reportaje sobre *La procesión sobre los cien caballos*, un rito celebrado en Cracovia: los caballos entraban en la catedral, uno a uno, conducidos por jinetes trajeados como caballeros medievales. Accedían por la puerta principal; los jinetes rezaban por un instante y, luego de orar, salían a través de una puerta lateral, mientras diez coros infantiles entonaban himnos y canciones en latín.

David cerró el cuaderno: el sueño había concluido. Al caballo no se le pueden nombrar las ánimas. Quizá Miliché lo esperase sentada sobre el banco para volver a leer el poema. Apenas entrara en el tranvía, si consiguiese un asiento, extraería su libreta de apuntes donde ella llevaría otro registro similar al mío, día a por día, año a año, de los retazos de conversaciones con sus amigos Juan Alberto Lartigau, secretario del jefe de Policía, y Ramón Falcón, cuyo cuerpo reposaba muy cerca del joven que dormía en brazos de su madre desde el día del acto anárquico que acabó con su vida. Pero ni él; ni Luz María García Velloso, muerta el día de la celebración de sus quince años, acostada ahí para toda la eternidad, aparecían en el registro. David cerró el cuaderno: quedó con la imagen de la doncella que esperaba el inicio de la fiesta en su honor. Dormía junto a su madre: desconsolada, tras la muerte de su hija. Su madre obtuvo permiso del administrador del cementerio para permanecer a su lado, durante casi un siglo, desde el atardecer hasta el rompimiento de la luz del alba. ¿Cuántas veces no encontré a la señora saliendo del camposanto cuando yo me disponía a entrar?

Miliché y Aurora, sentadas junto a él, compartiendo el asiento en el tranvía, camino al cementerio, con un pájaro

sobre su hombro, se intrigarón al ver la fotografía de Liliana Crociati, parada frente a la puerta del monumento construido por su padre, junto a Sabú, su perro muerto, en el mismo momento en que su dueña, a diez mil kilómetros de distancia, moría tapiada por un alud de nieve en unas montañas de Austria, el primer día de su luna de miel. Quizá, ni Miliché ni Aurora, viajasen con él en esta travesía.

Pero David intuía su presencia. Las sintió pasear junto a él, a través de un paisaje olvidado. Miliché leía el poema titulado *Un caballo redondo*. ¿Ese caballo entró con ella al tranvía? Acaso el caballo y David, dispuestos a seguir a las niñas al cementerio, se habrían bajado del tranvía como también lo hizo el general Tomás Guido, quien habitaba el monumento más humilde, levantado con cemento y piedras por su hijo Carlos Guido: su padre se sentiría cómodo en aquella humilde gruta, hasta el día que sus restos fueran trasladados a la catedral de Buenos Aires, junto a su compañero inmortal el general José de San Martín.

Casi no se le veía entrar o salir de su gruta, pensó David, un tanto nostálgico, sin que la tristeza ahogase el sentimiento de exaltación que se producía, a diario, entrada ya la noche, cuando veía deambular por calles y avenidas de La Recoleta al coro de las hermosas ánimas de Luz María García Velloso, Liliana Crociati, Aurora Ramos, Rufina Cambaceres, quien fue enterrada viva y moría dos veces a cada amanecer, al despertar y caer en cuenta que había sido sepultada en vida. Todas ellas corrían detrás de caballos que avanzaban seguidos por los pájaros. Acaso los pájaros revoloteaban tras ellas en el sueño. Pero a Aurora le daba lo mismo ser caballo o pájaro.

Desde el 29 de noviembre de 1882, cuando su hermano Juan, uno de los primeros celadores del cementerio, lo invitó a venir a unirse al grupo de jardineros y cuidadores,

han transcurrido más de veinte años. Esperaba con ansia los amaneceres y atardeceres que marcarían el tránsito por un mundo que desde niño le atraía: cuánto desespero emergía de mi alma de infante mientras esperaba vestir pantalón largo y unirme al grupo de celadores para confundirme con las ánimas que entraban y salían del cementerio; paseaban por las avenidas, calles y veredas del cementerio La Recoleta, o atravesaban el portón aunque estuviese cerrado. Una vez en la calle, se desplazaban por la avenida General Las Heras, mientras, David cavaba o batía mezcla; amontonaba piedras y, finalmente, junto con su hermano Juan o los hermanos Guido, contemplaban dos, tres, cinco monumentos concluidos en una semana.

Aquella ciudad crecía todos los días. Incluso para él, que ya tenía quince, veinte años en aquel templo de trescientas dos calles y sesenta veredas, unos dos mil quinientos monumentos, uno más hermoso que otro, la ciudad nacía todos los días. ¿Cuál sería el más bello de los monumentos? ¿Acaso el de Liliana Crociani, muerta cuando se encontraba en su luna de miel? Una puerta triple, de tres hojas en forma de agujas, rodeadas de flores que nunca se marchitaban, velaban, para toda la eternidad, su sueño inmortal junto a Sabú, su amado perro. A veces pensaba que el monumento más hermoso sería el edificado a la memoria de Rufina Cambaceres, construido en estilo barroco con triples arabescos anudados a la puerta doble: una puerta de entrada y otra que conducía al sepulcro. Una tumba que —según su hermano Juan— asemejaba parte del carro del profeta Elías. A veces creía que el monumento más fastuoso sería el erigido a la memoria de Federico Le-loir: un templo cuadrangular coronado en una cúpula en cuyo interior resaltaba el Cristo redentor con los brazos abiertos, tan parecido a su hermano David, remarcaba Juan, cuando

guiaba a algún visitante y lo animaba a admirar a ese Cristo realizado en telas de colores, todas bordadas en oro.

Quizá debía a su hermano el brote de un profundo deseo empozado en su alma y en su corazón: una especie de ahogo, de impaciencia. Casi no lo dejaba realizar sus labores cotidianas con tranquilidad. Dejaba la pala por un rato. Apartaba la chícora y el barretón; empujaba la carretilla cargada de piedras; se sentaba unos segundos a observar el cielo. ¿Cómo vería yo las nubes y el cielo desde una tumba, en la cual, de pie, atento al paso de los visitantes que me observarían, trajeado con mi uniforme de faenas con un gran lazo que adornará mi cuello, sosteniendo la pala en la mano izquierda y un enorme candado con distintas llaves? El sombrero, levemente ladeado, no permitiría discernir hacia dónde veo realmente: si hacia el cielo o hacia uno de los siete dibujos que adornan el frontis del cementerio. Quizá me quedaré con las imágenes del *huso y la tijera*, que los guías del camposanto, en sus charlas a los visitantes, interpretaban como signos de la lucha, de la muerte y de la vida. O miraré, para toda la eternidad, a *la abeja* convertida en carne por mí mismo: carne viva, a cada momento, noche y día, hasta el instante de tomar la decisión de construir mi propio mausoleo, aunque tardase veinte o más años para terminarlo. Así, como *la abeja*, fui amontonando monedas y piedras. Fui también el *búho y el reloj de agua* mientras mezclaba río y piedra: no dejaba de pensar en el momento en el cual yo pasara a ser el dueño del monumento más admirado de La Recoleta.

Cuando mi hermano Juan José ganó el primer premio en la lotería del municipio, repartió la mitad del dinero, hasta el último peso, entre mis padres, mi hermana Silvina, entre mis hermanos Jorge Luis, Manuel, también celadores en el cementerio, yo intuí que mi sueño se tornaría real. Al día

siguiente de tener el dinero donado por mi hermano, no habían pasado diez minutos de aquel 23 de julio de 1885, cuando —estando limpiando el Mausoleo de don Eustoquio Díaz Vélez, patriota de la Revolución de Mayo, como si él mismo me animara a suspender mi faena— retorné a la entrada del lugar. Me tomé una fotografía de frente, vestido con mi uniforme y todos los aperos de faena de David Manuel Alleno. Salí de La Recoleta decidido a cumplir mi sueño. De pie, como permanecería en mi monumento, esboqué una sonrisa.

Tomé la fotografía entre mis manos y volví al principio. *La serpiente* se mordía la cola, como lo hacía la culebra del frontis. El ánimo de don Eustoquio me iluminó el siguiente paso. *¿Por qué razón demorar su viaje a Génova, si ya llegó el momento de que usted contacte al escultor Antonio Canessa, artista que ha diseñado muchas de las obras de arte de este cementerio?*, parecía repetirme don Eustoquio, a manera de sabio consejo. Sin pensarlo dos veces, tomé un vapor. Me marché a Génova a contactar al artista y pagar por adelantado el encargo. No importaba si pasaran meses o un año en tener todas las partes de mi estatua. Con suerte, quizá don Antonio Canessa me la enviase ensamblada.

Ni Juan, ni mis padres, ni el resto de mis hermanos sabrían de mis noches y amaneceres fundidos en la espera de aquella encomienda que vendría de Génova, a mi nombre, directamente al cementerio. Nadie se extrañaría del hecho. Había recibido anteriores envíos. Pero como no imaginaba cuándo ni a qué hora arribaría este, decidí, por días, meses, casi un año, dormir en el cementerio, junto a la bóveda destinada al mausoleo de David Alleno, el celador más fiel del camposanto. Pasaba largas noches, días enteros, tratando de adivinar o de incluir más significados a las once alegorías del frontis de La Recoleta. Ya lo dije: yo era *la abeja*. Lo anoté en el grueso cuaderno en el cual registraba o inventaba historias nuevas a

los habitantes de los distintos mausoleos, mis próximos compañeros de vida en ese templo, nombrado, también, por *la cruz y la P*: la paz de Cristo en todos los cementerios; *la corona*: voto del recuerdo permanente; *La esfera y las alas*: David Alleno con distintos nombres; *el manto sobre la urna*: el cofre y la corona de rosas y de malabares que jamás me faltarían.

¿Acaso no soy el dueño de todos los jardines, de ciento dos calles, de trece avenidas y de diecisiete veredas destinadas a mí, confiadas por quienes aún soñaban en sus mausoleos? *La serpiente*: noche y día, sin comienzo ni fin, seguida de *Las antorchas* con llamas descendientes, como si siguieran tras las crines de los cien caballos que entraban y salían del cementerio: yo mismo repartido en sus crines. Los caballos, ¿cuándo volverían?, ¿cuándo retornarían para quedar trotando entre mis ojos? Yo mismo seré *El Búho* que no despierto; que no duermo. Me convierto en *La serpiente* en busca del *Reloj de agua o* quizá de la propia *Clepsidra*: ese reloj no señalaba si anoecía o si amanecía en mi cabeza al trote de los cien caballos que ya partían; ya retornaban de su último viaje. Volverían como arribé yo mismo, fragmento por fragmento. Primero mi cabeza con mi lazo: esa cabeza que lucía un sombrero ladeado y un crespón en el cuello. David dibujará un amago de sonrisa. Porque quedaría atento en su dulce sueño al trote de los cien caballos que me empujaron sobre las piedras, cuando me vi completo, entero, de pie, mirando a los visitantes, oyendo sus susurros, su trote, el golpe de mi cabeza contra un montón de piedras. ¿Para qué seguir esperando el alba en mi cuarto, frente al Río La Plata, si tenía ya mi casa, mi cuerpo de pie, con la mirada atenta hacia la amplia rotonda de donde partían las avenidas principales, con la escultura de Cristo de Pedro Zonza Briano, y no podría seguir viviendo ahora cuando, finalmente, terminé mi morada?

Las piedras sobrantes, una vez que terminé de ensamblar mi monumento en La Recoleta las había traído a casa. Una por una, seguido de los caballos que parecían reconocer ese espacio como otra morada y no su pampa. O su pampa era mi cabeza, mi débil cabeza de abeja, mi atenta mirada de búho para calcular mi caída sobre las piedras. Los caballos no reconocieron mi sangre. Pero mis padres y hermanos me levantaron. Miliché y Aurora, la niña del abrigo lila, se acercaron. Dejaron caer sobre mi cuerpo pétalos de rosa y de claveles, mientras los caballos se disponían a seguirlos. Mis padres, mis hermanos comprobaron que, supuestamente, había muerto al caer sobre las piedras colocadas justo al borde de aquel quicio, camino hacia el reducido espacio del baño, que marcaba el inicio de mi otra estampida, tras uno de los cien caballos que pasó de largo frente a mi estatua, desde donde David Alleno se quedó mirándolo, antes de reiniciar el trote siguiente, el otro vuelo.

Hendidjas en el agua

*A la poeta Rosanna Hernández Pasquier,
gran promotora de la joven poesía venezolana
contemporánea.*

Los niños no deben ver los muertos; tampoco visitar el cementerio. Si los niños miran la cara de quienes se van, aun cuando sea de reojo, los muertos se los llevan con ellos, repitió Carmen a su sobrino Eduardo, el más inquieto entre los muchachos que encerró en un cuarto, con el consentimiento de sus hermanos Chepa y Alcestes, mientras velaban a su querido padre. Si no lo hacía y los dejaba permanecer en la sala, tras el menor descuido, cualquiera de los muchachos se asomaría a ver el rostro del abuelo muerto.

Eduardo, durante los días de agonía de su abuelo Pancho, a lo largo de un mes, en la misma sala donde ahora lo velaban, tomó un pedazo de madera y agrandó la rendija que permitiría observar, desde ella, al muerto en su urna, así como a las personas que vendrían a acompañar en su dolor a la familia. Mientras Eduardo alargaba con cuidado la hendidura, Anedys, su hermana mayor, recogía los terrones desprendidos. Cuando terminaron su faena, cubrieron el hueco con pedazos de tela. Luego, sigilosos, lanzaron los terrones hacia el patio trasero de la casa.

Desde otra hendidura, situada en la pared del frente, que igualmente alargaron, espían hacia la calle. Verían al cortejo cuando muerto y dolientes avanzaran hacia el cementerio: una abertura mucho más alargada, pero más angosta, desde la cual vigilarían todos los movimientos de la gente entrando

a la casa. Luego, los verían avanzar hacia la iglesia y de allí al cementerio, situado al final de la entrada principal a Puerto Nutrias. Divisarían, también, el camposanto, situado a lo lejos, a las puertas del pueblo.

Aquella otra raja permitiría, asimismo, divisar la entrada lateral a su casa, de reja amplia, hecha de alambre de ojos ya oxidada, abierta ocasionalmente para los animales de la casa y visitantes de mucha confianza que entraban por allí, sin que a tía Carmen le importase si los cuartos lucían desarreglados.

El niño apartó el pedazo de tela con el cual disimulaba la apertura en la pared. Se sintió complacido de haber alargado la hendidura; pasó de ser un pequeño hueco a una hendidura muchísimo más amplia. *Hendidura; rendija*: dos palabras aprendidas a orillas del río que bañaba a Puerto Nutrias. Cuántas veces no había oído nombrar «hendidura» a su tía Carmen cuando, mensualmente, la visitaba su amiga la poeta Enriqueta Arvelo Larriva y los tres, las dos mujeres y Eduardo, caminaban a orillas del caño, en busca de piedras manchadas que la poeta tomaba entre sus manos. Finalizado el paseo, devolvían los guijarros a las aguas o los dejaban en las orillas del río, hasta la siguiente tarde, cuando retornasen al mismo lugar: la poeta, el niño y la tía saldrían de la casa en busca de otras piedras con las cuales harían hendiduras en el agua.

Durante horas, el muchacho se las había ingeniado para alargar las dimensiones de ambos huecos: por uno de ellos vería entrar y salir a la poeta que vendría, no a cantar su pena vestida de riguroso negro, como diría la tía. *¿Ya habrá llegado la poeta?*, se preguntó el niño mientras continuaba asomado a la entrada de la casa, desde su rendija. Pero ya estaba lista: larga y ancha, desde la rendija lo abarcará todo. Ahora esperaría ver a la gente cargada de velas y flores, como, además, la llegada de una mujer que pocos conocían como poeta. Acaso ella

también ocuparía una silla en silencio. Annedys, asomada desde la otra rendija, ansiaba ver la llegada de su madre María La Real, junto con sus hermanos Idalmis y Johnny, los únicos hijos que llevó con ella cuando se marchó de la de casa, hacía dos años.

El niño vio llegar a casi toda la gente del pueblo que permanecía de pie, sin atreverse a sentarse, ni a mirar al muerto. La poeta Enriqueta Arvelo Larriva sería, para el niño, la primera en ver al muerto, en abrazar a la viuda y a los hijos del difunto. Ese dolor suyo lo volcaría en palabras y, luego, lo transformaría en flores de piedra. ¿Cuántas veces la tía Carmen no los había encerrado allí, en el cuarto donde las tías guardaban sillas, cajas y latas para que no vieran de cerca la muerte? Pero también para que no importunasen cuando ella o Chepa disfrutaban de la visita de aquella mujer. Sin embargo, nada aclaraba sobre las razones de sus visitas: la poeta venía cada mes, en busca de una piedra del río, para dibujar con ella nuevas hendijas en el agua. ¿Quién se atrevería a negar que la poeta o María La Real no acudieran a cerrar los ojos del abuelo?

La tía Carmen pudiera encerrar a los muchachos en el cuarto, pero ello no impediría que Eduardo viese entrar de nuevo a la poeta, seguida de la muerte. Ambas tías no deseaban ser distraídas por los niños que se atravesaban, tratando, según ellas, de enterarse, antes de tiempo, de cuestiones que solo las personas mayores debían conocer. Pero sobre la poeta no había impuesto mayores prohibiciones. El niño llevaría la oreja a la tierra. Oye sus pasos. Ya viene. Ya se acerca: vendría mucha gente, pero la poeta Enriqueta Arvelo Larriva traería la bocanada de aire que anunciaría su llegada sonando, con su pelo, la alambrada.

En el amplio cuarto, Carmen había dispuesto una colchoneta, unas sillas, un par de taburetes junto a algunas muñecas de sus sobrinas Annedys y Mariángeles. Adalkys, la hija

mayor de Chepa, nunca quiso jugar con muñecas. Siempre rabiosa, huraña, se apartaba del grupo. Jugaba, en cambio, con jeringas y estetoscopios desechados por Chepa. Ella traía esos «juguetes» para Adelys de la medicatura donde trabajaba como enfermera asistente del médico que, una vez por semana, pasaba consulta en Puerto Nutrias. Si faltaba el médico, a ella le correspondía solucionar cualquier emergencia: aplicar inyecciones, suturar heridas; preparar algún muerto para el velatorio.

Eduardo se asomó de nuevo a la rendija. No logró distinguir totalmente el rostro de su abuelo muerto, tampoco a la poeta entre la gente que se santiguaba al contemplar el rostro del difunto. Desde su escondite, el niño apenas distinguía el pecho y la nariz perfilada que sobresalía en el rostro de su abuelo. Su nariz lucía levemente morada. La urna (jamás había tenido una tan cerca) que, desde la segunda rendija —desde la cual observaba hacia la calle cada vez que llevaban hacia el cementerio algún cortejo—, imaginaba como si fuese un gran bulto, con un enorme cierre que impedía que el muerto se saliera cuando empezasen a caer terrones sobre el féretro.

Pero ningún terrón tendría las manchas que la poeta y la tía Carmen buscaban en las piedras atesoradas por el niño. Las fijaba entre sus manos para guardarlas y entregárselas a la poeta, cuando fuese el caso. Eduardo, tras ellas, debía seguir tras una piedra que tuviese un rebaño de manchas. Buscó en el cuarto semioscuro. Allí había escondido algunas. ¿Si las conseguía, lo dejarían entrar al velatorio con la excusa de entregar a la poeta algunas piedras? Volvió a asomarse desde la rendija: la poeta no terminaba de llegar. ¿Qué hacer, entretanto, cuando el hueco ya alcanzó otra dimensión? Miró hacia atrás. Los otros muchachos lucían tranquilos compartiendo el rato con las muñecas, los pedazos de tusa, sentados

en el taburete que cada uno tomó para sí, mientras Adelkys se mantenía absorta en sus prácticas de enfermería con un muñeco. ¿Por qué afanarse entonces en buscar una piedra donde no la había? Quizá la poeta trajese una piedra en forma de relámpago: el niño recibiría esa gema durable hasta otra vida.

Dispondría de un largo rato para detallar toda la escena mortuoria que lo fascinaba y lo convertía en un *menudo pez* asomado a su hendidija de agua, a su ventana. Sin abrir los ojos, desde ese diminuto hueco, el pez vería entrar a Petra Vequis. Se sumó a la colmena que rezaba o profería diálogos y rezos mientras el niño, al ver entrar a Petra, la imaginó como otro pez, otro sueño de la poeta que aún no terminaba de llegar al velatorio. Pero, acaso, envió, en su nombre, a Petra Vequis de quien se contaba que, tiempo atrás, despertó mientras la velaban y se disponían a enterrarla: considerada por mucha gente mayor como una muerta viva que vagaba por las calles, casi enloquecida, pidiéndole a gritos mil perdones a un tío al cual ella, supuestamente, habría golpeado con un rejo.

Acaso el niño inventó esa historia al oír a la poeta hablar de un *dormir mentido*. Como castigo a su afrenta, San Pedro había devuelto a Petra Vequis a la tierra porque ella no existía: había nacido del sueño del niño o de la propia poeta que veía el costado de Petra en la piedra de un río. Jamás la quisieron en el cielo. Ahora entraba en el velorio de don Pancho, con un ramillete de malabares en la mano, vestida de negro, llevando, como siempre, un rejo en su mano derecha.

Se asomó a la urna; se santiguó. Eduardo dejó de soñarla como pez; definitivamente no la inventó la poeta. Petra existía, aunque se escondiera mil mañanas. Retornaba, no como pez, sino como una anciana. Se sentó al lado de Chepa, después de saludar a Carmen y a Melitona, la viuda, quien permanecía en silencio, con un rosario entre las manos. Se quedó

mirando a Petra, como si la reconociera. Eso pensó el niño extrañado, contento de que tuviese la rendija para él solo: ni siquiera Annedys, quien se mostraba curiosa por adivinar cómo sería la vida después de la muerte, cómo transcurrían las noches en el cementerio que veía desde la segunda rendija, levemente iluminado por velas y cocuyos, dispondría de ella. Su hermana insistía en comentar que, acaso, formaban parte de una lluvia de luz que emanaba de los angelitos, enterrados juntos, en la ladera paralela a los mausoleos abandonados, bajo los cuales deambulaban matos y culebras: los de cruces hundidas que los niños imaginaban serían las tumbas de Miguel Aro, torturado por la Seguridad Nacional con clavos en la cabeza, según oyó decir a su tío César, preso con Miguel, por oponerse, también, a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, como lo hicieron con Teófilo Frías, Manuel Infante y el propio Francisco Javier González Gutiérrez, torturado con corriente eléctrica en la lengua y los testículos. Esa tortura le ocasionó el mal que lo postraría desde que salió de la cárcel. Entró a casa, abrazó a Melitona; echó la bendición a sus hijos y nietos. Estuvo acostado, a la espera de su muerte, durante más de un mes: siempre tirado en esa sala donde dormía en la urna fabricada por Juan Marengo a su medida.

Como si fuese ayer, el muchacho volvía a ver a Juan Marengo entrando a la sala, con un metro improvisado con unas cabuyas: debía asegurarse de que el muerto cupiera en la urna con comodidad, pensó o soñó Eduardo al verlo entrando en la sala. Juan llegó, casi al mismo tiempo que Petra Vequis, en vez de la poeta, quien aún no se asomaba a la ventana sin abrir. Petra se santiguó de la misma manera como lo hacía la poeta cuando veía una piedra: siempre repetía que una piedra pudiese, igualmente, llamarse Cristo en vez de piedra. Se acercó más. Petra, al dejar la silla, tropezó con una piedra que,

efectivamente, alguien seguramente colocó bajo la urna como si esa roca mantuviera en equilibrio el cofre. O, acaso, la poeta hubiese querido pintar con esa piedra un *mural soterrado*.

Los diálogos y rezos se multiplicaron, pero ni Carmen, ni Chepa, ni Petra parecían oír: la piedra fue una invención de la poeta. La poeta, como todas las personas que se acercaban al muerto, palpó el tul encrespado que sobresalía hasta que la tapa de la urna fuese colocada encima, minutos antes de salir el muerto. El niño detalló la tapa de la urna recostada en la pared. Seguramente sería, finalmente, claveteada en el cementerio, unos segundos antes de soltar las cabuyas, lenta, muy lentamente, mientras los obreros ajustasen el cajón en el hueco.

De pronto, se dio cuenta de que entre los asistentes al velorio, sin que adivinase cuándo habría arribado —pues su hermana, permanecía atenta desde el otro hueco hacia los movimientos en la calle, o hacia la entrada lateral a la casa— la poeta que todos esperaban. A través de una puerta en la alambrada, (solo abierta, como recordaba nuevamente, a miembros de la familia, a los únicos animales de la casa, dos perros, un gato y Manchita, la vaca de tía Chepa), había llegado, desde Barinitas, la poeta Enriqueta Arvelo Larriva, amiga de Ramón, de Orestes, de Chepa, de María La Real y de César, pero mucho más de Carmen. Seguramente, nuevamente, utilizó el camino que llevaba a la alambrada. Siempre gustaba entrar a través de la alambrada, mientras Carmen le abría la puerta de la empalizada. Incluso los animales de la casa se quedaban quietos, mirando aquella extraña mujer de pelo ensortijado, ojos hundidos, mirada intensa, fija en los detalles más inverosímiles que conseguía a su paso: una corteza de árbol, una piedra. Pero, sobre todo, la parvada de azulejos y cristofués que parecían seguir sus pasos, a orillas del río cuando las dos amigas, después del almuerzo,

seguidas siempre del niño que veía a las mujeres, sentadas en una enorme roca, leyendo poemas e improvisando canciones, acompañadas de la guitarra de Carmen, quien, atenta, abierta a todos los encuentros, seguía los movimientos de los labios de aquella mujer que el niño, desde la rendija, imaginaba hija de una de las vírgenes de madera de la pequeña capilla del pueblo. Casi no pestañeaba. Miraba en silencio hacia el río.

La poeta tomaba las piedras que él traía. Las dejaba unos segundos en sus manos, mientras Carmen convertía en música de guitarra la bruma que significaba la partida de alguien en la vida de ambas o la bruma que creaba la canícula en las ondas del agua. Llevaban juntas a orillas del río las hendidjas de las cuales hablaba la poeta al meter las manos en el agua y quedar viendo a Eduardo, el niño que, impávido y atento, seguía los movimientos de las dos mujeres, quienes, al conversar, parecían crear diminutas hendidjas en el río. Veía el agua por primera vez. Sería su sombra la ausencia de ambas: poeta y tía haciendo hendidjas en el agua. Eso descubriría él, el niño que, para siempre, se salpicaría de vida tras sus andanzas detrás de esas mujeres. Trazarían en él un recuerdo semejante a las marcas en el agua, en la piedra que la poeta dejaría olvidada en medio de la sala y que alguien levantó y colocó bajo la urna.

Ahora, de nuevo aparecía la poeta en el velorio, confundida en un solo abrazo con la tía; luego con Chepa, con Melitona y Juan Marengo, quien inclinó su cabeza ante la mujer de gran temple, cuya presencia parecía llenar todo el cuarto de nuevas mujeres. Sin inmutarse, la poeta se asomó a la urna antes de que el niño la sorprendiera desde un pequeño hueco, desde la penumbra, con su mirada audaz que a todos dejaba en silencio sin ella proponérselo. Luego, se sentó en una silla como en la piedra ante el río donde, tantas veces, hizo hendidjas en el agua. De esa manera, tanto ella como Carmen,

respondían a la pregunta del niño sobre qué significaba aquello que ellas llamaban poesía. Al niño que trajo hasta ellas una pequeña laja que chorreaba agua, ellas respondieron que allí en la laja húmeda nacía la poesía. Pero el niño, inquieto todavía, les preguntó si todo el río se llamaba poesía. Ambas mujeres, bautizándolo, metieron sus menudas manos en el agua y, a coro, le dijeron que esas hendijas en el agua *culebras de sol* en el río las creaban sus manos de niño y era él quien, en ese instante, se convertía en poeta. Pues de los labios de la poeta nacía esa acabada piedra. Esa piedra que alguien sacó del río, y en el nombre del niño y la poeta, la colocó debajo de la urna, justo a los pies de la poeta que permanecía en silencio, mientras el niño, escondido para que no viese a la muerte, continuaba atento a sus movimientos; a la dulce y dura mirada de la poeta que todo lo veía: el muerto, las flores, la piedra debajo de la urna, muy cerca de sus pies.

Eduardo seguía los movimientos de los labios de las dos mujeres que cantaban o rezaban, al mismo tiempo, al muerto y al río: el niño, detrás de ellas, creaba para él la lectura del mundo que solo comprendería cuando retirasen al abuelo muerto y la poeta y todos los hombres, todas las mujeres trajeadas de negro, sosteniendo ramos de malabares en las manos, flores preferidas de los muertos, dejasen libres a los niños que jugaban o espían los movimientos de la sala y de la calle. ¿Por qué ese empeño en creer que él no veía a la muerte danzando entre los pies de quienes saldrían de la sala a llevar cargado al muerto, pero no a la roca arrinconada en una esquina de la estrecha sala, donde antes estuvo recostada la tapa de la urna?

¿Por dónde habría entrado la poeta en pleno mediodía? Por la empalizada que ella siempre había empleado como puerta, amante de las púas, de los alambres, del aire que sonaba cuando ella pasaba. Ni Eduardo ni ninguno de los niños la vieron

entrar. Pero llegó puntual, veinte minutos antes de que hombres y mujeres se dispusieran a salir, impulsados por señas olorosas a malabares, a velas derretidas, preparados para romper nubes ligeras o a tocar, junto con ella, *pedacillos de altura*.

Ninguno de los asistentes al velorio, distintos a la familia del difunto y al niño que inventaba la escena desde la rendija, imaginaban que, al salir con el muerto, el río de la poeta, las hendijas de agua, se volverían de sangre junto a la res hermosa que, a punto de parir, descubriese también, desde su sufrimiento de animal echado sobre su sangre, el cortejo que marchaba al cementerio con los pies empapados en sangre.

De pronto, su hermana lo llamó. Se volvió hacia ella; dejó de mirar a la sala; se bajó del taburete para atender el llamado de Annedys que espiaba hacia la calle, o hacia el patio lateral de la casa. No adivinó para qué lo llamaba. Tendría que dejar de mirar a la poeta para atender al llamado de su hermana. Annedys se apartó de la otra rendija. Lo invitó a asomarse.

Su hermana, antes de bajar del taburete, le hizo señas para que subiese y mirara hacia el patio, hacia la alambrada de púas reservada tan solo como entrada de la poeta a la casa, a tía Carmen, a los otros familiares y a los animales de la casa. Esa alambrada conformaba un escudo; resguardaba la casa del bullicio de la calle. Eduardo, rápidamente, se encaramó en el taburete para observar, sin demoras, lo que Annedys le pedía que viese. Asombrado, como si alguien la hubiera tirado ahí o ella misma quisiera traspasar la alambrada, la vaca de la tía Chepa, cuidada con mucho celo por todos ellos, alimentada con pasto fresco y poncheras de sal, pero que andaba todas las mañanas alrededor de la casa, permanecía tirada ahí, con el vientre abultado más de lo normal, profiriendo gemidos, con los ojos muy abiertos, mucho más redondos, exaltados, a punto de salir de sus órbitas. Eduardo no lo dudaba: Manchita

había venido morir a casa. ¿Se atrevería a salir de su encierro y avisar a la tía que la vaca Manchita se moría? En medio de un charco de sangre no paraba de gemir. El corazón de Eduardo empezó a latir apresurado. No podía esperar. Necesitaba avisar a la tía Chepa, aunque interrumpiera el rosario que un gentío rezaba a la memoria del abuelo muerto.

Sin pensarlo más, bajó del taburete. Annedys, adivinando cuál era la intención de su hermano, se paró ante la puerta. No debería abrirla. No podían interrumpir el rosario, sin ser duramente castigados por tía Carmen.

—Espérate un segundo. En este momento, en el rosario se rezan las letanías. En menos de cinco minutos terminará el rezo.

—No puedo esperar. Si no les aviso, la vaca morirá. Manchita está malherida.

—Se adelantó el parto.

—Pero no podrá parir. Tiene el becerro atravesado. Debo avisar a mi tía Chepa. Apártate —exclamó en tono enérgico.

Sin pensarlo más, Eduardo llamó casi a gritos a la tía, tratando que su llamado se oyera con fuerza, imponiéndose a los murmullos de la gente que lloraba o respondía a las letanías que, efectivamente, finalizaron justo cuando Carmen, sobreponiéndose al dolor y la tristeza, se dispuso a escuchar al sobrino, excusándolo porque hubiese abierto la puerta. Algo sucedía a los muchachos. Eduardo jamás desobedecía sus órdenes.

El muchacho nada explicó. La gente que, afuera, había visto, mucho antes de los niños, el sufrimiento de la vaca de Chepa, que acostada sobre su propia sangre trataba de expulsar el becerro, solo aguardó el final del rosario para irrumpir en la sala e informar a la dueña de Manchita la suerte por la cual atravesaba la vaca con ese parto tal difícil. Las alpargatas,

el ruedo de los pantalones y los pies de todos los curiosos se habían empapado de sangre. Nicolasa Linares, junto con su esposo Ramón Campos y su hijo Andrés, fueron los primeros en entrar a la sala donde velaban al muerto, a quien todavía no se acercaron, impulsados por la necesidad de explicar a las González lo que sucedía con la vaca parturienta: no había tenido tiempo de atravesar la puerta de la alambrada y cayó, casi agonizante, sobre el río de su sangre. Chepa no comprendía del todo lo que estaba oyendo. Pero, finalmente, se sintió impulsada a salir y comprobar lo que, realmente, sucedía con su amada Manchita.

Carmen la siguió. Orlando, su hijo, a quien no encerró en el cuarto con sus primos, corrió los veinte metros que los separaba de la vaca agonizante. Chepa empezó a llorar. Su hermana, mucho más serena, le pidió a Ramón Campos, a su hermano Alcestes y a tres hombres más, que empujaran a la vaca hacia adentro. Entró a buscar unas sábanas, unos paños viejos y una soga para arrastrarla mejor. O acaso para amarrar su hocico. Así no gemiría tanto, o por lo menos, el llanto no resultaría desgarrador.

Amarraron el hocico. Chepa, al tocarla, intuyó que el parto no lucía tan complicado. Una vez que los hombres sujetaron a Manchita a uno de los totumos, le amarraron el hocico. Chepa, sin detenerse un momento, como si no la amilanara ese parto, menos difícil que otros que atendió junto al doctor Luis Catalanes, metió la mano en el vientre del animal que parecía agonizar. Trató de halar las patas y cabeza del becerro de aquella pequeña bola de sangre que sentía caliente entre sus dedos. Por más que luchó, no lo consiguió.

Entonces, Ramón Campos —tras escuchar una voz interior que le pedía ayuda— improvisó una cadena de brazos y manos con siete hombres más. Como una luz sanguinolenta, el pequeño animal fue expulsado. Trató de erguirse en sus patas

delanteras. Caía. Resbalaba. La poeta, quien había salido detrás de las hermanas, creyó ver vibrantes claveles y rosas de sangre cerca del animal echado. Un reguero de pies y borbotones de flores creaban otro río para la vaca. El niño, desde la rendija, seguía el movimiento de sus labios que nombraban *perplejas rosas*. Sus palabras grababan otro nacimiento en las mujeres que alumbraban el parto, a espaldas de la muerte empozada en la sala. Los hombres se miraban; sonreían al término de aquella hazaña que dejó sus ropas empapadas de sangre. Chepa lloraba, acezante. Carmen se acercó; amorosa, limpió con un paño la frente sudorosa de su hermana quien, casi acostada sobre la vaca, lloraba de felicidad. Soltó las cuerdas que le apretaban el hocico. Empezó a llorar desconsolada, no sabía si de alegría por haber salvado a la vaca o por su padre que enterrarían dentro de una media hora.

La poeta sonrió y, mientras hablaba, echaba a volar palabras y pájaros a espaldas de quienes estuvieron llorando. Manchita trató de levantarse. Un leve gemido quizá aprobaba, complacida, los primeros movimientos tambaleantes del pequeño animal totalmente empapado en sangre. El becerro trató de acercarse a su madre. Sus pasos inestables no lo ayudaban. Manchita, como si adivinase los deseos de la cría, estiró su cuello. Empezó a lamerlo, limpiando los grumos de sangre, mientras la poeta daba la espalda, dejando a su paso un reguero de palabras y de rosas en sangre.

Dentro de la sala, la gente se preparaba para salir detrás de la urna donde reposaba, para siempre, don Francisco Javier González Gutiérrez, otra víctima de los esbirros de la Seguridad Nacional, susurraba alguien mientras los hijos y sobrinos del difunto, una vez colocada la tapa de la urna, levantaron el cadáver, entre gritos de llanto de su viuda y de sus hijos. Carmen y Chepa, cuando terminaron de acomodar a Manchita

y su becerro recién nacido, bajo el totumo más grande, se apuraron a entrar a la sala donde los demás familiares y amigos del difunto aguardaban por ellas para sacar al muerto.

Los niños, liberados por el episodio de la vaca que estuvo a punto de morir de parto, salieron temerosos del cuarto. Todos ellos salían a ver de cerca a la poeta. Carmen se hizo la desentendida. La poeta sonrió, como si estuviese celebrando la presencia de niños que no dejaban de mirarla. Junto con Carmen y Chepa, tomó del brazo a Melitona. Se dispuso a salir detrás del féretro, seguida por la mirada de los niños sentados, todos juntos, encima de la piedra.

La gesta de Orión

A la periodista Yelitza Linares, testigo de excepción de la Tragedia de Vargas y autora de la magistral crónica «Dios existe», conmovedor testimonio de aquella experiencia de vida.

Orlando salió hacia el balcón, en busca de alguna señal que anunciara el final de aquella intensa lluvia. No recordaba ninguna experiencia similar a la de esa tormenta que, desde hace días, azotaba el cielo y la tierra del estado Vargas. Parado en el balcón, escuchaba las noticias sobre inundaciones, derrumbes y saqueos de viviendas en Carmen de Uria, en Tanaguarena, Camurí Chico y en Caraballeda. Rosalía, su esposa —atenta, igualmente, a las noticias, junto a su madre, doña Eulalia; su hija Valeria; y Orión, el perro *rottweiler*, Alfa, su compañera, y tres cachorros recién nacidos que no paraban de mamar, ajenos a la intranquilidad de Orión— insistió en rogar a su esposo que desistiera de su empeño en mantenerse parado en el balcón, mientras llovía.

Orión no cesaba de dar vueltas por el apartamento; olía en los rincones; agitaba su chuto y retornaba al balcón; miraba atento a Orlando, quien parecía ignorar la nerviosa búsqueda de la mascota en todo el espacio del apartamento. Ladraba. Arañaba el piso en busca de algo. Entraba a los cuartos. Sus fuertes pisadas anunciaban algún presagio que nadie advertía y eso agitaba más al perro. Orlando se volvió un momento. Pero, sencillamente, parecía no verlo. ¿Jugaban ambos a ignorar la presencia del otro?

Orlando dejaría tranquilo a Orión: por un momento le siguió su juego; pero luego prefirió dar la espalda y no prestarle demasiada atención, pues, conocía las distintas tretas de Orión para que la gente se enganchara en sus juegos. Nada de lo que aconteciera dentro del apartamento le importaría a Orlando. Para él solo existiría esa lluvia incesante que parecía haber sido enviada por alguna fuerza deseosa de borrar de la tierra a Macuto. Sin embargo, ninguno de los últimos reportes sobre los destrozos que dejó la vaguada aludía a Macuto; «quizá con nosotros la naturaleza sería más clemente», se dijo Orlando, deseoso de ahuyentar esos temores.

Orión proseguía en su continuo recorrido por los rincones del apartamento. Pero el final y el principio de su andanza siempre resultaban en el pantalón de su amo, quien optó por desentenderse de su juego, aunque el perro terminara destrozándole el ruedo del pantalón tras cada dentellada. Se sentía encantado con esa lluvia incesante; levemente aturdido y —al mismo tiempo— fascinado con los ruidos de aquella tormenta. Pero Orión no lo dejaba disfrutar del todo: cerraría la entrada al balcón, aunque su perro se abalanzara contra el ventanal.

Aun así —sin que pretendiera ignorar del todo los pasos intranquilos de Orión—, no supe por qué razón me sentía impulsado a continuar en el balcón, aunque comenzara a sentir miedo: rogué a Dios que mi hijo Enzo decidiera permanecer en Caracas en casa de su abuela. Ojalá rechazara la idea de retornar a Macuto para llevar a la familia y las mascotas a pasar, junto a él, un fin de semana distinto en su casa de Tanaguarena. Uno de los residentes en el Edificio Lunar se asomó al balcón y me dijo que la tormenta estaría amainando, reafirmando mi creencia de que el daño de la tormenta en Macuto —ya debilitada después de siete días de incesante lluvia— sería mucho menor.

Sin embargo, oía gritos lejanos, ruidos de tiros y explosiones. Mi esposa me pidió, nuevamente, que me apartara del balcón, pues, Orión lucía muy alterado. *No te sigas atormentando; Dios nos salvará.* Obstinado, perplejo, quise permanecer allí un tiempo más: alucinado, contemplaba, cómo decenas de automóviles bajaban chocando unos con otros, corriente abajo, con luces encendidas sin que cayese en cuenta de que, dentro de los carros, iba gente desesperada, aguas abajo. Las cornetas de algunos vehículos, los ladridos de Orión, los gritos de gente encerrada en sus vehículos, resultaba lo peor de aquella pesadilla. *¿Me escondería en el cuarto para no escuchar esos gritos, los ladridos de Orión, ni sus arañazos en las paredes del apartamento, como tampoco el ruido de la molienda de carros y piedras?*

Sin decidir alejarme del balcón para calmar a Orión por un instante, empecé a oír un leve traqueteo de metrallas, sin imaginar que ese traqueteo, el sacudón en las cabillas, en las paredes del edificio, que al principio atribuí al ruido provocado por el choque de las piedras, árboles y autobuses, anunciaba un fuerte debilitamiento en el Edificio Lunar. Orión volvió al balcón. Esta vez el perro trató de halar con fuerzas a su dueño, sin hacerme daño, pero desgarrando levemente el pantalón. Más allá del rueda descosido, apenas sentía un leve ardor. Palpé lo que parecía ser un rasguño; acaso causado por sus uñas. El hilillo de sangre lo disolvía la lluvia. Empapado de lluvia como estaba, ¿qué importaría un hilo de sangre si, al mismo tiempo, me sentía feliz con mi mascota? Sonreí, como si aprobase sus juegos, su afrenta final. *¿Me arrastraría adentro por la fuerza?*

Entre la niebla, recobré la compostura. Al erguirme y olvidar la dentellada de Orión y las gotas de sangre, dejé de pensar en eso, aunque la sangre continuaba brotando del rasguño

o dentellada hecha por Orión tras uno cualquiera de sus tarascones. Pero no me dejaría dominar por él. Lo dejé pasar al balcón para que él también se empapara de lluvia. Cuando entró, lucía más tranquilo. Continuó ladrando, arañando paredes que un día cualquiera habría de reparar.

Orión vivía mi fiesta. Alucinó conmigo un rato y, saliendo del balcón, volvió a reanudar su juego. No le presté más atención. Dejé que viviera este viaje a su manera. Yo, entretanto, aunque cojeaba un poco, me reconfortaba con la idea de que, todavía, existiesen vecinos que le clamaban a Dios el cese de lluvia que había revuelto las aguas de los ríos cercanos, mientras Orión y yo trazáramos otro juego con la lluvia que borraba la sangre.

La vaguada seguía arrastrando pedazos de árboles, piedras gigantes, perros que en nada se parecían a Orión, decenas de personas que braceaban en un desesperado intento de no hundirse, en las aguas, mientras Orlando —acaso desquiciado— reía a carcajadas; disfrutaba del espectáculo formado por las olas gigantes, mientras, dentro del apartamento, su mascota cumpliría otra faena con sus patas y dientes. Creyó ver los primeros cadáveres; *pero pensé que eran los muñecos de goma lanzados a las aguas cuando Orlando entrenaba a Orión en el río San Juan*. Ojalá la verdad fuese otra; quizá todo esto lo estuviese imaginando, pensó Orlando, sentado esta vez en su oficina, escribiendo una carta en la computadora, con Orión a su lado, tratando de mantener la calma un tiempo más; luciría aplomado ante Rosalía; ante su suegra y su pequeña hija.

Esa visión borrosa de la tempestad amainando, dando paso a una neblina, la atribuí a la fatiga, a la imposibilidad de saltar desde el segundo piso y renunciar a la idea de auxiliar, de cualquier forma, a quienes al emerger del fondo de las olas revueltas, gritaban demandando auxilio. Rosalía me rogó,

otra vez, que entrara a la sala. Acababa de escuchar en una emisora que algunos desalmados continuaban saqueando las quintas abandonadas por la gente ante el temor de quedar sepultada, o ahogada, como había sucedido en Carmen de Uria, en Caraballeda y en Camurí Chico. Las cornetas de los carros dejaron de sonar. Orión no cesaba de ladrar ni de arañar paredes: quizá deseaba abrir huecos por los cuales terminaran de entrar las aguas de los ríos. Las luces se apagaron. Pero, afuera, el ruido de la molinenda de piedras, techos y troncos no cesaba.

Dentro de su oficina, Orlando continuaba tranquilo, escribiendo una carta mientras Orión —que se mantuvo a su lado por un rato— empezaba a mostrarse mucho más inquieto. Se levantaba y, enseguida, se echaba. *Orlando, parado todavía en el balcón, después de dos días y dos noches sin moverse de allí, comenzaba a alucinar, producto del miedo o la impotencia al oír de labios de su esposa el relato sobre los saqueos.*

La niebla comenzaba a disiparse. Orlando pensó que seguramente había amanecido; se aferró a esa idea tanto como a la baranda del balcón. Orión, a su lado, parecía haber aceptado la idea de celebrar los destrozos. Todavía no pensaba lanzarse a las aguas. Pero todo sería cierto. No estuvo imaginándolo. ¿No hubiese sido mejor que no amaneciera para no ver tantos destrozos, gente ahogada entre las piedras y Orión buscando entre las rocas a toda su familia? La señora Eufrasia, la vecina del Edificio Apolo, seguía todavía, como él, asomada al balcón de su apartamento, con el rosario entre las manos. Orlando todavía no se atrevía a preguntar a gritos, si era de noche o de día, a la mujer que, igualmente, parada en su balcón, trataba de adivinar si la lluvia que caía con tanta intensidad, era la misma de anoche, miércoles 15 de diciembre de 1999, cuando, según comentó

su esposa, tendría la cita para ir a la Oficina de Registro e Identificación a renovar su cédula.

Por los momentos, yo no entraría a la sala. El espectáculo de las olas gigantes resultaba un encanto. Orión se había quedado absorto como yo, mirando, indistintamente, a la señora Eufrasia y a su nieta, o hacia abajo, preparando, quizá, un inminente salto. El agua continuaba golpeando con fuerzas el Edificio Apolo. Igualmente, tras la entrada del oleaje al edificio, decenas de personas gritaban e imploraban que los dejaran pasar al edificio, porque unas olas mucho más altas los seguían. ¿Se trataría de saqueadores que, de un momento a otro, atacarían a la pobre vieja, a su nieta o tratarían de entrar al Edificio Lunar en busca del hombre que, desde el balcón de enfrente, reía sin parar? Seguramente ninguno de quienes allí esperaban lo peor, tampoco pudieron salir del edificio porque la puerta de salida había sido bloqueada por aguas y piedras. ¿No resultaba menos preocupante tomar el día o la noche como un instante que se prolongaba lo mismo que el ruido intenso de las aguas arrastrando piedras, casas, cuerpos ahogados, torsos humanos y cabezas de perros?

Orlando —ajeno a lo que afuera sucediese— continuó escribiendo, pensando que *el otro* imaginó por él la escena del viaje de cabezas, de brazos cortados junto a varios árboles que bajaban en busca de un pedazo de mar, arrastrando en la alucinación, fragmentos de algunas casas de los pueblos de Carmen de Uria, Tanaguarena y Caraballeda, convertidos en borbotón de agua, en una ola gigantesca: avanzaba, tras la gente que corría despavorida.

Orlando se negaba a pensar todavía que, también Macuto, sus estrechas calles, sus casas, jardines, su playa y el Castillete del gran pintor Armando Reverón formarían parte de un borbotón de agua; ese balcón en el cual se asomaba otra vez

en el intento de intuir si el Edificio Lunar se desplomaría, igualmente; si él, su esposa, su suegra, su hija, el perro Orión, la perra Alfa y los cachorros recién nacidos, pronto también desaparecerían, si se desplomase el edificio en el cual habían vivido por más de veinte años, en la seguridad de disfrutar a plenitud de su existencia en Macuto, el pueblo más hermoso de Venezuela y todo el universo. El pueblo nombrado por Dios a cada amanecer con una luz de sol que se filtraba entre algunas palmeras, seguramente, desaparecería también, dejando *al otro Orlando* en el balcón del edificio: empezaba a balancearse en ese espacio, como si lo estuviera viendo todo desde una palmera.

No me sentía seguro si lo de la visión de doña Eufrasia, parada frente a mí, río por medio, con un rosario entre las manos y su pequeña nieta Ubilbia sería producto de aquella pesadilla o si, efectivamente, estuvieron allí, hacía unos minutos, como también, *de eso se sentía seguro*, estuvo de pie el Edificio Apolo donde vivían, además de doña Eufrasia, un hijo y su nieta, unas sesenta personas y un montón de gente que entró huyendo de las olas que los perseguían. No lo imaginé. Traté de soñar otro final, mintiendo a mi familia al repetir que saldría del cuarto al terminar de escribir la carta a mi tía Clara. ¿O acaso dibujaba ese pensamiento para no sentir miedo al imaginar que mi familia y las mascotas de mi hijo Enzo correrían la misma suerte, si no buscaba para ellos un rápido refugio?

La certeza acaso la tendría si me apartase del balcón por un momento. Me olvidaría de la borrasca. Mejor sería dirigirme al cuarto que me sirvió de oficina antes de que esta lluvia comenzara y observase la fecha de la carta que yo mismo empecé a redactar en mi computadora, unos días antes. Pero en la única página escrita no aparecía registrada alguna frase

que hilvanase el contenido de la supuesta misiva que pensaba enviar a mi tía Clara, cuando mi suegra doña Eulalia Bulloñez volviese a Bogotá.

Con un rosario entre sus manos, doña Eulalia no paraba de invocar a Santa Clara, agotado ya el viejo ritual de cruzar los cuchillos en el balcón; no existía un patio donde ella pudiese grabar la cruz en tierra; pediría a Dios que parase la lluvia que a todos empezaba a provocar un miedo extraño, pensó su hija. Orión, con una pata golpeada y dos uñas partidas, empezaba a cojear; pero, eso no impedía que, aun acezante, no parase en su terco empeño de abrir huecos en pisos y paredes. Rosalía se olvidó de Orión. Para complacer a su madre, le entregó los cuchillos de plata de una de las vajillas que ni siquiera había sido estrenada. Ella también esperaba el milagro de que Dios o las ánimas los oyeran y esa lluvia que no terminaba de caer desde hacía varios días se detuviese al cumplir el ritual de cruzar los cuchillos: Rosalía rogó, igualmente, que —como casi siempre pasaba cuando llovía muy fuerte— no se quedaran sin la energía eléctrica. Se acercó a Orión. Amorosa, besó su cabeza.

Si el edificio se desplomaba, Orlando no podría terminar la dichosa carta a la tía Clara, como tampoco rematar el cuento que todavía no empezaba a imaginar, ni Rosalía secar su cabello, esa «troja», como llamaba a su cabeza humedecida, pensamientos en los cuales se sumergía para espantar el pánico que empezó a sentir cuando se dio cuenta de que, desde hacía más de tres días, permanecían en penumbras.

Orión —el hermoso *rottweiler* que su hijo Enzo, junto con la perra Alfa y sus cachorros recién nacidos, dejó con ellos, mientras decidía a volver a su casa de Tanaguarena inundada desde el día anterior— seguía dando vueltas por el apartamento, como si el espacio para vencer obstáculos le

resultase pequeño, insuficiente. Con una pata malherida y el hocico ensangrentado no cesaba de seguir hurgando en paredes y piso. Acaso Orión se olvidó de Alfa, su compañera, y de los tres cachorros, nacidos dos días antes, en su casa de Tanaguarena, anunciando —tras su nacimiento y su inesperado viaje hasta Macuto— un tramado de lluvia y de sangre.

Esa imagen la dibujó Orlando, mientras, afuera, parado en el balcón, vio pasar a sus amados perros salpicados en un espeso celaje de sangre. Quizá nada de esto estuviera pasando. Quizá lo de la lluvia lo habría estado soñando. La borrasca la ha estado imaginando desde la penumbra, recluso en su cuarto, donde, curiosamente, aún se mantenía el fluido eléctrico. Nada ha sido cierto. Registraría esas imágenes para un relato próximo. Entretanto, continuaría con su hijo Enzo en la tarea de buscar en Internet un nombre apropiado para su amado perro, ambos afanados en estudiar los muchos nombres con los cuales él y su hijo quisieran bautizar a su perro, antes de decidir que, definitivamente, lo llamarían Orión, en honor al dios cazador que venció pruebas y tretas producto entre las intrigas de dioses, semidioses y héroes de la antigüedad.

Alfa siempre resultó mucho más lenta en el aprendizaje. En solo ocho semanas, Orión nadaba como ningún otro perro. Atravesaba la corriente de todos los ríos cercanos, el Uria, el San Juan y el más cercano a su casa, el Cerro Grande, donde Enzo y Orión iban todos los fines de semana para que Orión rompiera el reto en un cruce, de una orilla a otra, en menos tiempo. Lograrían que el perro pasara de una orilla a la otra, en un minuto, venciendo todos los obstáculos; entrenándolo para salvamentos de personas en peligro de ahogarse. Orlando y Enzo arrojaban al agua muñecos inflados, tripas llenas de aire. Orión las devolvía a sus dueños en solo unos segundos. Nunca mostraba señales de cansancio, como

tampoco cambió su carácter, ni su obediencia a Enzo, ni a Orlando cuando adoptó a Alfa como su pareja.

En poco tiempo, Alfa y Orión tuvieron tres cachorros que paseaban orgullosos por su amplia casa de tres niveles, construida en el sector Cerro Grande, del pueblo de Tanaguarena. Orión jamás faltó a ninguno de los entrenamientos en el agua del río: bajaba los escalones; subía los diez pisos del Edificio Lunar, cuando venía de visita a Macuto los fines de semana; paraba un minuto en la terraza, como si quisiera —tras ese gesto de alzarse en sus dos patas, mientras Enzo y Orlando lo esperaban, fuera del Lunar o de su casa de Tanaguarena— demostrar su vigor, su fuerza de titán.

Así comunicaba a su amo que, a la vuelta a la casa, después de sus ejercicios en el río, subiría a la terraza. Estaría dispuesto a romper su récord al siguiente día: cumpliría el trayecto en menos de un minuto. Alfa y los cachorros no alcanzaban a seguir su ritmo, como aquel día o noche, cuando el gran aguacero que ha estado cayendo durante días o meses, Orión trataba de llamar la atención, o acaso transmitir un mensaje a Orlando: ladró varias veces, agitó su chuto; arañaba el piso. Pero Orlando insistía en continuar asomado al balcón, tratando de aplacar los nervios. Orlando, el escritor, en su empeño de espantar su miedo y darse ánimos, salió de su oficina; se olvidó de continuar escribiendo la carta, pues la luz del bombillo empezó a titilar. Entonces, decidió retornar al balcón.

Orión —cuando el edificio comenzó a traquear— empezó a gruñir de nuevo, agitando su chuto. Continuó ladrando en la puerta de salida, como si deseara subir a la terraza o salir a la calle y trotar hacia su casa de Tanaguarena a cumplir sus ejercicios en el río. Orlando pareció no entender las señales de Orión. Seguía en el balcón atento a los movimientos de

la señora Eufrosia y de su nieta Ubilbia, pegada de faldas de su abuela, ajena, como ella, a los goterones que se confundían con la corriente que, abajo, proseguía en el arrastre de rocas, pedazos de tronco, carros que se hundían, flotaban, chocaban unos con otros, seguidos de gente que gritaba mientras las oscuras aguas creaban una ola más alta que la otra en un turbión devuelto.

Orlando volvió a pensar que nada de eso estaba sucediendo. *Pertenecía al cuento que interrumpió cuando Rosalía entró a la oficina y detuvo la narración en ese párrafo donde insinuaba que no entendía cómo las piedras, árboles arrancados de raíz, pedazos de techo pudieran juntarse, disolverse, en la visión del otro Orlando, todavía lúcido, antes de ver al apamate que recién florecía en el estallido de luz de cada año tras la enorme ola que chocaba con el Edificio Apolo. La señora Eufrosia, la niña Ubilbia, decenas de hombres y mujeres gritaban; se tambaleaban en el edificio que crujía tanto que estremeció el cuarto la computadora se apagó cayeron los retratos familiares, trataba de imaginar Orlando, obcecado en su decisión de esperar a la muerte parado en el balcón mientras los ladridos de los perros y los gritos de la gente que prefería tirarse a las aguas, desde el Edificio Apolo, se confundieron con los gritos emergidos de la oscuridad.*

El perro se quedó mirando a Orlando, quien —como si la lluvia lo hubiese vuelto loco con la visión de manos, brazos, flores de apamate que pasaban abajo en la corriente— permaneció inmóvil viendo pasar el mar toda la noche. Alfa y los cachorros, se encaminaban escaleras arriba junto con todos los habitantes que, atemorizados, empezaban a oír el choque de las olas, las piedras, el lodo contra la planta baja y los tres primeros pisos del Edificio Lunar. Un fuerte temblor sacudió las paredes; una bombona de gas o gasolina explotó muy

cerca. Rosalía no tenía la certeza de si se trataba de alguna planta eléctrica. Enseguida, el ambiente se tornó más oscuro: la niebla que, al comienzo, le pareció un encanto tras el frío de la incesante lluvia que convirtió a Macuto en un dibujo mucho más hermoso que los de Armando Reverón, pasó a volverse una noche demasiado oscura.

Orión, finalmente, logró que Orlando, Rosalía, doña Eulalia y Valeria salieran del apartamento. Avanzaban, a tientas, escaleras arriba, hacia la terraza donde toda la gente que vivía en el edificio, setenta y tres personas, se aglomeraron como mejor pudieron. Los niños envueltos por impermeables y sábanas empezaban a sentir mucho frío. Continuaba el ruido de las piedras moliendo árboles, automóviles y el golpe de las fuertes olas contra las quintas y los edificios.

Cuando Orlando subió a la azotea, se asomó a la calle. Primeramente, dirigió su vista hacia el Edificio Apolo. No permanecía allí. Tampoco el Edificio Neverí ni las dos quintas contiguas a este *forman parte de un mismo sueño de los dos Orlando: el de la oficina, empeñado en encender la computadora, y el otro, quien decidió esperar a la muerte en el balcón*, pues, acaso todo lo he estado imaginando yo, parado todavía en ese espacio. La espesa nube negra lo dominaba todo: ni siquiera escuchaba cornetas, sino gritos de auxilio en la oscuridad, el atronador ruido de las olas que seguían arrastrando carros, tres casas, como si fuesen ramas de árboles recién podados que imaginé dos días antes de que la lluvia empezara a arrear.

El cielo se cubrió de luces de bengalas. Tres helicópteros de las Fuerzas Armadas sobrevolaban cada tres o cuatro minutos sobre las terrazas de los únicos edificios que aún se mantenían en pie. Desde los helicópteros, los soldados arrojaban una escalera por la cual ascenderían niños, mujeres y

ancianos en primer lugar. Luego, en segundo lugar, los hombres jóvenes subirían al helicóptero. Las mascotas serían rescatadas en un próximo viaje.

Entre el grupo de damnificados en la terraza del Edificio Lunar, además de Orlando, quien, accidentalmente, custodiaba a Orión, a Alfa y sus cachorros, otras familias tenían monos, gatos, pájaros. Los dueños de las mascotas sintieron una profunda tristeza. ¿Cómo pudiesen dejar detrás a sus mascotas y condenarlas a quedar sepultadas, si el edificio terminara de desplomarse finalmente? Apreté los dientes para no llorar. Me agaché. Me senté en medio de las cinco mascotas de mi hijo. Orión se quedó observándome. Acaso recordaba, en un solo oleaje, las horas compartidas en el río. Alfa gemía, quizá, resignada, complacida, mientras daba de mamar a sus cachorros. El comandante a cargo del rescate exigió a Orlando que se levantara y se aferrase a la escalera. *Orión me miró fijamente, en pose altiva; tras su mirada, me obligó a subir. Sin mirar detrás, me aferré a la escalera cuya imagen proporcionaba un posible final a mi cuento.* Orlando, mientras entraba en el helicóptero, juró volver al sitio donde estuvo el Lunar: removería, sin descanso, los escombros hasta encontrar a Orión y a su familia.

Mientras el helicóptero se dirigía a la zona de carga del Aeropuerto Simón Bolívar, el Edificio Lunar terminó de desplomarse totalmente. Orión y Alfa, saltaron, justo antes de que su espacio fuese un solo terrón del cual formarían parte sus cachorros. Alfa no respondió al clamor de Orión, a sus ladridos prolongados, mientras nadaba río abajo en busca de la perra y sus cachorros. Orión iniciaba una segunda travesía. Una gesta que, tal vez, lo conduciría al encuentro final con su familia. Acezante, sacaba la cabeza del agua; con sus dientes desgarró su pechera; terminó de reventar el doble collar bañado en plata que le había traído Enzo de un viaje a Perú. Si

no lo hacía, el pedazo de collar se enredaría en cualquier rama que flotase en el río.

Se sintió liberado, nadando sin que divisara alguna orilla. Tropezaba con ramas, cabezas de animales, plumas, personas que pasaban, casi a la misma velocidad que fue cobrando, impulsado por esquivar un pedazo de árbol y divisar, finalmente, la cabeza de Alfa, nadando en compañía de sus cachorros, seguidos de Enzo, quien los llevaría, como siempre, sujetos de la misma cadena. Pero —por más que miraba entre los destrozos— no distinguió a ninguno. Las olas lo empujaron con fuerza; a veces se hundía. Emergió tres veces, hasta que, en medio de una ensenada, creyó ver a Ubilbia. O quizá sería otra Ubilbia aquella niña que, como Orión, insistía en nombrar la vida, sujeta a un tronco que flotaba entre rocas.

Orión se acercó a ella. Disminuyó, como pudo, la velocidad con la cual descendía, entre cabezas, ramas, troncos. Llegó a la niña que temblaba de miedo o de frío, sin soltarse de una enorme rama. Orión se acercó a ella. Ubilbia, Valeria, Fabiola, o quien fuese la niña que se resistía al naufragio final, no sintió miedo de Orión. La niña se soltó del tronco; se aferró al cuello del perro, dispuesta a ser la primera de las niñas, mujeres y ancianos rescatados por él, sin que el animal parase un momento su faena, durante dos días.

Algunos náufragos, parados sobre un islote creado por gigantescas rocas y pedazos de casas, presenciaban, incrédulos, la gesta de Orión, en su nado hacia el islote desde donde ellos, al principio, le arrojaron palos y piedras, pensando que el *rottweiler* quería agredir a la primera niña. Luego, aplaudieron al animal que, agradecido, se quedó mirándolos mientras la niña apretaba su cuello; lloraba de alegría o de incredulidad, enseñando a hacerlo a quienes, después, repetirían la incansable jornada del perro.

Cuando, al siguiente día, concluyó su faena, decidió nadar, aguas arriba, en busca de las ruinas del edificio en el cual pasó varios días con su familia. Confundido —en el instante en que se dispuso a retornar nadando a la inversa— creyó oír canciones o himnos entonados por una niña que, atrapada entre escombros, muy cerca de otro islote donde, además de niños, mujeres, ancianos, Orión veía los restos de un Cristo destrozado y de una imagen de la Virgen del Valle flotando en las aguas. Empezó a escarbar en el agua, buscando a la niña que cantaba.

Pero nadie más, sino él, escuchó su canto. Empleando sus patas y hocico, removió las piedras que la aprisionaban. La sacó del hueco. Luego, condujo a la niña hasta la orilla. Complacido, al final de la gesta, Orión, al concluir su faena, desapareció entre las aguas, como si todo lo hubiese estado imaginando, al salir expelido del edificio desintegrado por una inmensa ola.

El hombre del anillo

«Los lamentos no despiertan a los muertos de su eterno y profundo sueño. Porque todo en este mundo es no más que fantasía y engaños en los cuales nos sumergimos los vivos y los muertos».

ANTONIO JOSÉ FERNÁNDEZ

A Rafael Calderón, amigo y amante de todas las artes. Pero, sobre todo, el médico que transmutó la cirugía en un acto poético.

Cuando la señorita Filomena González se atrevió a ser arrendadora de Antonio José Fernández, alguien a quien en la cuadra final de la Avenida 11 de Valera, los zagaletones y algunos vecinos consideraban un «loco»; un «sádico» porque, según ellos, se encerraba con una niña toda la tarde en el cuarto arrendado; «loco», porque lo veían salir, cada tarde, al patio lateral de la casa, a batir mezclas de cemento y arena; cortar alambres y cabillas para poblar el patio de esculturas que a los muchachos de la cuadra les parecían «horribles», nunca imaginó que su paz se acabaría al propiciar tras esa decisión.

Lo de «loco» algunos vecinos lo atribuían, igualmente, a su extraña manera de salir el personaje, a las cinco de la mañana cada día —mucho antes de que los gallos anunciaran el amanecer— con paso apresurado, cargando aguacates en su vía al Mercado Municipal, donde Fernández mantenía un puesto de frutas y verduras. ¿Por qué, según ellos, no dejaba ese saco en el puesto del mercado; o acaso, dentro del saco, transportaría otra cosa? Lo de «sádico», se alimentaba tras las suposiciones y cuentos imaginados, igualmente, por algunos

vecinos, cuando al retornar por la tarde del Mercado Municipal, casi detrás de él, entraba al cuarto una niña con una vianda de comida que el hombre consumía, sin que ni la niña ni Antonio José, saliesen del cuarto.

¿Cuántas veces citaron a la niña Filomena al Consejo del Niño? Ella siempre respondía a los funcionarios de ese organismo que no intuía ninguna de las fechorías en la conducta del arrendatario, de las cuales, supuestos denunciantes, lo acusaban ante esa entidad. La niña Filomena, serena, tranquila, sin inquietarse, los invitaba a citar a Antonio o venir —si así lo desearan— hasta el cuarto alquilado a Fernández a fin de efectuar alguna inspección ocular.

—»La madre de la niña Aurora, Nicolasa González, quien vive en El Bolo, a unas siete cuadras de mi casa, bordeando por el Cerro Morón, le envía la comida. Ella y Antonio José, son compadres. Usted no me lo está preguntando. Pero la mamá de Antonia me recomendó que le alquilase el cuarto. Yo trabajo todo el día. Cuando retorno a la casa, cansada de trabajar en el comedor escolar, solo deseo descansar. Por fortuna, cuestión que le agradezco, no me veo obligada a darle comida a mis tres gallinas, porque mi inquilino les trae pico del mercado y pedazos de fruta. Se los da antes de ponerse a armar sus esculturas de niñas o mujeres, hombres hechos con cabillas, pedazos de madera y mezcla de cemento. Yo lo veo todo tan bello. Mi patio, a veces, se parece a un parque. Al terminar, barre el patio; limpia todo; después de saludarme, entra al cuarto nuevamente. Vaya y vea. En ese cuarto, que él pinta cada semana, realiza dibujos en las mismas paredes; escribe pensamientos que no entiendo del todo. Pero él, a veces, me explica su significado; porque en la vida una debe conocer de todo. En el cuarto, también tiene cuadros en los cuales dibuja caras, mariposas, árboles que, en vez de hojas, muestran

casitas de las cuales salen mariposas azules; en otros árboles, pinta orugas, crisálidas, mariposas dentro de su capullo. Todos con manchas cuyo significado no comprendo del todo, como si la mancha fuese el revés, el capullo de la mariposa, cuando la ninfa sale y expande su seda. Pero él me asegura que figuran tanto a mariposas como las muñecas, encerradas en capullos que parecieran rosas.

»Ustedes dirán de Filomena, esta campesina que hoy les habla, que también me volví loca; pero le aseguro que un día de estos me encerraré en uno de esos capullos, con tal de que al final, me llame *Filomena disuelta en el paisaje; La niña Filomena en El Parador viendo a Valera desde Carvajal; El próximo Eclipse* o ¿por qué no? *Gotas Religiosas debajo de una nube y niña con paraguas*. Respóndame. ¿Quiénes se volvieron locos? ¿Ellos, usted o yo?

»Si usted ve todo lo que le estoy describiendo, o tratando de convencerlo de que vaya; descubriría (usted mismo) la realidad de todo esto que le estoy contando. Si nos visita, terminará convencido de que, tal como lo afirma Antonio José, esos dibujos constituyen miríadas para pintar el aire; los bocetos para esculturas en crudo del patio de mi casa llamado “Museo de Locos” por algunos de mis vecinos. Pero no por todos; usted puede hablar con la señora Basilisa Valero, quien vive al frente. Un día entró al cuarto y salió de lo más contenta al verse retratada en un capullo, como cualquier ninfa. Apenas si se nota que se trata de un retrato de Basilisa por la nariz aguileña y los ojos saltones, desgarrados detrás de sus gafas. Pero todo el resto del cuerpo se volvió una gracia gentil de almas de rosas columpiándose en sus mejillas; en las hojas-manos que convirtió en hamacas y *una chispa de luz* en busca de una gota que cae sobre sus ojos de donde brotan pequeños puntos de diferentes colores:

mariposas nacientes en busca de luz; al final de la mancha, *la sombra de sus nidos ocultos*.

»No me molestan sus comentarios; no tanto como a él, a quien, a veces, lo sacan de quicio tanto los vecinos como los muchachos. Lo mismo me sucede con los escritos en la pared o en algunos papeles. Algunas veces los esparce en el patio; pero sin yo pedirlo, me aclara el significado. Al final, termino entendiendo que todo —tal como sucede con las mariposas— será reservado al borrón, al nido de sombras, como nos va a suceder a todos nosotros, cuando fallezcamos.

»Los escritos en la pared los borra cada semana. Los días domingos; porque, generalmente, no va al Mercado ese día. Solo mantiene sin borrar, uno que escribió de su puño y letra, precisamente ubicado frente a su cama; nunca lo cambia de sitio. Como si siempre quisiera leerlo cada noche, antes de dormir. No sé si quiere preguntar o comentar otra cosa —sugirió la niña Filomena al funcionario, quien no anotaba nada, pero la miraba fijamente a los ojos, temeroso de que, de pronto, abriera la cartera y de ella emergiesen mariposas cuyo polvillo le causaría ceguera.

Recuperó su compostura; buscó un lápiz y una hoja para anotar algo, mientras ella abundaba en detalles sobre lo que sucedía en su casa con el inquilino; volvía a repetir que ella sabía tanto de las mariposas como su inquilino: estaba dispuesta a transformar jardines, patios, cuartos, cocina. Toda la casa en una cueva, pues así vería las mariposas muriendo en el aire, convertidas en gotas de flores en el nido o en el arcoíris en la cual se transformaría mi casa si yo lograra anudar este sueño.

—¿Qué dice el escrito que ese señor Fernández no borra jamás? ¿Lo recuerda usted?

—Claro. Déjeme concentrarme; me lo sé de memoria. Si quiere vaya y compruebe. Anote. Pero póngale comillas, o subraye el texto. Póngale comillas, como las tiene el escrito en la pared:

El principio y la fuente para crear requieren de tener juicio. Si no hay arte, el deseo de huir hacia adelante se vuelve peligroso. Los delfines no pertenecen a los bosques ni los jabalíes al mar. La palabra o pincelada que se sueltan mal no pueden recogerse. Cualquier asunto que quieras tratar debe ser sencillo y uno.

—No entiendo nada, niña Filomena. ¿Usted comprende algo? Creo que usted arrendó un cuarto de su casa a un tremendo loco. Debe tener mucho cuidado porque algunos de los vecinos que han venido a poner la queja, no lo han tildado de sádico, de manera directa, pero les extraña mucho lo de la niña encerrada durante horas en el cuarto. ¿Por qué usted no les propone salir al comedor? Digo yo. Usted manda en su casa. Por otra parte, cuentan que nunca termina de hacer una muñeca de cemento cuando comienza la otra; hasta nos comentó un vecino que un día le entró a martillazos a una de esas muñecas, simplemente porque unos niños se burlaron; supuestamente a los niños les parecía muy fea.

—Ay, don Marcelino. Usted no sabe nada. Esos son cinco diablillos a quienes los padres no les ponen reparo. Hasta le cayeron a pedradas a una de esas esculturas en la cual se mantuvo trabajando casi un año; no se trata de muñecas. Para él son esculturas sin color. El creó una con el tema de la maternidad, que fue apedreada. La pensaba donar al Hospital de Niños. Al niño que sostenía la madre, esos muchachos realengos le partieron la cabeza.

—¿Y usted qué piensa hacer? Claro, se trata de una propiedad suya. Usted tiene la última palabra.

—No digo nada. *Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra.* No lo digo yo; está escrito en uno de los Evangelios. Ahora, si usted quiere ir a mi casa, las puertas estarán siempre abiertas.

Seguramente, si la niña Filomena le hubiese contado a Antonio José de las dos veces que fue citada al Consejo del Niño, hubiera entrado en ira, como siempre lo hacía cuando se sentía ofendido por la incomprensión de la gente: no existiera ahora esa bella escultura con el tema de la maternidad titulada *Sueño de Nicolasa y la pequeña Aurora*. No le hubiera caído a martillazos cuando se sintió despreciado por las autoridades del Hospital de Niños, quienes rechazaron la donación por ser, según ellos, «demasiado fea». Vinieron a ver la pieza algunos médicos; solo a un doctor que dijo llamarse Ángel Rondón Morales le pareció hermosa. Ofreció comprarla. Pero, Antonio José, muy ofendido, le respondió que no se la vendería a particulares. Tan pronto se retiraron los médicos, incluido el doctor Rondón Morales, quien insistió, inútilmente, en adquirir la escultura, el hombre le cayó a martillazos a la pieza, restaurada después de sufrir la afrenta de los niños a pedradas.

Absorta en sus recuerdos, recostada en su mecedora, después de haber almorzado, Filomena sintió que tenía sueño. Cuando se entregaba al sueño, Antonio José salió de su cuarto, sin esperar a Antonia quien, seguramente, llegaría, puntual con el almuerzo. Parado en el quicio de la puerta de salida de la casa, le comunicó a la niña Filomena que volvería al día siguiente. Que no dejaba el cuarto cerrado con llave; pero que no permitiese entrar a nadie en caso de que ella fuese visitada por alguien; pero que ella sí podría entrar si lo deseaba. «En dos o tres días terminaré de mudarme a Carvajal; cuando ya esté instalado allá, la vendré a buscar para que conozca mi casa» —añadió, antes de perderse de su vista.

Entonces, la niña Filomena recordó que ella, también, debía empacar las pocas cosas que aún faltaban. Lo más difícil, lo que más la entristecía de la mudanza a una nueva casa

adquirida en Caja de Agua, era separarse de José Antonio, a quien, después de todas las complicaciones y murmuraciones que afrontó con los vecinos, le había tomado demasiado cariño. La alegraba, en el fondo, que ambos se mudarían a casas propias; que, inclusive, sus tres gallinas, vivirían en Carvajal en casa nueva. Las había obsequiado a Antonio; sabía que él las cuidaría tanto como ella.

Mantecía, en sus manos, el retrato titulado *Filomena en el Jardín*, donde, sin ella imaginarlo nunca, la captó el artista parada ante la mata de jazmín, rodeada de una nube de mariposas de todos los tamaños y colores; ella misma tenía mariposas o rosas por mejillas. ¿Sería ese el arcoíris que, días atrás, le prometió Antonio José? Cualquiera que la viese besando su propio retrato, mientras dejaba correr unas lágrimas que terminaron aliviándola, espantando la tristeza, pensaría que la niña Filomena se había vuelto loca. Se pasó la mano por la cara; colocó el retrato sobre la mecedora, y sin pensarlo más, se decidió a entrar en el cuarto ocupado por el artista Antonio José Fernández.

Alucinado, poseído por una fuerza extraña que lo llamaba desde la calle, a pleno sol, Antonio José caminó a pie hasta el Punto de Mérida; de allí, bajó hacia el río Motatán. Se despojó de las ropas. Pensó en golpear su cuerpo con piedras. Pero, de pronto, al fondo de un pequeño remolino, descubrió una piedra que le pareció hermosísima. Entre blanco y grises de diversas tonalidades, parecía brillar, al fondo del agua. Esparcía una luz extraña; se movía, levemente, como un pez. Atribuyó su deseo de salir de casa ese día a la necesidad de pasar unas cuantas horas sumergidas en las aguas del río Motatán al llamado de esa hermosa piedra. La tomó. La piedra resbaló en su mano como un pez hermoso. Parecía un gran diamante de vetas de colores verdes, azules, grisáceos y amarillos.

Las aguas del río se agitaron mientras extraía la piedra. Se quedó mirándola como si fuese un juguete o un amuleto. ¿Pudiese ser un amuleto obsequio del Divino Niño de Escuque, región donde tuvo la suerte de nacer en el caserío La Cortada de Mariposas? Allí mismo, escuchando voces de sus antepasados, se imaginó, para siempre, amarrado a ese río resumido en la piedra que llevaría en su mano derecha, en el dedo medio, como parte de la fuerza del río guiando sus pasos para siempre, sordo a los desprecios de la gente, pensando que en ese momento, en el propio cuarto que habité por más de cinco años en casa de la Niña Filomena, tan comprensiva conmigo, nacieron muchas de mis «hijas» —como llamaba *El hombre del anillo* bautizado, con ese apodo, desde este momento, por gracia del río Motatán por el propio artista— a todas las mariposas, sus pinturas, sus obras en cemento, en piedra, en tablas, que desde ese instante, parecían resumir su fuerza en el puño apretado, en el dedo medio convertido, ahí mismo, frente al río Motatán, en un círculo de piedra, en *anillo de pez* emergido del fondo del río.

Mientras el hombre que volvería a Valera, al día siguiente, después que subiera la colina que lo llevaría a Carvajal imaginaba cómo confeccionar su anillo, oyó la voz de Filomena llamándolo. Volvió su cabeza; solo tuvo la vista panorámica de la ciudad de Valera, en todo su esplendor. Apuró sus pasos. Debía terminar de arreglar la casa que compró a plazos, a unos hermanos gemelos llamados Onza y León, quienes la heredaron de su padre, un campesino recién fallecido. Demasiado adoloridos por la muerte del padre, según ellos, no querían volver a esa casa. Cuando llegó a la Avenida Principal de Carvajal, entró a una bodega; compró cinco kilos de pigo; se dirigió a la casa Número 144, donde lo esperarían hambrientas sus tres gallinas, herencia recibida de la Niña Filomena, quien, igualmente, se mudaría a una nueva casa, en menos de un mes.

Su protectora de los últimos años se había quedado dormitada en la silla. De pronto, se levantó. Colocó en la mecedora el retrato suyo; como si tuviese un mal presentimiento oyó, a lo lejos, en su propio patio, el canto de un gallo que ella no tenía. La niña Filomena se santiguó; encomendó a los santos a Antonio José, imaginándolo sumergido en las aguas del río, sin pensar que ya había subido a pie hacia Carvajal, llevando consigo un guijarro, el cual crearía para su cuerpo una escultura adherida a su mano, un anillo de piedra.

Sin pensarlo dos veces, Antonio José decidió que, tan pronto convirtiese la piedra en un hermoso diamante, sus cuadros los firmaría con las iniciales AJF labradas en la piedra; dibujaría, en el reverso de cada cuadro, un boceto para un próximo cuadro, un sueño o fábula imaginada desde las iniciales AJF que se enrollarían en el boceto como una serpiente que se muerde la cola. Empezaría a ser llamado *El hombre del anillo* dentro de pocos días, cuando en el Mercado Municipal de Valera, donde sería visitado por el conocido crítico merideño Carlos Contramaestre, quien, desde Caracas y Mérida, venía siguiendo sus pasos, lo convenció de permitir una visita en el cuarto que vivía y registrar las piezas escultóricas arremadas en el patio de la casa de Filomena González. Entre Contramaestre y la Niña Filomena, una cocinera en el comedor del Grupo Escolar Eloísa Fonseca, lo animaron a salir del cuarto donde acudirían fotógrafos, críticos, coleccionistas de arte a fotografiar las piezas del artista popular, hasta entonces, prácticamente desconocido fuera de Valera. Contramaestre organizó, rápidamente, la presentación de una Exposición Individual del artista trujillano en la Galería El Techo de la Ballena, en Caracas. Todo el universo de la crítica artística, directores de museos y afamados coleccionistas de arte conocieron al nuevo escultor, quien, además, según se reseñó

en abundantes notas de prensa, era igualmente un escritor de fábulas, reflexiones sobre vida, filosofía y arte.

Una selección de sus escritos fue editada por la Imprenta de la Gobernación del Estado Trujillo y las obras adquiridas, en su totalidad, por importantes coleccionistas de arte; otras pasaron a engrosar las colecciones de importantes museos. A su retorno a Valera, sin embargo, continuó al frente de su puesto de frutas y verduras en el Mercado Municipal. Ya los muchachos y viejas chismosas comenzaron a considerarlo una celebridad de la cuadra, un vecino famoso que había merecido tres entrevistas en los periódicos *El Nacional*; *El Universal* y en *El Tiempo*, de la ciudad de Valera.

Con el dinero obtenido tras las ventas de sus obras en Caracas, le dio una parte a la Niña Filomena; otra porción la invirtió en adquisición de una casa, situada en la Avenida Principal de Carvajal, a unos hermanos gemelos llamados Onza y León Arellano. Compró un nuevo tocadiscos para oír a todo volumen a Brahms, a Mahler, a Beethoven y a Tchaikovski, sus compositores de siempre. Improvisó un taller en el patio y en uno de los dormitorios; construyó una gran jaula de alambres de ojos para sus tres gallinas; recogió cinco gatos callejeros y un perrito a quien llamó Tristán. En solo siete horas había terminado su anillo; orgulloso, puso a todo volumen *Ritorna Vincitor* que tanto lo exaltaba; se colocó el enorme anillo en el dedo, que llevaría durante veinte años sin quitarse ni un solo momento.

La Niña Filomena González, quien no sabía nada de arte, ni de poesía, pero que hablaba con los pájaros, con las gallinas; con las mariposas que pasaban todo el día en el patio trasero de su casa, saltando de las flores de mirto, a las matas de sauco; de allí a las de jazmín; a las flores de los naranjos, jamás había tenido tantas mariposas en su casa como aquel

día. ¿Cómo contarlas; cómo hablarles a todas? Después de oír el canto de un gallo, casi enseguida, tuvo la impresión de que una segunda nube de mariposas que, en ese instante, entró a la casa, parecía, de pronto, haber decidido recorrerla en busca del cuarto de AJF.

Abrió ambas hojas de la puerta totalmente, para que terminasen de entrar todas. El bullicio de sus alas la sacó, finalmente, de su siesta; la empujó a entrar en el cuarto de su inquilino detrás de todas ellas. Algo le decía, desde lo más hondo de su alma, de su corazón, del último de sus vellos, sus cabellos, sus poros, que el canto del gallo inexistente en la cuadra y esas nubes de mariposas que entraban al cuarto de Antonio José Fernández, aprovechando que él no andaba por allí, preanunciaban que algo malo sucedería en ese mismo instante. Sin embargo, Filomena, sacada de su siesta por la parvada de mariposas, se dejó llevar por ellas, en estado de gracia; de éxtasis.

Cuando entró, definitivamente, al cuarto, quedó maravillada de todo lo que se revelaba ante sus ojos. En el piso, en las paredes, había escenas que ella pudiese armar si lo quería. Porque reconocía, en los dibujos esparcidos en el suelo, como en los dibujos garabateados en las paredes no ocupadas por el escrito del cual le habló al funcionario del Consejo del Niño, escritos relativos a niños, mujeres y hombres que reconocía por algún rasgo familiar: la cara huesuda, con su tierna sonrisa, de doña Basilisa Valero, su vecina, amiga de la casa y de Antonio; labios pronunciados; enormes labios que parecían rosas nidos de mariposas en vuelo; lenguas de niños con alas de murciélagos. Enormes lenguas de mariposa aparecían retratadas mientras libaban el néctar de los naranjos, de las matas de mirto y de jazmines.

Ella, Filomena, aparecía retratada, estavez, con un enorme rosario entre las manos; las cuentas del rosario simulaban mariposas

menudas; descubriría perfiles reconocibles de las viejas chismosas del vecindario, Auxiliadora, Ramona, María Paula; medios perfiles de don Casimiro, dueño de la bodega, con una enorme barriga de la cual emergían mariposas, murciélagos y niños de afilados colmillos. Todas las figuras envueltas en alas, mariposas entrecruzadas o capullos a punto de dejar que saliese la polilla; una mariposa de vistosos colores parecía envolver a todos los personajes, dispuestos en papeles que colgaban de la pared y algunos esparcidos en el suelo.

O ella enloqueció mientras dormía o todas esas mariposas, que pasaban el día entre los naranjos, del sauco a los jazmines y de allí a las matas de mirto, vinieron a morir dentro del cuarto, delante suyo, dormitada para siempre en su mecedora, o acaso dispuesta a reanudar la labor iniciada por AJF, quien parecía dibujar con sangre o zumo de las flores de cayena esa calurosa ensoñación que envolvía la casa en llamas. Eso imaginaba. Eso soñó mientras, de una pared a la otra, leía uno por uno los escritos que parecían grabados con los dedos o una burda brocha:

*El cuerpo conforma la casa donde, para siempre, vivirá tu ser real
Morir supone mudarse por un tiempo de una casa a otra mucho
más hermosa*

*Seremos siempre una mariposa a punto de emerger para vivir tres días
La palabra psique antes del sueño de los presocráticos y su alfabeto
de los elementos naturales significaba solamente mariposa.*

Mientras Filomena veía los dibujos y, al mismo tiempo, leía los escritos, se agachó a recoger un cuaderno en el cual su inquilino transcribió párrafos enteros sobre el proceso de transformación de la oruga en mariposa. Allí dibujó a Filomena, como si permaneciera inmóvil, sin alimentarse, hasta

el momento de la formación del cuerpo de la arrendataria, como la pintó AJF, dispuesta a volar, luego de dejar la crisálida. Los dibujos de su rostro, sus alas, abiertas con toda la saliva fuera, pero dispuesta a arder en el sol, ya afuera, convertida para siempre en mariposa, revolotearon por el cuarto antes de su partida.

El hombre del anillo terminó de llegar a Carvajal otra vez como lo hacía cada tres días, cuando bajaba a Valera. La mariposa que llamó Filomena, en honor a la memoria de su gran protectora, se quedó parada sobre una hoja. Así la imaginaría, para siempre, después de la muerte de la niña Filomena. Sin cansarse, no cesaba de volar tras él, quien ascendía tras la rosa de sangre que se desataba, para escándalo de las tres gallinas y los gatos, cuando, una noche, tras él, terminaron de entrar dos hombres que tocaron su puerta al filo de la medianoche. Lo llamaron por su nombre. Él les abrió. Varias veces, insistentes, convencidos de que el anciano se negaba a abrir, agresivos, altaneros, creyéndose dueños de la casa para siempre, pronunciaron su nombre unas tres veces: ¡abre! Somos *Onza y León*.

En la casa que *El hombre del anillo* les había comprado años atrás, tras la mudanza obligada al morir la Niña Filomena, AJF abrió la puerta a quienes, cansados de preguntar si era cierto que en su anillo tenía escondido tres diamantes, empezaron a destrozar sus esculturas, con martillos y hachas, sin oír los ruegos del anciano, el alboroto de las gallinas, los ladridos de Tristán, ni los maullidos de los gatos que saltaban entre terrones y rosas de sangre. Cortaron la mano del anciano de un certero hachazo. El anillo de piedra desapareció en la noche, empujado afuera por el borbotón de sangre de la mano cortada. José Antonio Fernández tambaleó, luego gritó: «¿Qué han hecho con mi mano? ¿Dónde está el anillo?».

Onza y León, antes de salir de la casa, terminaron de destrozarse la pieza *Campesino y gallo*, hasta reducir la escultura a terrones amontonados junto a la sangre y plumas de las tres gallinas; descuartizaron los cuerpos de Tristán y de los gatos, frustrados por no encontrar el anillo que, supuestamente, escondía tres diamantes. Las plumas de las gallinas terminaron encima de *Filomena alada*. Los hombres enloquecidos, decididos a completar su faena, alzaron la escultura. La dejaron caer sobre la cabeza del anciano. Ya agonizante, el anciano vio cuando tres mariposas se detenían sobre las rosas en que terminó convertida su cara. Mientras cerraba los ojos y se disponía a salir en busca de otra piedra, las mariposas volaron siguiendo el camino de luz.

En Valencia nació Yoknapatawha

Al doctor Efraín Sedek, amante de las artes, maestro de maestros entre psiquiatras y psicoanalistas.

Cuando Miguel se informó —a través de una crónica publicada en *El Carabobeño*— que, dentro de la gira nacional preparada por la Embajada de Estados Unidos al gran escritor norteamericano William Faulkner a Venezuela, aparecía incluida una visita a la Facultad de Derecho de la Universidad de Carabobo y al Ateneo de Valencia, sintió, al mismo tiempo, cierto desasosiego e incredulidad. ¿Sería cierta aquella noticia o habría leído mal? A esa hora, cerca de la medianoche, no tendría cómo cerciorarse de que, efectivamente, la noticia era cierta.

Leyó la nota una y otra vez. Luego de releerla varias veces, la recortó. Después de guardar el recorte en un cuaderno, se dispuso a dormir un rato, pues, tendría que salir de su casa, al amanecer del día siguiente, apresurando los pasos, como mejor pudiese, a fin de llegar, puntualmente, a la universidad; presentar el examen de Histología, pautado para la primera hora de clase y —tan pronto terminara de firmar la hoja de asistencia al examen— encaminarse hacia la Facultad de Derecho, en busca de Faulkner.

Miguel, estudiante de segundo año de Medicina, ávido lector de los grandes poetas y de los novelistas ingleses y norteamericanos, entre ellos, en primer lugar, de William Faulkner, ya en la calle, se detuvo un momento antes de abordar

el autobús que lo llevaría hasta Bárbula. Sacó el recorte del cuaderno. Volvió a leer la crónica, tratando de cerciorarse de la verdad de lo leído, y de que aquella estupenda noticia no la hubiese estado imaginando. Siendo todavía un muchacho, Miguel leyó, en inglés, las primeras tres novelas de Faulkner: *Santuario*; *Mosquitos* y *Sartoris*, escritas —según declaraciones del propio escritor, en la oportunidad en que fue lanzada su gran novela *Mientras agonizo*— bajo el impulso de ganar dinero, deseoso de asegurar, con sus ventas, la manutención de su familia, cuestión con la cual el mismo muchacho que, muy entusiasmado, leyó aquella entrevista, soñaba entre las húmedas paredes de su cuarto repleto de libros. En un futuro cercano, él también, lograría convertirse en escritor de una novela que, tras alcanzar varias ediciones, le permitiese ser independiente: sufragaría sus gastos personales y los de sus padres. Solo así, don Jacobo, su padre adoptivo, lo apoyaría en el empeño de entregarse por entero a escribir, después de que concluyese sus estudios de Medicina, con máximas calificaciones y honores.

Junto a la lectura de las obras primigenias de Faulkner, Miguel se sumergió, igualmente, en la lectura de las novelas integrantes de la saga mítica de Yoknapatawha: *Luz de Agosto*; *Absalón, Absalón*; *Los invictos*; *Las palmeras salvajes*; *Desciende Moisés* y la obra considerada por Miguel como la gran suma del universo faulkneriano: *Mientras agonizo*, el mar profundo, la cual —desde la primea lectura— se propuso recitar de memoria alguna vez.

Tan pronto conoció la noticia de la visita del gran escritor a Valencia, no tuvo paz para concentrarse en la idea de cumplir con sus compromisos universitarios de ese día. Guardó en su morral —junto con sus libros de Anatomía e Histología, sus cuadernos y lápices— un ejemplar de *Mosquitos* y otro

de *Mientras agonizo*, su joya preferida, leída unas diez veces. Siempre la escrutaba en un nuevo ejemplar, subrayando con lápices de distinto color algunos párrafos que consideraba esplendorosos. De esa sola novela tenía siete copias. Tomó el último ejemplar adquirido en un remate de libros. Lo guardó en su morral, junto a guías y folletos de Histología, de cuya asignatura presentaría, esta misma mañana, el examen final.

Para orgullo de su padre (quien siempre soñó con la idea de ver a Miguel graduado de médico), aparecía en la lista de los alumnos eximidos en esa asignatura considerada una de las columnas vertebrales del currículo de los estudios de salud y medicina. El aventajado estudiante seguía —igualmente— alimentando el sueño de estudiar Filosofía y escribir una novela que se vendiese muy bien: ello le permitiría ser independiente económicamente; se dedicaría por entero a la literatura, aun cuando concluyese sus estudios de Medicina, como un secreto homenaje a don Jacobo, su abnegado padre.

Todavía no había renunciado a su sueño de ser escritor. Muchas veces pensó discutir con don Jacobo esa posibilidad. Quizá su padre lo apoyara en esa idea. Pero no aprobaría que abandonase los estudios de Medicina en los cuales Miguel registraba, como alumno aventajado, una hoja brillante. En casi todos los exámenes resultaba eximido. Aquella mañana, antes de dirigirse a la Facultad de Derecho a conocer a Faulkner, debía cumplir otro ritual. Aun eximido, debía firmar el acta de examen. Lo había previsto todo: saldría al amanecer para Bárbula; firmaría el acta del examen que se cumpliría a las ocho de la mañana, según lo previsto en el calendario de exámenes y pruebas.

Como si se tratara de un milagro, en aquel amanecer cumplió la ruta de su casa a Bárbula en solo media hora. No tuvo tiempo de releer el fragmento que más le encantaba en *Mien-*

tras agonizo: el momento en que la urna con los restos de la madre se sumerge en el río y, ante los ojos de uno de sus hijos, la madre se transforma en un pez. El tiempo le fue demasiado leve; apenas sintió el impulso de leer ese episodio, el autobús se detuvo en la parada. Se bajó tan apresurado del bus que, más bien, creía andar corriendo. Cuando llegó al salón de clases, todavía su querido profesor no había arribado. ¿Tendría tiempo de volver a leer el recorte de prensa? Cuando se dispuso a buscar el papel en el cuaderno, la puerta de entrada al aula de clases se abrió de par en par.

Tan pronto el doctor Guillermo Mujica Sevilla entró al salón, invitó a los discípulos a ocupar sus pupitres. Orgulloso, vio al alumno eximido firmando la hoja de examen, antes de retirarse. Le dio las gracias. Recogió su bolígrafo y, sonriente, despidió a Miguel, a quien notaba un poco nervioso, ligero en sus movimientos. Pero ninguno de los dos dijo nada, ni mucho menos efectuó un comentario, por mínimo que fuese.

Luego de firmar el acta del examen y entrar rápidamente a la Biblioteca Einnar Paz Cordero a devolver un libro, Miguel apuró los pasos y, dejando los espacios del campus universitario, se encaminó a la parada de autobuses, en busca de la ruta que pasara lo más cerca posible de la Facultad de Derecho, situada en pleno centro de la ciudad de Valencia. Dispuesto a llegar hasta allí a pie, si fuera necesario, emprendió, sin dilaciones, a zancadas, el trayecto que lo llevaría a la parada de autobuses, en la cual abordaría la unidad adecuada. El sol empezaba a calentar. La luz —en vez de encandilarlo, o hacerlo sudar demasiado— generaba en su alma una fuerte energía. Quizás esa luz emanase de las flores de apamate sembrados en el camino que conducía a la salida. Durante breves segundos quedó pasmado ante ellos: el ramaje florecido le resultó mucho más hermoso, en el tramado de luz y de sombra de

hojas y de flores, que parecían envolver los movimientos del muchacho hacia lo que Miguel consideraba, desde ya, un día muy especial. Un día inolvidable y epifánico.

Ese instante de luz empezó a prolongarse, tan pronto ganó la calle definitivamente. Al lograr salir de la universidad, sintió el impulso de empezar a correr, calle abajo. Miguel iniciaba el tránsito hacia la experiencia de disfrutar del instante imperecedero de toda su existencia; lucía ya enmarcado para la eternidad: llevaba en los zapatos la humedad de las flores de apamate y la luz anudada en las trenzas de sus zapatos húmedos.

Deseaba arribar a la Facultad de Derecho mucho antes de que William Faulkner, su gran ídolo, hiciera la entrada. Sin ningún nerviosismo, seguro de llegar a tiempo, cerró los ojos tan pronto entró en el autobús y ocupó un puesto vacío junto a un ventanal, desde donde podría divisar numerosos árboles, gente paseando; otros, como él, apurando sus pasos para arribar a casa o alcanzar su destino a través de una experiencia imborrable. Luego, volvió a cerrar los ojos. No los abriría hasta que calculara estar ya muy próximo a la parada de la calle Soubllette, a solo tres cuadras de la Facultad de Derecho. Entretanto, mientras esperase el arribo a esa parada, prepararía, mentalmente, un guion para un posible diálogo con el creador de *Mientras agonizo*.

Quizá Faulkner se sorprendiese de que conversara con él en un inglés bastante fluido. ¿Le hablaría de que se había leído todas las obras de Sherwood Anderson, de Mark Twain y Theodore Dreiser, solo porque sabía que habían sido los maestros del gran William Faulkner? De cualquier manera, se las arreglaría para que le autografiase cualquiera de las novelas que llevaba consigo. ¿Estamparía Faulkner su firma en *Mosquitos* o en una de las páginas de *Mientras agonizo*, cuyo

texto Miguel ya casi se sabía de memoria, pues, al final, él mismo terminaría siendo uno cualquiera de los hijos que monologaban ante el cadáver de su madre muerta?

Soy Vardaman y estoy cortado en pedazos y ya no soy pez sino mi madre muerta, se decía Miguel mientras, a las puertas de la Facultad de Derecho, esperaba a que traspasara el umbral el escritor cuyas novelas y cuentos había leído con la misma pasión emprendida en la lectura de *Don Quijote de La Mancha*; el *Antiguo Testamento*; el *Libro de los Salmos* y *El Cantar de los Cantares*, en busca de correspondencias con la escritura de William Faulkner, el océano de fuego, el mar inagotable.

En el instante en que llegase a la Facultad de Derecho y se preparase a esperar al escritor, hallaría un sentido mayor a su empeño en repetir todos los títulos de los libros faulknerianos y a recordar, para sí, pasajes enteros de *Mientras agonizo*. Sin abrir los ojos, todavía se empeñaba en suponer, con Dewey Dell, *que yo le digo que se vuelva a mirar a otra parte. Hará lo que yo le diga. ¿Es que no sabéis que él hará lo que yo diga?* Acaso lo haría ahora. Hacía un buen rato bajó del autobús y pasó cuatro cuadras corriendo, hasta llegar a la Facultad de Derecho. Se detuvo en la puerta; envuelto en un gran frenesí, se preparó a esperar a William Faulkner. Para olvidar la timidez o para espantar su propio miedo, se paró firme frente a la puerta de entrada, donde ya aguardaban por el ilustre visitante decenas de profesores y estudiantes universitarios.

De repente, una turba de estudiantes empezó a gritar consignas; a vociferar frases inconexas contra los norteamericanos. Miguel sintió un gran temor. ¿Se cumpliría el anhelado sueño de tantos días y años atrás? Los estudiantes no parecían dispuestos a permitir que la actividad terminara cumpliéndose. Los gritos, lejos de cesar, empezaban a incrementarse más; la protesta no cesaría:

«*Yankees Go Home*»

«*Gringos, fuera de Venezuela*»

Una turba mayor, conformada por enardecidos estudiantes, comenzó a formarse dos cuadras más abajo; intercambiaban gritos e insultos; lanzaban piedras y botellas contra la limusina y contra los vehículos de seguridad que integraban la caravana que acompañaba a la comitiva que acompañaba al escritor. Numerosos volantes se esparcían en el aire, creando remolinos de pequeños papeles. Un manifiesto suscrito por la Federación de Centros Universitarios fue repartido entre quienes aguardaban a la entrada de la Facultad el arribo del gran escritor. Miguel no lo leyó. Lo tomó por cortesía. Pero imaginó que, en el texto, se repudiaba la visita de los norteamericanos al recinto universitario y acusarían, tanto al embajador como al escritor William Faulkner de ser agentes del imperialismo y de agresiones contra el pueblo de Latinoamérica.

Miguel —sin moverse un centímetro de la entrada principal, por donde entraría la comitiva que acompañaba a William Faulkner— se mantuvo impasible a las puertas de la Facultad. Con las dos novelas, fuertemente apretadas contra su pecho, se dio cuenta de que la limusina seguiría de largo. Disminuyó la velocidad a las puertas de la Facultad, pero, enseguida, arrancó de nuevo. No se detendría frente a la puerta. A pesar de la dificultad que suponía avanzar entre la turba, la limusina prosiguió su camino, custodiada por los otros vehículos, cuando por fuerza, y según lo previsto, pasó frente a la puerta principal de la Facultad de Derecho, mientras aumentaban las pedradas, puntapiés y abucheos de los estudiantes contra los vehículos que formaban parte de la comitiva.

Sin pensarlo más, Miguel abandonó su puesto. Se mezcló entre la turba de estudiantes. Como mejor pudo, decidió seguir trotando detrás de la limusina, cuidando de no caerse; ajeno a la idea de lo que pensarán sobre él las personas que ocupaban los vehículos integrantes de la comitiva. Siguió trotando sin sentir ningún temor, seguro de que nadie interrumpiría su ruta; nada alteraría su decisión de continuar trotando detrás del carro en que se encontraba William Faulkner. Solo se preocupaba de no perder la limusina. Sobre todo, de no soltar los libros, sus amadas novelas. En algún párrafo se registraría la escena que vivía Miguel en ese instante: *de nuevo soy Vardaman y echo a correr, detrás de la limusina, manteniendo siempre una prudente distancia que no alterara el humor de los integrantes de la seguridad si pensarán que fuese yo un loco, un fanático, y no quien soy realmente: el más grande de los admiradores del fundador de Yoknapatawpha donde nació Miguel y donde moriría aunque me mantuviese ahora muy cerca de la parte trasera de la limusina cuando llego al filo del guardafango plateado y la limusina se detiene en la esquina y luego dobla y el chofer seguramente dentro de poco tiempo se dispondría a entrar en el estacionamiento siento ganas de llorar al pensar que tal vez no lograría entrar allí y ver a William Faulkner cara a cara.*

Pero, enseguida, me repuse y gané fuerzas para seguir trotando detrás del vehículo. Después de todo, como si el chofer advirtiera el deseo obsesivo del muchacho que marchaba trotando detrás, impulsado por el frenético anhelo de ver de cerca a su admirado novelista, disminuía la velocidad en cada esquina, dándole tiempo al muchacho para que los alcanzara, mientras Miguel no dejaba de rezar fragmentos de la Oración del Justo Juez: «En cualquier paja o árbol de monte mi cuerpo sea resguardado / lazos y cadenas en mí sean cortados / ¿Traen pies? No me sigan / ¿Traen boca? No

me hablen. ¿Traen ojos? No me vean / ¿Traen oídos? No me oigan / ¿Traen manos? No me alcancen...».

Miguel, aferrado a la idea de *ser un pez* que se deslizaba manteniendo el trote tras la limusina, sin experimentar ningún cansancio, no perdía de vista al escritor que, imparable, viajaba en el asiento trasero. No se trataba de realizar un sueño de perfección, como exigía don Jacobo, con sus estudios de medicina, sino de alcanzar lo que no intuía como imposible: ver a su admirado ídolo bajándose de la limusina, pipa en mano, con el lápiz dispuesto a estampar un autógrafo al obsesivo muchacho que se mantenía trotando tras su coche, a solo unos metros de la entrada al amplio estacionamiento del Hotel Carabobo donde se hospedaba el visitante ilustre.

A escasos pasos de la entrada al estacionamiento, el chofer que conducía la limusina disminuyó mucho más la velocidad, temeroso de atropellar a un gato pequeño, seguramente recién nacido, visiblemente enfermo, que cruzaba la calle. Cuando terminó de pasar, el gato se acurrucó en medio de la acera; luego, se echó sobre un trozo de alfombra humedecida. El escritor bajó el ventanal. Miró al gato que, tras librarse de ser atropellado, se acostó moribundo, cosido por heridas, seguramente producto de alguna caída encima de una alambra o del ataque de otro gato adulto. Miguel se dio cuenta de la presencia del gato malherido: parecía estar agonizando, mientras una tenue llovizna empezaba a caer. Pensó en la idea de llevar al gato a su casa, tan pronto lograra el cometido de obtener el autógrafo. Entonces, solo entonces, vendría a socorrerlo.

El automóvil donde viajaba Faulkner y el resto de los vehículos que integraban la comitiva entró, rápidamente, en el estacionamiento. La lluvia empezaba a arreciar. Miguel apresuró sus pasos, temeroso de no lograr su objetivo. De pronto,

el cielo obscureció. Los hombres de la comitiva, una vez que estacionaron los vehículos, abrieron sus paraguas y apresuraron el paso hacia la limusina.

El chofer que conducía para Faulkner abrió un enorme paraguas y se dispuso a abrir la puerta al escritor. Este, sin soltar la pipa de su mano, le pidió al chofer que se detuviera un momento en medio del estacionamiento, a solo unos pasos de aquel muchacho que, sonriendo, apretaba los libros contra el pecho, temeroso, finalmente, de acercarse al escritor. Faulkner, sin moverse del sitio donde se mantuvo de pie, por unos segundos le sonrió. Sacudió la pipa y la guardó en su bolsillo.

Empezó a arreciar nuevamente la lluvia; los integrantes de la comitiva se apresuraron a entrar al hotel, no sin antes invitar a Faulkner a hacer lo mismo. El escritor y su chofer entraron definitivamente, flanqueados por los miembros de la comitiva, mientras Miguel, sin sentir tristeza, iluminado todavía con la sonrisa que le brindó el gran escritor, antes de caminar hacia la entrada al hotel, dio media vuelta en busca de la salida, sintiendo, a sus espaldas, la mirada incisiva de William Faulkner: bajo el paraguas. El escritor continuaba observando al intrépido muchacho.

Apresurado, Miguel salió del estacionamiento, sin advertir que el escritor había decidido acercarse al extraño visitante, musitando un versículo del *Salmo 35*: *¿Quién es ese muchacho, ese hombre que desea vida y codicia o días para hacer bien?* Miguel, sin oír a Faulkner recitando el Salmo, dio la espalda, sin pronunciar una palabra, como si la sonrisa del escritor, bajo la borrasca, le hubiese resultado suficiente: un escudo eterno que se tornaría en una vivencia inolvidable, a lo largo de toda su existencia.

Sin importar si su ropa se empapaba de agua, pensó en el gato malherido. Se lo llevaría a casa para limpiar sus rasguños y

darle un poco de calor. Extrañado, buscó el gato por unos minutos. Había desaparecido entre la lluvia. Los libros que habían quedado sin autógrafo permanecían adheridos al pecho humedecido. Insistió en desandar sus pasos. Esta vez, no en busca de William Faulkner, sino del gato malherido. Pero el gato se había borrado tras la lluvia. *Solo quedaron en la alfombra algunos puntos de sangre que el agua terminaría lavando*, se dijo el joven mientras —un tanto triste esta vez— emprendió el rumbo que lo conduciría a su casa, antes de que la lluvia, de nuevo, comenzara a arreciar.

La lluvia secreta

Nunca he visitado su tumba. La llevo.

HANNI OSSOTT

Aunque el frío empezaba a arreciar, pues todavía era otoño y el frío se tornaba intolerable, como si el invierno ya hubiese llegado, Freya recordó que debía volver a salir del apartamento. Pero, aun así, prefería no llevar un abrigo pesado, sino más bien el gabán que usaba en el verano. Apenas tomó una bufanda, la colocó alrededor de su cuello y se preparó a salir de inmediato. Se aseguró de pasar doble llave a la puerta de entrada, mientras miraba su reloj. Al contrario de todo mundo, ella llevaba el reloj en su muñeca derecha. Prefería que su brazo izquierdo siempre estuviera repleto de pulseras de plata, metal que —desde niña— le gustaba para sus alhajas: al caminar, disfrutaba del sonido que hacían al chocar entre sí.

Cuando descendió las escaleras, abrió rápidamente la reja que daba hacia la calle. Ajustó la bufanda lo mejor que pudo y avanzó con pasos rápidos, deseando atravesar rápidamente las dos cuadras de Inglis Road, antes de llegar a Ealing Broadway. Pero se detuvo por un momento, al oír unas pisadas detrás de ella. «Seguramente se trata de alguna ráfaga de viento, arrastrando hojas», pensó mientras se dispuso a seguir caminando por la senda bordeada de casas muy hermosas. Lucían idénticas, alineadas una junto a otra, cada una cercada por enredaderas de *Christ's horn*, con sus gruesas y dentadas hojas, las únicas resistentes al invierno: echaban pequeñas bolas rojas, empleadas por la gente como adornos en forma

de corona en las puertas, durante los días de Navidad. El resto de los árboles y plantas empezaban a perder sus hojas. Sintió mucho más frío. Se llevó las manos a la bufanda por unos segundos. La brisa, algo fuerte, sacudía sus cabellos que jamás había teñido, aun cuando cumplidos sus veinte años de edad las canas empezaron a salir.

Una vez atravesado el rayado de Hanger Lane llegaría sin demoras a la estación final del metro en Ealing Broadway, repleta de gente que ocupaba los asientos del tren que partiría, en escasos minutos, hacia el centro de Londres. Varias filas de usuarios esperaban, silenciosos, por la partida del tren y la llegada del próximo.

Atravesaría la estación y saldría a la calle dispuesta a tomar, sin más demoras, el autobús 305 que la dejaría en Albany Road, a solo diez pasos de la librería La Saeta, «The Harrow» para los ingleses que la visitaban, especialmente público universitario interesado, además de la literatura inglesa, en los textos en castellano y en francés, según remarcaba —muy insistente— su amiga, la poeta Hannia. Según ella, esa era la librería mejor dotada en Londres de textos clásicos y contemporáneos de la literatura inglesa e hispanoamericana.

Algunas veces, Hannia era la primera en llegar a la cita que Freya y ella efectuaban quincenalmente, todos los viernes, a las dos de la tarde, sencillamente para recorrerla o a preguntar por las novedades a Mrs. Agatha Duncan, quien hablaba alemán, así como español, aunque no fluidamente. Quizá por eso había optado por emplear a Milagro Bermúdez, una muchacha venezolana a quien Freya y Hannia saludaban cada vez que acudían a la librería con la excusa de cerciorarse de si habían llegado algunas novedades.

La muchacha, de estatura baja, ojos y abundante pelo negro, se acercaba a ellas con gran amabilidad y evidente ternura,

según pensaba Freya, quien la recorría de pies a cabeza en una rápida mirada. Casi se había vuelto un ritual que ambas mujeres, una vez de saludar a Mrs. Agatha Duncan, se acercasen a la hermosa y amable dependiente, a quien Freya no dejaba de mirar, alzando y levantando la vista, mientras hurgaba entre los libros apilados en fila o acomodados en estantes de metal. Algunas veces, extraía uno y lo dejaba caer, sobre todo, si Milagro andaba cerca. Tras ese ardid, lograba que la empleada viniese a recoger el libro.

Tras varios encuentros, en los cuales Milagro no solo les hablaba de las novedades que habían llegado en alemán —idioma que Hannia hablaba y leía a la perfección— poemas de Else Lasker-Schüller; poemas de Stefan Spender; *Elegías de Duino*, de Rainer Maria Rilke, tanto en alemán como en español, y varios ejemplares de una nueva *Antología* de Rainer Maria Rilke que a Milagro le parecía bellísima: una edición en miniatura, hermosamente editada con una rosa roja en la portada. Se habían vendido nueve de los treinta primeros ejemplares en llegar. Milagro había reservado dos copias: uno para ella y otro que pensaba obsequiar a Freya, quien siempre se mostraba muy galante con ella. Desde el primer día que se conocieron, Freya la invitó a tomar un café, gesto que Milagro tomó como una cortesía, aun cuando en el primer momento se había sentido intimidada ante Freya. Aplazaba siempre —bajo cualquier excusa— la invitación de visitar su apartamento, temerosa de quedar sola con ella. Pero no rechazaba sus insinuaciones amorosas; sus coqueteos, a los cuales ella respondía con una amplia sonrisa.

El apartamento, el número 08 de Hollywood Court, situado en una calle que ella tomó muchas veces hacia la estación Ealing Common, situado muy cerca de la casa donde vivía arrendada en un cuarto la muchacha cuya estadía en Londres estaba a punto de finalizar; en cualquier momento

se decidiría a visitarla. Tendría que retornar forzosamente a Venezuela a vivir con sus padres. No le gustaba mucho la idea. Al enterarse Freya de su pronta partida, la invitó, con mayor insistencia, a venir a su apartamento y pasarse allí unos días, antes de su retorno a Caracas. Milagro no se sentía segura de aceptar la invitación. Pero prefería seguir el juego de Freya: no sabía si terminaría aceptando la propuesta. Le permitiría ahorrarse algunas libras antes de su partida.

Hannia, intencionalmente, conocedora del interés de Freya en hacerse «amiga» de la muchacha desvalida pero inteligente, se apartó a un rincón. Las dejó solas conversando. Freya y Milagro, mientras hablaban, se mantenían hojeando la *Antología* en miniatura de los mejores poemas de Rainer Maria Rilke. Milagro, no solo era una atenta empleada de la librería, sino una gran lectora. De eso no les quedaba duda. Ni Hannia ni tampoco Freya conocían *Spoon river anthology*, obra maestra de Edgard Lee Masters que ella las invitó a leer, porque formaba parte de los pocos libros que le pertenecían y atesoraba en el cuartucho donde vivía en North Ealing. Hannia se apartó de las dos, gesto que seguramente se lo agradecería su amiga Freya cuando salieran de la librería. Diez metros separados de ellas, Hannia empezó a hojear un libro con los aforismos completos de Wallace Stevens, poeta norteamericano que la enloquecía:

The real is only the base. But it is the base

.....
All poetry is experimental poetry

.....
In poetry, you must love the words, the ideas and images and rhythms with all your capacity to love anything at all

Hannia desconocía si su amiga había comprado algún libro, pero ella ya había hecho su selección de esa tarde; se llevaría el libro de aforismos de Stevens; una edición bilingüe de la *Poesía completa* de Edgard Allan Poe, que incluía el ensayo *Método de composición*, escrito por el poeta para explicar la creación de su poema *El cuervo* y una hermosa edición de *Cartas a Theo*, de Vincent Van Gogh. Milagro y Freya se acercaron a Hannia, después de hablar a solas, en susurros, por más de media hora. Hannia le entregó el libro de aforismos a Milagro y el resto de los libros que compraría ese día para que elaborase la factura correspondiente antes de pasar por caja, donde esperaba Mrs. Duncan, totalmente hierática, mirando hacia la calle, confiada en la labor excelente que cumplía su empleada, no solamente por el esmerado interés en que ninguno de los visitantes que entrara a La Saeta saliera sin comprar un libro, sino por el conocimiento que tenía de casi todos los libros de que disponía la librería en materia de literatura hispanoamericana.

Milagro recibió los libros y se dispuso a facturar el recibo, con una calma que a Mrs. Duncan le resultaba sumamente pasmosa. Sin que ninguna de las mujeres lo advirtiera, la muchacha metió —entre las páginas del libro de *Aforismos* de Williams Stevens adquirido por Hannia— una tira de papel de estraza, donde escribió, a puño y letra, dos líneas:

*la lluvia
nunca está donde la dejo*

Terminó de hacer la factura metiendo en cada uno de los libros tiras de papel con otros versos y dos de ellas sin escribir una palabra. Se dirigió a la caja, seguida de las dos mujeres que, como lo hacían cada vez que visitaban la librería, cruzarían

la calle para disponerse a entrar, tres cuadras adelante, a Kew Gardens, considerado por la mayoría de los londinenses que disponían de centenares de parques en su ciudad, así como los miles de turistas que venían a Londres, como el más hermoso de todos, seguido de Gunnesbury Park, situado a solo cuarenta y cinco minutos del apartamento de Freya, caminando sin apuros. Ese parque era quizá el preferido de Freya, cuando salía de su apartamento y atravesaba el Parque Ealing Common, dispuesta a leer a solas en su «otro» parque, o sencillamente, a continuar borroneando un libro de poemas que había estado escribiendo toda su vida en libretas empastadas: en París, donde vivió dos años; en Roma, donde permaneció tres años; en Caracas, y en Londres, durante más de siete años. Ni siquiera le había mostrado a Hannia la totalidad de los cuadernos, tampoco a su gran amigo Daniel Caballero, esposo de Hannia, a quien consideraba uno de los grandes periodistas venezolanos y un gran lector de poesía.

—¿Y tú no compraste nada? —le preguntó Hannia a Freya, en un tono irónico. Porque se dio cuenta del regalo que llevaba entre sus manos, aunque desconocía el autor.

—No. Tan solo me llevo un regalo. O mejor dicho dos regalos, uno que te mostraré cuando estemos en Kew Gardens y otro que no te puedo mostrar, porque no me puedo abrir el pecho en plena calle. Treinta minutos, treinta siglos no me parecen demasiado. ¿Tú no crees?

—Si tú lo dices, tus razones te sobran —exclamó Hannia sonriente, con sus luminosos ojos verdes que parecían haber tomado para sí todo el color de las hojas del enorme pino que empezaba a lanzar al suelo sus hermosos frutos o semillas que muchas personas recogían para emplear como adornos de los árboles de Navidad armados con ramas de Christ 'Horn, quizá por sus hojas fuertes, de bordes dentados, semillas siempre

rojas, única que soportaba los embates del crudo invierno: nunca dejaba de formar parte del escudo de protección de las casas de cerca de madera envueltas por la mata, símbolo de resistencia al duro invierno, única sobreviviente de la caída de las hojas en otoño.

«*Como nosotras, le dijo Freya un día a su amiga*», pensando que Daniel y Hannia pasarían el próximo invierno en Londres, como lo hicieron en los dos últimos años. Pero Daniel quería recibir el año 1980 en Caracas. Eso Freya aún lo desconocía: quedaría sola en Londres, visitando museos, o disfrutando del buen cine en el Electric Cinema en Portobello Road, siguiendo los ciclos de dos o tres películas diarias de John Ford; de Nicholas Cassavetes; de los grandes cineastas italianos Pier Paolo Pasolini o Roberto Rossellini.

Hannia pagó con un billete de veinte libras a Mrs. Duncan; ella le entregó su recibo y diez peniques como vuelto. Las dos amigas salieron apresuradas de la tienda. Cruzaron la calle y se apuraron en ganar la distancia que les permitiría entrar a Kew Gardens y dedicarse a estudiar sus propios poemas o los poemas de Rainer Maria Rilke y hojear el resto de los libros adquiridos. Disponían de tres horas para ellas solas. Casi a esa hora, el banco de bronce, hermosamente labrado y cedido al parque por Mr. Joseph Burrow, tal como se afirmaba en la placa que lo identificaba, lo mismo que el más frondoso y alto de los pinos de esa vereda, aguardaba por ellas. Como siempre, el banco permanecía vacío. Desde allí no solo divisaban la calle, sino también el poco movimiento que se registraba en La Saeta a punto de cerrar. Freya abrió el pequeño libro de Rilke, obsequio de Milagro, la muchacha de la cual se sentía enamorada. El corazón le latió apresuradamente, pero mucho más cuando al abrirlo, por mera casualidad, en la página donde aparecía *La pantera*, uno de los poemas

que más le gustaban de Rilke, cayó a sus pies un papelito con un verso de una palabra vaciada en papel estraza, una sola palabra, escrita (de eso sentía segura) por Milagro, porque, ni siquiera, había cambiado la caligrafía:

vacío

Lo guardó en la libreta donde tenía la otra tira que volvió a leer: *una lluvia secreta*, que ni siquiera con Hannia quiso compartir. Se quedó mirándola. Buscó en su cartera el yesquero y encendió un cigarrillo. Se llevó la mano a la frente como si la pollina le estorbara. Sus ojos verdes se volvieron más saltones. Sin decir nada a su amiga, extrajo un papel donde habría copiado un poema suelto que seguramente llevaba en su cartera, pues, el papel lucía amarillento y arrugado. Quizá formaba parte de sus primeros libros. Sin mediar palabras se dispuso a leer:

*Hablo de rompecabezas
y cada pieza puede tener su historia secreta
sueños escondidos
semejantes e infinitos para repetirse
sueños devueltos en sus bordes
desperdigados*

Por un momento ambas permanecieron calladas. Miraron, casi al unísono, hacia la librería. La Saeta había cerrado, extrañamente, muy temprano. Ninguna de las dos amigas imaginó que Milagro casi salió detrás de ellas. Sin ocupar ningún banco en el parque, se sentó en el suelo debajo de un pino que casi llegaba al suelo con sus ramas. Permanecería allí el tiempo que fuese necesario. Extrajo del bolsillo de su grueso

suéter, el pequeño libro de Rainer Maria Rilke reservado para ella. Empezó a releer el poema *La pantera*, que se aprendería de memoria y que ella soñaba como escrito por el poeta Rilke para una muchacha llamada Milagro Bermúdez.

Eran apenas las seis de la tarde y, normalmente, la librería cerraba sus puertas a las siete, cuando ya no había clientes que salían apresurados a llegar a la estación o a tomar un café, hojeando algún libro, mientras mordisqueaban la galleta o la humedecían en el té. Afortunadamente para Milagro, Mrs. Duncan cerró tan pronto las mujeres salieron porque adujo que debía acudir a una cita médica.

Freya —al terminar de escuchar el poema de su amiga en una segunda lectura— concluyó que, efectivamente, se trataba de *un rompecabezas* semejante al vivido esa tarde en Kew Gardens. Tal como lo afirmaba Hannia en el hermoso poema, escrito hacía años, al concluir la lectura, Freya se sintió observada por alguien, una sensación que no quiso comunicar a Hannia. Solo al final, Freya se atrevió a exclamar:

—Hermoso, demasiado hermoso Hannia. ¿Habrà alguna palabra distinta a *rompecabezas* para todo esto que estamos armando? ¿Dónde existe; de dónde nace, para este adentro, un exterior como diría Rilke a propósito de la rosa? Ella misma, la rosa, crea para nosotros este rompecabezas que, entre las tres hemos, armado.

—¿Te refieres a Milagro Bermúdez como una tercera? Quizá lo sea. No te lo puedo asegurar. Pero detente en una cosa: traje este poema, no intencionalmente, sino por mera casualidad. El primero que tomé en la caja, o pequeño ataúd que empecé a llenar desde los días de mi infancia. Ese cofre me lo regaló mi padre. Y como te lo he comentado varias veces, conservo ahí fotografías de mis padres y de mis hermanas. Copias de casi todos mis poemas. Pero no guardo

allí fotografías de los viajes que he hecho con Daniel: ni siquiera de nuestra estadía en Grecia; en Estambul; tampoco de nuestra estadía en la hermosa y majestuosa Londres, la ciudad que yo nunca olvidaré. Daniel me respeta ese universo. Él toma las fotografías y lleva su propio registro. De cuando en cuando, nos sentamos, relajados, en el gran sofá, cada uno con un vaso de whisky en la mano, y nos asomamos a esos espejos. Me gustó mucho lo que me dijiste de la rosa, tema que atraviesa toda la poesía de Rilke. El de *La pantera* te pertenece a ti. Quizá Rilke lo escribió pensando en la cacería que le montarías a esa muchacha. Pero esa es otra historia. Te traje este poema casi sin querer. Lo escogí sin pensar que tú, o la propia Milagro, estuviesen incluidas en el rompecabezas. Pero antes de leer algunos de los aforismos de Stevens, léeme el poema tuyo que trajiste para este encuentro. Uno cualquiera de esos trescientos que habrás escrito en todas tus andanzas. Anda; no te la des de tímida. Léeme el tuyo. Ese que escogiste para hoy.

Freya sin esperar más, sacó una pequeña libreta y desdobló la marca que había hecho en una de sus páginas. Bajo la mirada penetrante de su amiga, empezó a leer su poema:

*Siempre te preguntas
qué hay más allá
de tus pesadillas*

en ellas creo

*me someto al fuerte aguacero
levanto la solapa de mis amores
caigo de espaldas sobre el silencio*

*como la membrana que separa
el mar de la tormenta
eso eres
para no perder la costumbre.*

—Hermoso. Pero no me digas que pertenece a alguna camada vieja, aun cuando la libreta luzca desgastada. Levantes o no la solapa de tus amores, «*el mar de la tormenta*» está muy cerca y se llama Milagro Bermúdez. Puedes creer en ella o no y al final, caer de espaldas. Para la memoria, tendremos siempre una palabra, una imagen. Como quieras llamarla. Costumbre de vivir: sin la escritura, sin el registro del nuevo desdén; de la ilusión perdida; o como quieras llamarla *solapa; aguacero; mar de la tormenta*. Sin la canción de la muerte como diría Lawrence, la vida se nos volvería necia, sin sentido, como lo predijo el gran poeta. Bueno. Vamos hacia la estación. Nos bajamos en Ealing Common. Yo camino hasta North Ealing. Nos sirve de ejercicio y, a la vez, seguimos hablando de Lawrence o continuamos con Rilke, si te parece.

Milagro esperó que salieran del parque. Calculó unos diez minutos; aferrada al diminuto libro de Rilke que contenía sus mejores poemas, caminó hasta la parada del autobús 305. El mismo que tomaba Freya y que la dejaría a las puertas de la estación Ealing Broadway. No sentía frío; al llegar allí caminaría un rato a lo largo de Uxbridge Road, en busca de unas frutas o de un pan dulce que tanto le gustaba. Había todavía suficientes asientos vacíos. Escogí el mismo de la tercera fila, situado frente al ventanal. No resistí la tentación de volver a asomarme al espejo que tomé para mí: el poema *La pantera*, del gran poeta Rainer Maria Rilke:

La pantera

*Cansada del pasar de los barrotes,
su mirada ya no retiene nada.
Es igual que si hubiera otras mil rejas,
y detrás de ellas no quedara mundo.*

*Su blando andar de fuertes pasos ágiles,
en círculos más cortos cada vez,
es danza de una fuerza en torno a un centro
donde, aturdido, se alza un gran deseo.*

*Solo, a veces, se apartan las cortinas
de la pupila, sin ruido: una imagen
cruza la tensa calma de los miembros,
y allá, en su corazón, deja de ser.*

Justo al bajar en el terminal del autobús, guardé el pequeño libro. Lo llevaba apretado en el bolsillo. No quería perderlo. Deseché la idea de pasear por Uxbridge Road. Me dispuse a ir caminando hasta la casa donde vivía alquilada. Justo en el momento de atravesar el rayado de Hanger Lane, cuando iba a doblar hacia la izquierda, hacia North Ealing, vi a lo lejos a Freya, caminando rápidamente por Inglis Road hacia su apartamento. Milagro, temerosa de que la viera, se acurrucó debajo de un manzano. Recogí algunos frutos esparcidos en el suelo. Tenía asegurada parte de mi cena. Tan pronto Freya entró en el edificio Hollywood Court, apresuró sus pasos hacia el cuarto. Imagino que Freya apenas si dio las buenas noches a su amable vecina en su piso, la anciana escocesa Mrs. Anthea Cowan. Entrará al cuarto, todavía temblorosa, dispuesta a tomar una ducha de agua tibia.

Freya entró apresurada en el apartamento. Tenía prisa en vaciar la cartera sobre la cama y dedicarse a armar las tiras de papel que yo les había metido entre los libros y que Hannia se las entregó para que ella terminara de armar *el otro «rompe-cabezas»*: dos tiras en blanco, aunque del mismo espesor y tamaño de las otras tres: allí donde yo, la propia Milagro, quien siempre tuvo miedo de enseñar a alguien un poema, había escrito: «la lluvia / nunca está donde la dejo»; «vacío» y en otra tira mucho más ancha transcribió cinco versos: «Cosiendo la calma sobre mi vestido / desordeno la flacura / dispersa / en el ayer de un aire / que busca ternura».

Cuando llegué a la casa titilando de frío, fui empujada por un par de policías dentro de la casa; recibí de Mrs. Julie Wolfe lo único que tenía en el cuarto: un bolso con mis pocas pertenencias, unos *jeans*, dos suéteres, cinco camisas, tres pantaletas y unos cuantos libros. Mrs. Wolfe observó impasible mientras me empujaron dentro de la patrulla. En menos de una hora me condujeron a las Oficinas de Inmigración. Se me selló el pasaporte; me condujeron a través de un largo pasillo hasta un avión de Viasa, como si fuera la última pasajera retrasada y le estaba reservado un asiento trasero que la llevaría directamente a Maiquetía.

Pero no lloré. No me sentía triste. Pensé que lo mejor para mí sería cerrar los ojos y tratar de seguir imaginando la otra parte de la historia, a la cual, sin más, llamaremos la segunda parte de este cuento que acaso arrancaríamos justo en el momento en que Freya, dentro de su apartamento, se olvidó de tomar su ducha: la dejaría para más tarde. Empezó a jugar con las tiras de papel hasta que yo la vi en el sueño, armando mi poema. Ella sonrió por un instante, ignorando que empezaba a vivir parte de «otra» historia, cuando terminó de armar el poema encima de su cama:

*Cosiendo la calma sobre mi vestido
desordeno la flacura
dispersa
en el ayer de un aire
que busca ternura*

vacío

*la lluvia
nunca está donde la dejo*

Yo en el aire, a unos diez mil pies de altura, o quizá más quizá menos, pensando que todo lo vivido lo estaba soñando y Freya leía un poema mío, un poema que no formaba parte de ningún «rompecabezas», como empezó a armarse en la mente de Hannia tan pronto llegó a su casa y desordenó toda la biblioteca; echó abajo los libros y fue a la cocina, pensando que una vez dijo por mí o por ella:

*... Dime, ¿quién soy yo?
Una vez dije: El mar en mí no deja dormir
Ahora lo sé,
sé que significa la vigilia
estoy atenta
llevo algas pegadas a mi cuerpo.*

Cuando Daniel llegó, se dio cuenta de que ya había comenzado otro final en los momentos de lucidez de Hannia. Tan pronto abrió la puerta del apartamento después de mucho empujarla, el montón de zapatos y libros apilados en la puerta como una gran tranca, terminaron de ceder. Los pocos muebles, un sofá, un taburete hermoso, labrado con ángeles,

adquirido por ellos en un mercado libre en Turquía, empezaba a arder. A Daniel no se le ocurrió otra cosa que partirlo en dos, después de echarle un poco de agua, ante la mirada ausente de Hannia, quien se paseaba desnuda de la cocina a la sala-recibo, preguntándose quién era *¿El milagro de un error? ¿Algo parecido a la paz? ¿Una ruta? ¿Un camino? ¿Una carretera entre ciudad y ciudad? ¿Seré un intermedio? ¿Un lapso?*

Los dos se abrazaron. Empezaron a llorar. Recogieron sus cosas. Mientras Hannia salía con un bolso repleto con unos vestidos, algunos libros y en su mano izquierda el pequeño baúl donde justamente guardaría una hoja que le daría su amiga. Al llegar Freya al apartamento, se dio cuenta de que esta crisis de locura sería definitiva. Apenas si la reconoció. Pero esta vez, la poeta no la confundió con su hermana Daniela, gemela de Hannia, quien enterada de la crisis, la esperaba en Caracas, acompañada de su psiquiatra José Luis Vethencourt, según dijo Daniel en forma apresurada.

Freya abrazó a la poeta con infinita ternura. Lloró al ver a Hannia llena de sangre; se había cortado las manos al partir un gran espejo con sus propios puños. Ya Daniel le había dicho que saldrían para Caracas en el primer vuelo de la British Caledonian, que despegaría de Gatwick, a las cinco de la mañana. Hannia, como si estuviese esperando algo de su hermana para llevarse en su viaje en el pequeño baúl, lo abrió para que su amiga, o mucho mejor, su hermana Freya, introdujera en él alguna carta, algún poema.

—Hannia, querida; me iré detrás de ti. Yo también dejaré Londres en menos de diez días. Te llamo al llegar. Quiero que te lleves en tu baúl una copia del poema de Milagro Bermúdez. Es muy hermoso. Dejé el original y copia para mí.

—¿Milagro? Ah, ya recuerdo. La estudiante que conocimos frente a la playa en Brighton. Claro que la recuerdo.

Freya no contestó nada; sería inútil aclarar, en ese momento, quién era realmente Milagro Bermúdez. Dio un beso en la mejilla a Daniel y salió del apartamento, sin tratar de seguir a Hannia hasta la cocina. Prefería salir rápidamente para que Daniel no advirtiera su llanto. Caminó rápidamente hasta su apartamento. Aguantando el tremendo dolor, suspiró muy hondo para no seguir llorando. No quería pensar en lo peor. Otra crisis muy fuerte terminaría con el internado en el manicomio en Caracas. Para eso ella no se sentía preparada. O todavía no. *Aún no*, pensó Freya, como si estuviera imaginando el título para un próximo libro.

Me acomodé en el asiento y traté de dormir después de que tomé una cena frugal; una taza de café, unas galletas y una pera, que, amablemente, me ofreció una de las azafatas, después de solicitarme que desplegara la pequeña mesa situada en el espaldar del pasajero que, adelante, roncaba demasiado.

La imagen de Freya acomodándose en su cama para tratar de dormir, se fue desdibujando entre las nubes. Fui yo quien cayó profundamente dormida hasta el momento en que el avión aterrizó en Maiquetía, siendo la última en salir de la nave, con mi bolso en la mano. Sentía un poco de cansancio. Le pregunté a la aeromoza, justo a la salida del avión, por dónde tenía que seguir.

Mientras Milagro terminaba de salir del aeropuerto y abordaba el autobús que la llevaría a Caracas, Freya trataba de dormir, inquieta no solamente por la escena que le correspondió vivir con Daniel y con Hannia. Tratando de olvidar las manchas de sangre en los brazos de su amiga; los chispazos de sangre en el espejo roto, se asomó al espejo que empleaba para maquillarse. Sentía molestia de los granos de sangre en su lengua. Pero repetía de nuevo el mantra *Nan miojo rengue kio*, que Hannia le pidió repetir cada vez que viese el tumor

de su lengua en el espejo: lo que parecía una pequeña cortada lucía mucho más grande con bordes morados. No podría seguir aplazando la operación que su hermana María estaría dispuesta a costear tan pronto estuviese en Caracas. «*Duermo, duermo, duermo para que todo pase, para que todo termine de pasar*», repitió varias veces mientras daba vueltas en la cama y seguía pensando en Hannia. Se olvidó de su tumor que ella imaginó focalizado en la lengua y no en la garganta, en los pulmones, cuestión de la cual sería enterada dentro de diez días. Pero no ahora cuando, todavía, seguía pensando en *Del país de la pena* poema mayor de su amiga Hannia: trataba de dormir llevada por una marea, a través de versos dispersos de una estrofa a la siguiente:

*Yo te he buscado para saber quién soy.
Y yo no sé quién soy.*

A los tres días de estar Freya en Caracas, en su apartamento de *Los Palos Grandes*, empezaron las fiebres en su enflaquecido cuerpo. Se negó a tomar las sesiones de quimioterapia y todo lo que significara agredir su cuerpo con químicos que la convirtieran en una anciana enclenque, arrugada, enflaquecida; desprovista totalmente de su abundante cabellera antes de tiempo. Pensó en otras salidas a ese terrible mal; se aferró a la idea de ser sometida a otras alternativas: optó por las visitas a una homeópata y los guarapos de hojas de mapurite que tomaba por agua.

Una noche soñó con su madre. Al despertar, tomó la decisión de viajar a Pueblo Llano, un pueblecito merideño situado a solo cuarenta y cinco minutos de Barinas. No conocía ese pueblo donde su madre había nacido. Se sintió impulsada a viajar a Barinas. Después de enterarse por Daniel que Hannia

permanecía internada en el Hospital Psiquiátrico El Algodonal y que podría visitarla los primeros y los últimos domingos de cada mes, o en la casa, cuando él decidiera traerla para que pasara con él los días de Navidad y Año Nuevo, acomodó su bolso para viajes cortos. Se dirigió a conocer Pueblo Llano.

Al tomar la empinada cuesta, el chofer que había aceptado llevarla de manera expresa del Terminal de Pasajeros de Barinas a Pueblo Llano, como única pasajera, por una suma que a Freya le pareció irrisoria, viajando ella sola, para disfrutar del trayecto y detenerse adonde deseara, le ordenó a José Ruiz, el chofer, que se detuviese en una explanada, la única que parecía existir en la angosta y empinada carretera. Desde ahí se divinizaba la extensa llanura y las instalaciones del Hotel La Fresa Azul, hermoso sitio, exquisito lugar donde una noche, años atrás, recién casada Hannia con Daniel Caballero, habían pasado la noche casi hasta el amanecer, oyendo el rumor de las aguas del riachuelo que atravesaba el hotel. La corriente de agua formaba pequeñas cascadas en los jardines externos del imponente hotel.

Escuchando el rumor del agua, bebiendo vino ellas dos y Daniel varios vasos de whisky, esperaron el amanecer. Los pocos visitantes de la tasca se fueron retirando a las habitaciones; los dejaron a ellos tres, Daniel, bebiendo un vaso tras otro, y ellas hablando sin parar de Thomas Mann, de Herman Broch y, sobre todo, leyendo poemas de Ana Amato, de Wallace Stevens y del libro *Ausencia presente y otros poemas*, de Stephen Spender, muchos de los cuales Hannia se sabía de memoria, especialmente el preferido por ella, *Un laberinto de espejos*. Esa noche lo recitó por completo unas tres veces:

*En un laberinto de espejos
un laberinto de muchos espejos
entro,*

*en busca de ese rostro único
de inocencia: entre tus muchos rostros
hasta la saciedad repetidos de los espacios vacíos
de tus propios ojos;
suspendidos tenuemente de los hilos
de tu propia admiración.*

*Al fin, al fin, cuando la luz cae
de las lenguas del cristal del elogio,
en la oscuridad tus ojos están asustados,
encogidos en el fondo de un pozo triste y solitario,
y tu cabeza como la de una muñeca sobre tus brazos
se posa...*

Cuando decidiste bajar y entrar de nuevo al carro, temerosa de que el chofer te preguntara por qué, de pronto, habías empezado a llorar, comenzaron a bajar a través de curvas cada vez más sinuosas. Una parvada de azulejos salió volando de un bosque de robles mientras el carro se internaba por la calle principal. Hacía mucho frío. Los campesinos llevaban ponchos y se preparaban, con chícoras y machetes en mano, a preparar sus sembradíos; a remover la tierra y sacar hermosos manojos de zanahoria y de apio. A lo lejos, un sembradío de acelgas, recibía su ración de agua.

—¿Usted piensa pasar el día o varios días en Pueblo Llano? Le pregunto porque acá existe solo una pensión; si es así, debemos ir hasta allá a solicitar habitación. Usted puede caminar sola si quiere. Si gusta, puedo llevarla hasta el hermoso sembradío de acelgas; sumamente bello. Pero es época

de moscas. Durante todo el mes de noviembre Pueblo Llano y sus alrededores resultan invadidos por las moscas noche y día. Eso que vemos encima de nosotros no son abejas sino moscas. Usted me dice. La vista del Pueblo desde de las lomas se ofrece como una experiencia inolvidable. Pero de allí, parecen salir todas las moscas. Usted me dice.

—No. De ninguna manera voy a bajarme. Una pareja de amigos, un matrimonio joven me espera en La Fresa Azul. Pero me gustaría que me hiciera un gran favor. Debo tomar una medicina. Cómpreme una botella de agua potable en algún sitio. Usted sabrá dónde.

—Es temprano. Apenas son las ocho de la mañana. Pero seguramente, si no consigo en el abasto, puedo comprarla en la misma posada. ¿Gasificada o natural?

—Natural. Detesto la soda o el agua con gas. Solo agua natural. Necesito tomar unas pastillas.

El chofer dio una vuelta. Un pueblo hermoso. De dos calles. Pero habitado por moscas no le resultaba atractiva la idea de abrir la puerta. Extrajo de la cartera una pastilla de Nembutal y otra de Endosan. Los dolores en la espalda y en el estómago resultaban intolerables, tanto como llevar un pañuelo a la boca, de cuando en cuando, para recoger una baba sanguinolenta que humedecía el pañuelo. Sin que el joven que se había comportado tan amablemente se diera cuenta —aunque no le agradara mucho la idea—, escondió el pañuelo manchado debajo del asiento. Tomó las pastillas; se quedó mirando, a lo lejos, una loma hermosísima, poblada de eucaliptos que se mecían sacudidos por la brisa. Se quedó observando esa loma, como si quisiera tomarle una fotografía; nunca jamás mientras viviera olvidaría esa loma.

—Bella loma. Los paisanos la llaman El pueblo de Eucaliptos. Si lo desea, nos podemos aproximar un poco más para que

vea de cerca los primeros cincuenta eucaliptos. Los han agrupado en unas doce hileras y se puede caminar entre ellos. ¿Se anima o vamos a la pensión por si desea dormir acá esta noche?

La oferta del muchacho le resultó atractiva. El dolor se había calmado. Pero prefirió que la llevara al Hotel La Fresa Azul, donde seguramente, desde hacía media hora, la esperaban Hannia y Daniel. Deseaba seguir viviendo sumergida en el *Laberinto de Espejos*. Un tanto animada, miraba todas las casas de bahareque y zinc. Uno que otro muchacho correteaba en la calle mientras los hombres se dirigían a los sembradíos.

Descender esa colina en la cual se enclavaba Pueblo Llano resultó más rápido, aun cuando el muchacho, como si estuviera huyendo de las moscas que parecían seguirlos, cuando hallaba la oportunidad, aumentaba la velocidad para terminar de bajar y llegar a La Fresa Azul, libre de moscas, de esas decenas de insectos que imaginaron que los seguirían hasta la entrada del Hotel. «En una ocasión —según se comentó mucho— el hotel quedó semiarruinado; las moscas entraban y salían de las habitaciones. Espero que esta vez no le pase a usted». Un botones, abrió, amablemente, la puerta para que la señora bajara, mientras trataba de espantar las moscas con un amplio sombrero de pajilla; las moscas entraban y salían del hotel, que lucía extrañamente vacío.

«Jamás volveré a este pueblo», se dijo mientras salió del carro, espantándose las moscas. Le dio las gracias a José Ruiz, quien, curiosamente, entró al hotel, seguramente en busca de un urinario. Freya se dirigió al mostrador. Colocó el bolso en el suelo; junto a la tarjeta de entrada que debía llenar, recibió una nota escrita en un sobre donde, afuera, aparecía su nombre: Freya Uzcátegui. Lo leería en la soledad del cuarto que le fuese asignado. Pero al no ver por ninguno de los amplios espacios de la recepción de La Fresa Azul ni a Hannia ni a

Diego, preguntó a una joven empleada si no habían llegado, pues, tenían reservado un cuarto matrimonial desde hacía diez días, justamente desde el momento en que ella reservó el suyo. La muchacha, como si estuviera temerosa de comunicar a Freya el motivo de la ausencia de la pareja, escrito seguramente en el sobre que le había entregado, se quedó mirando al joven Juan Moronta, su compañero en la recepción, quien se atrevió a comunicar a la señora la noticia contenida en el sobre:

—Señora, ellos no vendrán. El señor Diego Caballero llamó hace unos diez minutos. Nos pidió que le dijéramos que su esposa murió esta madrugada en Caracas. En ese sobre está el mensaje que nos pidió escribir para usted. La están velando en Caracas en la Funeraria El Malabar. En el sobre está la dirección. Creo que queda en la urbanización Las Acacias. La sepultan —nos dijo— mañana a las cuatro de la tarde. Porque —añadió finalmente— deben esperar a unos familiares que vienen de Estados Unidos. Y a usted; muy especialmente a usted, nos dijo el señor Diego, remarcando sus palabras.

—Usted me dirá señora. Si toma el cuarto o no.

Freya, todavía sin comprender si todo aquello formaba parte de una sensación alucinante —aunque algo leve— que siempre le producían las pastillas, para atenuar el dolor del cáncer padecido desde hacía cinco años, se quedó entre dormida en el avión de retorno a Caracas. Tuvo tiempo de llegar al Aeropuerto de Barinas y tomar el último vuelo hacia Caracas. Sin caer en cuenta, aún sentada en el asiento, si el chofer que la había llevado a conocer a Pueblo Llano, el lugar de las moscas, adonde no volvería jamás, el mismo que la dejó a las puertas del aeropuerto, conocía o presentía que, al salir del sanitario, Freya necesitaría de sus servicios. Aguardó con las llaves en la mano, hojeando un periódico viejo; quizá todo formaba parte de lo que parecía ser una obra de teatro: el

pueblo lleno de una lluvia de moscas que invadieron el hotel, la nota mortuoria que esperaba por ella y su entrada final al salón donde velaban a Hannia, sin otros espectadores que Diego, sus amigos periodistas y dos de sus primas presentadas a Freya por el propio viudo.

Pero ninguno de ellos formaba el centro de la circunferencia. Eso solo lo entenderás tú, mi Hannia querida, dormida, aunque todo en derredor esté totalmente iluminado y yo no tenga ojos sino para ti. Ojos que esta vez no llorarán, aun cuando no logre entender del todo la explicación del motivo de tu muerte: se había mantenido paseándose por toda la casa, con el pequeño baúl en la mano —le narró Daniel—; al final, abrió la nevera; se atragantó de carne en plena madrugada, mientras yo, agotado por los nervios y el cansancio, dormía profundamente. A todo el que llegara a darle el pésame le echaba el mismo cuento, mientras tú preferías permanecer de pie ante la urna. De vez en cuando veías el pequeño cofre que te sentías tentada a abrir. Pero, por amor y respeto a Hannia, no lo hiciste. Seguirías hablándole en susurros.

Vestida de rojo, con un traje vaporoso, de hermosos encajes que nunca le habías visto usar; totalmente limpio el rostro; sin una gota de maquillaje, a pesar de ciertos moretones. Sus ojos, muy verdes, entreabiertos, parecían decirte que en ese cofre colocado encima de la urna, que Daniel había traído al velatorio, estaría el poema escrito por Milagro Bermúdez. Ese poema terminaría uniéndolas para toda la eternidad, en un primer viaje en el cual Hannia había tomado la delantera.

Porque quince días después estarías acostada, en esa misma funeraria. Dentro de una urna un poco más modesta, vestida con uno de los suéteres que te había regalado Milagro Bermúdez y un pantalón bluyín, como siempre fueron tus deseos. Seguramente, tus hermanas Flor y Betsabé tomarían

el primer avión desde Mérida, tan pronto se enteraron de tu gravedad a través de Amelia, quien, aun cuando vivía en Caracas, nunca te visitaba. Te llamaba en raras ocasiones. Pero avisó de tu gravedad a Flor y a Betsabé, tan pronto se enteró por uno de los vecinos que no parabas de dar gritos y te arrastrabas de dolor en el apartamento.

Acordaron internarte en una modesta clínica situada en la avenida Casanova, cuando totalmente inconsciente, no oíste, en conciliábulo de todas tus hermanas con tu hermano Mauro, quien no te quiso ver en la urna, a pesar del inmenso amor que se profesaban cuando niños, que tus cenizas, una vez cremado el cadáver, serían esparcidas en Pueblo Llano: el pueblo a donde tú, Freya, habías jurado no volver jamás.

—Yo me las llevo —dijo Betsabé—. Allá en Mérida tiene amigos escritores y poetas que la quieren mucho; nos acompañarán en el momento de esparcir las cenizas en el sitio más indicado en Pueblo Llano. Allí nació mamá. Es el sitio más apropiado. ¿No les parece?

—Por mí decidan ustedes. Yo me quedo como en la cédula. Después que uno se muere nada importa. No se entera de nada —exclamó Mauro desde el rincón donde se mantuvo sentado durante horas, sin ni siquiera asomarse a ver el cadáver de su hermana, o levantarse a abrazar a quienes venían a darle el pésame: las siete u ocho personas que acudieron al velorio.

A los tres días siguientes, las hermanas, acompañadas de un grupo de poetas, escritores, pintores, entraron a Pueblo Llano, todavía invadido por la lluvia de moscas, adonde Freya juró que no volvería nunca. Sin hacerles mucho caso a la nube de moscas, subieron a la loma de los sembradíos de eucaliptos que —según Betsabé— le habían encantado a su hermana, aun cuando no pudo verla sino desde lejos, cuando vino a conocer a Pueblo Llano y salió espantada por la lluvia de moscas.

Entre los dolientes, el espíritu de Hannia avanzaba repitiendo, a manera de oración, cuatro palabras: *Ese es mi espejo*. Ascendía hasta lo más alto de la colina; ente los penachos de los últimos árboles, empezó a tirar papeles, junto con las cenizas. Tanto las moscas como los amigos y las hermanas de Freya, tan pronto esparcieron las cenizas, salieron de prisa, entre espantados y maravillados. Las moscas habían desaparecido tras la lluvia de papeles. En uno de los papeles que cayó a los pies de Betsabé se leía un poema que —seguramente— lo había escrito su hermana. Las cenizas y los papeles que multiplicaban el poema habían logrado que las moscas desaparecieran. Conteniendo el llanto, mientras los demás descendían espantados e incrédulos, Betsabé recogió uno de los papeles y guardó el poema en la cartera, después de leerlo:

*Cosiendo la calma sobre mi vestido
desordeno la flacura
dispersa
en el ayer de un aire
que busca ternura*

vacío

*la lluvia
nunca está donde la dejo*

La bicicleta de Gino Bartali

*Para Iván Vivas y Ricardo Il Grande,
quienes aportaron valiosos documentos, ideas e
imágenes para escribir este cuento.*

Corina Cohen, una de las profesionales estrellas en el área de periodismo de investigación del *Diario El Faro*, de Madrid, se sintió muy complacida cuando el director, don Néstor Bello Planas, le pidió venir a su oficina, y, sin mayores preámbulos, le encomendó viajar a Castellania, cerca de Alessandria, en Italia, a cubrir los actos de velación y sepultura del Campeón Mundial de Ciclismo 1953, Fausto Coppi, quien había fallecido durante la madrugada del día 2 de enero de 1960 y sería sepultado en dos días. «El periódico está interesado en aclarar las circunstancias finales de su muerte. Se comenta que fue envenenado, y no que murió de una malaria, supuestamente, adquirida en Guinea».

Ella conocía la región mejor que nadie por ser nativa de Tortona, pueblo vecino a Alessandria: su talento garantizaba realizar la misión en las escasas horas de las que dispondría tan pronto llegara al velatorio. No solo conocía muy bien la región, sino, también, la vida del afamado deportista que sería sepultado en Castellania en treinta y seis horas, pensó ella mientras, dentro del avión, a pocos minutos de aterrizar en el Aeropuerto Fumicino, en Roma, pensaba en algunas imágenes para su reportaje. Sabía que debía correr por los pasillos, en busca de la puerta B5, para no perder la conexión hacia Alessandria, adonde arribaría en solo veinticinco minutos.

Se las arreglaría para llegar a Castellania, situada muy cerca de Tortona, aun cuando fuera a pie, pensó y sonrió mientras, apoltronada en el asiento, se dedicaba a ganar tiempo, repasando algunos documentos y reportajes de prensa sobre Fausto Coppi: su infancia feliz, nacido en un hogar de familia aristócrata, de mucha influencia social en la región; su temprana afición al ciclismo; sus amoríos: su fama de ser un mujeriego, todo un dandi que no dejó de gozar de su fama de campeón, de su furia como ciclista, también de una supuesta rivalidad con otro gran campeón, Gino Bartali. Corina piensa que le encantaría verlo y dialogar con su persona, aun cuando fuese solo por unos minutos. A Corina y Gino, los unían muchos recuerdos de esa *otra* bicicleta, la que había hecho ganar tantas carreras a Gino, bendecida por ángeles, en plenos años de desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y mucho después de concluida la sangrienta lucha.

¿Recordaría a Esther, la muchachita de rizados negros, quien conjuntamente con Raffaele Il Grande, su amiguito italiano, se desplazaba a pie o en bicicleta, corriendo entre rastrojos, con tal de llegar al Convento di San Girolano en Pisa; salir con sus padres y veinticinco judíos más, a través del río Arno y embarcar con documentos falsos, en una barcaza que zozobraría antes de alcanzar el mar? Solo ella y tres niños más llegaron a la costa; se escondieron en el monte todo el día, llorando por sus padres, pero dispuestos a salvarse. Nadaron, por etapas, hasta llegar al mar; allí serían rescatados por un grupo de varios partisanos. Sin preguntar nada, les entregaron otros pasaportes: ella empezaría a llamarse Corina Cohen y no Esther. Más tarde tomaría todo lo vivido como un sueño, parecido a los que, a veces, tenía, cuando su madre —desde el más allá— platicaba con ella; también, en los sueños, la llamaba con ese nuevo nombre.

Aunque su profesión le pedía compostura, al salir del aeropuerto con su bolso de mano y su libreta, corrió detrás de un camión lleno de obreros que, vestidos con franelas impresas con el rostro del campeón fallecido, se ofrecieron llevarla hasta Castellania. Le dieron la mano; la ayudaron a subir a la máquina que, en menos de tres horas, los llevó hasta el pueblo donde el héroe sería sepultado. En el trayecto, los hombres intercambiaban anécdotas, muy poco relacionadas con las actividades ciclistas del muerto, sino con la exaltación del macho que dejaba tres mujeres llorándolo, y que —según ellos— en este momento, estarían abrazadas frente al cajón donde dormía el hombre que, en vida, hizo feliz a cada una de ellas.

Sin dejar de escucharlos; hasta fingiendo que celebraba con ellos su hombría, Corina se refugió en sus papeles, de nuevo. Se aproximaban a Castellania donde empezaría a cumplir con el oficio encomendado: entrevistaría, en primer lugar a su viuda; a alguno de sus hijos, a los directivos del Club Tifosi, quienes —según comentarios que oyó en el camión— declararon que no permitirían que se profanase la tumba de Coppi, al exhumarlo, cuando empezaron a circular los rumores de que el héroe no había muerto de malaria, sino envenenado.

Seguramente, cuando Fausto Coppi decidió tomar unas vacaciones en Guinea por quince días, cubierto de gloria después de haber ganado veintidós veces carreras ciclistas y proclamado Campeón Mundial de Ciclismo en el año 1953, jamás pensaría que, en cualquiera de esos días en que consideraba justo tomar un tiempo de descanso en aquellos exóticos y salvajes parajes de África, se contagiaría de malaria. En menos de una semana, al retornar de nuevo a su Florencia, empezaría a sentir los primeros síntomas de la enfermedad.

Apenas en tres días, luego de intensas fiebres, diarrea y vómitos de sangre, terminaría muerto, dormido para toda la eternidad; acostado en la mejor urna de la época; cubierto de flores y llevado en brazos de amigos al pequeño cementerio de Castellania, pueblo donde nació y sería sembrado entre piropos que seguirían cantando su gloria durante una eternidad. Allí se levantaría un monumento en mármol dedicado a su memoria: seguramente el más grande del pequeño camposanto donde reposarían sus restos para siempre.

Al entrar en la casa, forcejeando por llegar al sitio donde aguardaban los familiares del muerto; su viuda; su hermana; una tía muy anciana y algunos primos, uno de los cuales, quien se presentó a sí mismo como Enzo, su sobrino, sin que Corina se lo solicitara, la condujo hasta el rincón donde la viuda, la señora Marcelina, totalmente trajeada de negro, con un velo tan largo que casi le llegaba a los tobillos, permanecía impassible mirando hacia la urna. Sin que Corina se lo pidiese, la viuda empezó a hablar, fingiendo, a veces, sentir mucho dolor, lo cual delataba más la ira que sentía por otra mujer que, sentada frente a ellas, trajeada de negro también, permanecía más cerca del féretro. La viuda, en vez de mostrarse compungida, lucía interesada más bien en desafiar a la otra, con su presencia altiva, considerándose la dueña del muerto, según dedujo Corina tras escuchar las palabras de la viuda:

«—Las fiebres y los vómitos empezaron a los dos días de llegar de Guinea. Sabría que me tocaba la peor parte; se fue quedando sumido en altas fiebres, vomitando grumos de sangre. No hacía otra cosa que mirarme fijamente, como rogándome que lo salvara, o acaso pidiendo perdón por todo lo que me hizo sufrir los últimos años, desde que conoció a esa señora que no nos quita los ojos de encima. Se fueron de paseo. O ella tramó todo en ese viaje y lo fue envenenando

poco a poco, entre tragos y café, o efectivamente, adquirió la malaria. Pero la duda existe. Él nunca se divorciaría. Eso lo sabía la bruja esa y por eso me aferro a la idea de que procedió a liquidarlo, sintiéndose traicionada. Para no despertar sospechas, o para seguir fastidiándome, ha decidido acudir al velorio. Me doy mi puesto. Como también mis hijos y el resto de toda la familia.

—¿Tuvo hijos con ella? ¿Dejó algún testamento?

—No le tocará nada. No tuvieron hijos. No que yo sepa. Vivimos en un pueblo pequeño. Tenemos casa en Florencia; un apartamento en Roma y otro en Pisa. Pero él siempre prefería vivir acá en Castellania. A ella quizá le mande el espejo por correo...

—¿Qué espejo?

—El que le puse sobre la cara una vez que expiró. De esa manera nos aseguramos que está muerto: si el muerto no respira no se empaña el espejo...».

Cerró la libreta. La mujer, que estuvo pendiente del diálogo, pero que no logró oír palabra alguna, se levantó como si quisiera llamar la atención de Corina. Se acercó a la urna; se asomó a ver al muerto por última vez, mientras Corina daba la espalda. Fingió ignorarla o, definitivamente, se dedicó a buscar entre el gentío a Gino Bartali, a quien reconoció entre las personas que se aglomeraban en el pasillo exterior. Trató de llegar a él; pero se le volvió a perder entre el gentío. Los familiares empezaron a retirar las coronas. Una anciana recogía algunas rosas y ramas de helecho desprendidas de algunas coronas. Corina —como mejor podía— insistía en buscar a Gino Bartali entre el gentío que se arremolinaba a la puerta del cuarto de donde la urna empezó a ser sacada, ante la vista y el llanto de las dos mujeres que, aun cuando se odiasen, se aferraban al féretro una al lado de la otra.

Entre la multitud que vitoreaba a Coppi al paso del féretro cubierto de coronas, Corina vio, de nuevo, a Gino Bartali, el eterno «rival» en los giros en los cuales compitió con Coppi, confundido entre el gentío que daba vivas al campeón, Gino seguía al cortejo con la cabeza baja. Los amigos y familiares de Coppi no paraban de llorar, debido a la tristeza de la despedida a Coppi o a la alegría nacida de pronto, en aquel mediodía del 3 de enero de 1960, camino al cementerio, cuando la gente que acompañaba al féretro y la multitud que vitoreaba al muerto, celebraba la presencia de Gino Bartali en el entierro. Vieron en el noble gesto de Gino la unión de una Italia testigo de las justas entre los dos campeones. Pero, ahora, reunidos por la muerte, la gente lloraba, al mismo tiempo, la partida de Coppi y la alegría de ver a Gino en el sepelio. Llegaría el momento de acercarse a Gino; conversar unos minutos con él y agradecer, una vez más, su secreta labor de salvación de los judíos, así como sus glorias como el *otro* gran ciclista italiano de aquella época gloriosa para su país.

Sentía que ya había cumplido con la tarea que le fuese encomendada por don Néstor. Pero algo le decía a Corina que debía sentarse en un taburete a ordenar sus ideas; a descargar las imágenes, aunque fuesen en hilos inconexos por ahora, para luego armar una crónica sobre Gino Bartali, su auténtico ídolo desde que era muy niña.

Corina no deseaba homenajear a Gino con ningún espejo, sino con una rosa arrancada, no de una corona, sino de una mata florecida en pleno invierno, en un porrón de cerámica aclimatado en un rincón —seguramente— por la dueña de la casa: floreció para que viniese Corina y la cortase. A nadie le extrañaría verla con esa rosa en la mano, ni jamás tomaría como maldad la acción de cortar la rosa del porrón, pensando en una posible ofrenda para su gran ídolo.

Su ídolo desde muy pequeña, su hermano, su padre —se dijo Corina un tanto melancólica— mientras apretaba los dientes para no llorar y empezar a ejecutar *otro* trabajo como periodista. Empezó entrevistando a la desconsolada viuda. Luego, a la mujer que, aun cuando tenía fama de haber sido una funesta amante de Fausto Coppi, permanecía llorando frente al féretro. Luego, entrevistó al presidente del Club Tifosi, sin apartar en ningún momento la vista de Gino Bartali, a quien ella y centenares de judíos repartidos ahora en diversas ciudades de Europa y América le debían la vida.

Gino Bartali, entre los familiares y miembros del club de aficionados, todavía sin ver a Corina, no hacía otra cosa que llorar. ¿Recordaría el campeón a aquella niña, que junto a Raffaele Il Grande lo ayudó en su labor secreta de salvar a centenares de judíos? Solo afirmaba sin parar, mientras lloraba a Coppi, y repetía que se le había muerto otro hermano, como si Fausto Coppi fuera en verdad su hermano Giulio, cuya muerte lo sumió en una gran depresión que lo mantuvo inactivo del ciclismo por más de dos años y no su rival en las faenas de ciclismo que a ambos plenaron de gloria:

«Ha muerto mi otra mitad», respondió cuando Corina le preguntó sobre su sentimiento, ahora que su eterno «rival» en los giros yacía muerto. Quizá sería el final de una lucha que había dividido al país alrededor de las figuras de ambos hombres considerados campeones —añadió Corina en sus apuntes—, aunque pertenecieran a escudos políticos distintos, *comunistas y demócrata-cristianos*. Desde sus orígenes campesinos, Gino Bartali, a medida que se fue haciendo un ciclista profesional, en los campos de Ponte a Ema, donde había nacido, jamás imaginaría que —al comenzar a laborar en medio de una gran pobreza en un taller de reparación de bicicletas— asumiría el oficio de ciclista como su norte

de vida, contra la inicial reticencia de sus padres, quienes vivían de sus sembradíos de flores: orquídeas de variadas clases, hortensias que se constituían por su tamaño y colorido en la admiración de todos quienes las vieran en verano y terminara con una o dos matas y almácigos de piopos que, por centenares, vendían sus padres cada año, a alcaldías, como adorno de calles y avenidas.

Mientras, Fausto Coppi tuvo bicicletas profesionales desde niño, compradas directamente en Alemania y disponía de un equipo de entrenadores a su servicio, preparándolo para ser el gran campeón que fuese el símbolo de la gallardía comunista entre los deportistas, Gino hubo de conformarse con ser él mismo su propio entrenador y desafiar las inclemencias del tiempo: consideraba la lluvia y el barro como grandes aliados. En vez de amilanoarlo, parecían brindarle fuerzas y endurecer sus piernas en el fango.

Así lo imaginé, así empecé a verlo, cuando terminamos de sepultar a Fausto y me vino a la mente la idea de escribir una crónica, relato o cuento que pudiese publicar un día en honor a quien tanto bien le había hecho a la familia judía, de la cual yo formaba parte; estimulé y celebré que, en el año 1963, a Gino Bartali se le declarase Justo entre las naciones y en Tel-Aviv, la capital de mi patria, se sembrara un árbol en su honor.

Sepultado Coppi, Gino desapareció como un sueño entre el gentío que —también— empezaba a marcharse, dejando sobre la tumba el montón de coronas y las lágrimas. Busqué, afanosamente, a Bartali entre la gente que se retiraba. Al final, cuando me disponía a retornar a Madrid y entregar el material sobre Coppi al director, decidí escribir estas páginas para expresar, a través de ellas, que recordaría a Bartali con respeto y amor mientras yo viviese y que, algún día, publicaría en las páginas de *El Faro*, o donde se diese la oportunidad,

este testimonio en honor a otra gran gloria deportiva de Italia en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial:

«LA BICICLETA DE GINO BARTALI,
EL HOMBRE DE ALAS EN LAS PIERNAS

Gino empezó a recordar episodios vividos junto a su «rival», ahora muerto, camino al cementerio, sin darse cuenta de la inquisidora mirada de Corina, periodista asignada por el diario madrileño *El Faro* para cubrir el acto del sepelio del campeón mundial en ciclismo Fausto Coppi. Cumplida parte de su tarea encomendada por don Néstor, no se marcharía de allí sin seguir de cerca los movimientos de Bartali, quien, como la periodista, fue impulsado por la muerte de Fausto a recorrer, mentalmente, algunos episodios de su propia vida.

¿O sería Bertha quien recordaba por él? Acaso imaginaba lo que fue su vida tan difícil hasta alcanzar su propio lugar: no retomaría ningún puesto dejado por Fausto. Corina, como Bartali, sabían que la vida de Coppi, su historia personal, estarían siempre cubiertas por una aureola mágica. Gino empezó obteniendo victorias locales, tras las cuales terminaría de convencer a sus padres de su destino a cumplir: el de ciclista que tomaría su oficio como su sangre y vida; no el cuidador de un vivero. Los ayudaría a mantener ese vivero cuando empezaran a ser famosas sus piernas, su estilo en las carreras, el don divino que parecía haber bajado del Olimpo a sus piernas, brindándole una fortaleza de la que siempre, desde niño, adoleció Fausto, aun cuando también gozaba de talento; entusiasmo y férrea disciplina para las prácticas y metas que le imponían, a diario, sus entrenadores.

Gino nunca paró de ganar competencias regionales. Pero tampoco de recorrer los sembradíos cercanos, las carreteras y caminos alternos a su casa luego de concluida su faena laboral. Hasta bien entrada la noche, cuando en las más claras, las estrellas parecían caer sobre los riachuelos, corría en su bicicleta sin ningún rumbo fijo. Más que atravesar montañas y caminos, Gino saltaba o bajaba entre carreteras llenas de curvas estrechas, bordeadas de yerbajos y enormes rocas, mientras su madre lo llamaba a gritos desde la puerta de su humilde casa:

—Gino, se hace tarde, la sopa de galletas se está enfriando. Además, quiero mostrarte una mata de orquídeas que echó ella sola dos docenas de flores.

Antes de entrar a casa a cenar, lo veo colocar la bicicleta, junto a la gruta que él y su padre don Camilo levantaron a la Virgen de las Rocas, tomando como modelo la copia autenticada de un dibujo de Leonardo Da Vinci adquirida en Florencia. Esto nunca me lo contó Gino, tampoco Raffaele mientras esperábamos a Gino en el Convento di San Domenico. O en el Convento di Santa Chiara, con los papeles y los pedazos de cartón en mano, para que, en otro convento, se armaran los espejos de mentira, los pasaportes falsos que el mismo Gino transportaría como correo clandestino en bicicleta.

Buen católico, desde muy niño, se asumió como devoto de la Virgen de las Rocas. Lo veo de nuevo pasar ante su imagen, antes de almorzar. Le pedía a la Virgen que lo llevara bien lejos en la carrera que se había propuesto; que le apartase todas las piedras y peligros. Sin embargo, la Virgen no lo complacería totalmente: en la primera carrera profesional, cayó inconsciente, por unos segundos. Enseguida se levantó ante la desconfianza de cronistas de prensa a quienes, lentamente, convenció de que él sería tan bueno o mejor que el propio Fausto Coppi.

Las imágenes de Fausto Coppi, así como de la Virgen de las Rocas, lo acompañaron en todas las carreras, una vez que dejó su casa y se fue a vivir a Florencia, muy cerca de la estación del tren. En poco tiempo, Eberardo Pavesi lo invitó a liderar un equipo llamado Legnano; lo estimuló a dedicarse, noche y día, a los entrenamientos, sin tirar la vieja bicicleta cuando logró comprar una nueva: una máquina profesional que le permitiría recorrer toda la región de La Toscana, montado en esa bicicleta desde las cinco de la mañana. Después de rezar tres Ave María a la Virgen de las Rocas comenzaba a recorrer pueblos, colinas, a vadear riachuelos; a atravesarlos tanto como a Prato y empezar su relación con los monjes de la Cartuja de Parma, al principio como un católico practicante, eventualmente como cartero entre dos o tres conventos que lo asumieron, desde siempre, como un muchacho católico ganado por una gran devoción hacia la Virgen María. Seguramente, terminaría algún día, no como un ciclista aventajado entre colinas y caminos estrechos, sino como un *novicio* que, acaso, concluyese su vida como un cartujo más.

Pero la primera gran meta reseñada por el periodista Luigi Pavesi se hizo realidad en el año 1936, cuando Gino Bartali se adjudicó su primera gran victoria, después de vencer, no solo a Coppi, sino también, a los dos competidores a quienes mantuvo en las tres etapas a cinco y hasta diez minutos de distancia. Se había producido el primer milagro de la Virgen de las Rocas: ella había logrado que naciera el ciclista alado, que gustaba de las lluvias, las tormentas y el fango, y a quien, ni siquiera Fausto Coppi, terminaría doblegando.

Al obtener su gran victoria en el Giro, se le acercaron tres dirigentes de los dos bandos en que se dividía el país, sumido en una gran revuelta social entre comunistas y católicos. Gino no asumió una posición firme, clara, ante ninguno de

los grupos ni ante quienes le propusieron que dedicase la victoria a Benito Mussolini, *El Gran Duce*, ni ante las secretas propuestas de un grupo de católicos que organizaba sigilosamente una red de apoyo a los judíos condenados a los hornos crematorios. Pero, la Virgen de las Rocas sí conocía, en lo más profundo, hacia dónde se inclinaría su corazón. Tampoco lo sabía yo. Pero siempre sería el muchacho que recorría las colinas, sirviendo de correo a mi gente, mi vida. Nunca ese muchacho imaginó cómo bordaría su arma un escudo secreto en los caminos estrechos y oscuros. Durante noches enteras, sin dormir un segundo, llegaría a Arezzo. El padre Prior, del Convento Abbazia San Francisco, establecería los primeros contactos que lo llevarían en secreto, por empinados caminos, hasta los monasterios San Michele Arcangelo; a los conventos Camaldulense di Contra, di San Francesco, di Santa María, llevando correos y papeles para la elaboración de pasaportes ilegítimos, *espejos de mentira* que salvarían a centenares de ancianos y niños judíos, con solo abrir el cuadro de su bicicleta, o dejar, que, algunos de esos papeles bajaran por los tubos, tal como se lo acomodaban los miembros de la red secreta de apoyo y salvamento de los niños judíos, de la cual formaban parte laicos, hermanas religiosas, obispos; un novicio activo de nombre Raffaele Il Grande, intrépido, tanto como yo y la propia Esther, quien se hacía pasar como novicia ante los agentes nazis apostados en carretera. Les hacía el saludo nazi, antes de tomar la colina donde me esperaba Raffaele, quien había sido capaz de disfrazarse de mendigo, de sacerdote, de soldado. Oculto y, oculto en su disfraz, atravesaba ríos, serranías, caminos oscuros, la mayoría de las veces a pie; llegaba a los conventos de Florencia, de Grosseto, de Lucca o de Pisa y, muchas veces, arribaba el primero —mucho antes que Gino— para ayudar a todos a armar la trampa, los rollos de papeles, de pequeños cartones que se armaban en los

conventos de Certosa de Firenzi; Abbazia di Salvatore; Abbazia di San Maniato al Monte; Convento de la Anunziata. Una vez armados, los documentos serían llevados a los conventos de Grosseto, Lucca, Pisa o Siena, donde aguardaría Raffaele Il Grande con otros integrantes de la cofradía defensora de judíos, al intrépido Gino Bartali, a quien muchas veces, los oficiales nazis, en sus travesías, al reconocerlo, lo detenían para solicitar un autógrafo u ofrecerle un poco de pan o de agua, convencidos de que solo andaba entrenando por aquellos parajes escarpados.

De una orilla a otra, bajaba noche y día por colinas empinadas; siempre acompañado por la Virgen de las Rocas; lo vuelvo a soñar invocando a la Virgen; pronunciando su nombre para recomenzar este sueño cuando ahora yo, Esther, lo sigo detrás, montada en mi bicicleta imaginaria, para entregarle una rosa que robé en un velorio. Tal vez, la Virgen se sonreiría a sus espaldas, cuando al pasar frente a un piquete de soldados nazis, Bartali los saludase afablemente; sin responder al saludo nazi, daría supuestas vivas a Hitler, a Mussolini. Y al tomar la carretera estrecha que lo llevaría al Convento de San Girolano, o al de San Doménico, en Prato, pensaba que, tal vez, Raffaele y Esther andaban cerca; o se habían quedado entre penumbras, esperando reiniciar la faena en Siena, a setenta kilómetros de allí.

Tras la temprana muerte de tu hermano Giulio permaneciste en penumbras, en un rincón del vivero; vuelvo ahora a pronunciar tu nombre para recomenzar este sueño, *todo en ti lleva el sello de la muerte*. Pero, en tu nombre, otro monje echaría a volar palomas mensajeras, mientras yo sigo de una colina a otra, de un monasterio a otro, detrás de ti, Gino, también en busca de las carreteras secundarias; en pos de los caminos secretos de La Toscana sobre tu bicicleta “llevando consigo

documentos falsos que serían utilizados por numerosos judíos, en un número cercano a ochocientos, en su fuga hacia la libertad”, según escribiría la periodista Corina Cohen en *El Faro*, el día 5 de mayo de 2003, al cumplirse tres años de su fallecimiento».

Y en ese sueño de ser grandes, Fausto y Gino, cada uno a su manera, cada quien en su camino, había acumulado grandes victorias: Fausto ganó veintidós veces los giros y fue proclamado Campeón Mundial del Ciclismo en el año 1953. Gino entre los años 1935 y 1954 obtuvo noventa y un victorias; algunas veces seguido de cerca por Fausto Coppi, su «rival», un rival con el cual llegó a compartir, en plena carrera, una botella de agua, sin que sus admiradores de uno y de otro bando, estuvieran convencidos realmente quién de ellos había pasado la botella al otro.

«—O simplemente posaron, de común acuerdo, al día siguiente, como símbolo de unión en una Italia dividida en dos bandos: se es comunista o católico; coppista o bartalista».

«—Corina se quedó corta. Cierto que el gran secreto de Bartali no fue conocido sino después de su muerte ocurrida el 5 de mayo del año 2000, cuando, después de recordar en las crónicas periodísticas escritas por Corina Cohen a su muerte, se registró su victoria en los Giros de Italia en 1936; en 1938. En el año 1948 ganó, en siete etapas, el Tour de Francia, que obtuvo dos veces antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Fue el primero en utilizar el cambio de marcha; el cambio de velocidad en plena carrera.

«—¿Cómo se logra esa faena?

«—Para cambiar de velocidad, se debe detener la marcha y cambiar el piñón».

Pero su astucia grande la llevó a cabo en el año 1938, cuando le brindó su victoria a Benito Mussolini, *El Duce*, (quien, al principio de su carrera política, trabajó como periodista director de *Avanti*, desde cuyas páginas empezó a avivar el fascismo en Italia) hasta tomar el poder. El triunfo de Bartali en el Tour de France entusiasmó a todos los seguidores de *El Duce* y al propio Mussolini, quien lo felicitó de manera pública y ordenó a sus funcionarios que le dieran todas las facilidades para sus entrenamientos en todo el territorio del país: por donde pasara Gino Bartali se habría de saludar al supuesto gran héroe de todos los fascistas. El mismo que transportaba en el cuadro de su bicicleta las armas secretas que debilitarían a Mussolini.

Y entonces, considerando que la gran victoria me pertenecía no importaba si hasta mi familia me considerase fascista. Salía a medianoche desde los monasterios de Lucca; de La Farneta; de Santa María Maggiore; de Santa Gemma. Luego de dar el santo y seña, creado para él por Giorgio Nissim, las puertas de uno cualquiera de esos monasterios se abrían para el intrépido ciclista, participante activo en la red creada por Nissim junto con laicos, sacerdotes, novicios y obispos para salvar a más de ochocientos judíos. Sobre todo niños —entre ellos yo misma— de los hornos crematorios que esperaban por todos nosotros.

Gino armaba y desarmaba el cuadro de su bicicleta ayudado por novicios de aquellos monasterios, inclusive por obispos que venían a ayudar o a agradecer su gesto en nombre de Dios y de la Virgen. Especialmente por Raffaele Il Grande y por una muchachita llamada Bertha, quien siempre llegaba la primera al convento, mucho antes que el propio Raffaele. Lo esperaba como si apenas hubiesen comenzado la faena y no la habrían repetido ya en unos

cuarenta o quizá más conventos y monasterios incluidos en la red ideada por Giorgio Nissim.

—En el nombre de la Virgen de las Rocas —añadía casi siempre Gino mientras se preparaba, junto con Raffaele Il Grande, a rellenar el cuadro y, algunas veces, hasta el asiento de su liviana bicicleta que no llegaba a pesar los tres kilogramos, incluidos los papeles y cartones preparados en los monasterios para armar los pasaportes falsos que salvarían a los judíos de los cuales Bartali conoció a uno solo: a Giorgio Nissim, quien le fuera presentado, a medianoche, por el padre Prior del Monasterio de Santa Gemma, a solo tres meses de su supuesta adhesión pública a la gesta de Benito Mussolini.

Cuando terminaron de sepultar a su «rival» Fausto Coppi, Gino, quien conservaba parte del ramo de rosas, ya secas, que el papa Pío XII les obsequió a cada uno (cuando los recibió en conjunto en audiencia privada, como si de esa manera, también Pío XII reafirmara al recibirlos juntos, que entre ellos no existía rivalidad y terminarían de unir a Italia en un solo país), Gino dejó caer el ramo de rosas secas sobre el montón de coronas que cubrieron la tumba. Luego se perdió entre el gentío. Había empezado a morir él también o ya habría muerto; ni siquiera Corina lo sabía o se lo imaginaba.

Aun cuando fue reconocido Gino Bartali como el gran ciclista entre los asistentes al entierro, prefirió salir solo del cementerio, por una vereda que acaso le resultaba conocida. Su bicicleta permanecía afuera, esperando por él. Una tenue llovizna empezó a caer. Corina lo vio salir. Apresuró el paso; lo siguió por la vereda.

Por un momento, como si el tiempo no hubiese pasado y llevase en ella alguna encomienda, Gino no se encaminó hacia ningún monasterio, sino a la casa de su hijo Andrea, quien lo esperaba con una grata sorpresa en las manos: un diario

escrito por Giorgio Nissim, en el cual el nombre de Gino Bartali apareció registrado, no como el adulante a Mussolini, sino como el salvador de más de un millar de ancianos y de niños judíos.

Cuarenta años después, la periodista Corina Cohen, quien terminaba de escribir, no una, sino dos crónicas para *El Faro*, dejó las oficinas de redacción del periódico y apresuró sus pasos para atravesar la Plaza del Carmen y llegar a la calle Aroza antes de que la noche terminase de caer. Un baño de agua tibia le vendría muy bien, pensó, mientras volvía la cabeza antes de entrar al edificio donde vivía. Acaso el alma de Gino Bartali la seguía como un celaje para solicitar otros cartones, algún papel o llevarla al bosque que la conduciría al río Arno y de allí al mar otra vez.

Llovía con más fuerza. Repentinamente, tuvo la sensación de que *otro* alguien, tal vez un neofascista —de los muchos que resurgían cada día bajo el hermoso cielo madrileño— marchaba detrás, siguiendo sus pasos. Quizá enfurecido con ella, tras la lectura de las crónicas sobre Fausto Coppi y Gino Bartali, la siguió con un puñal aferrado entre sus manos, dispuesto a matarla. Pero no se volvería; antes de llegar a la puerta del edificio donde residía buscó afanosa las llaves en su bolso *no tomaré ninguna otra vereda; del cielo seguramente caería una rosa y otra y otra*, pensó mientras la noche terminaba de borrar el firmamento. Ya no podría seguir mirando hacia el cielo, ni tampoco a la rosa ensangrentada que sostenía en su mano.

Índice

Entre la cuna y el dinosaurio	11
El huésped invisible	25
La procesión de los caballos solos	37
Hendijas en el agua	49
La gesta de Orión	63
El hombre del anillo	79
En Valencia nació Yoknapatawpha	93
La lluvia secreta	105
La bicicleta de Gino Bartali	131

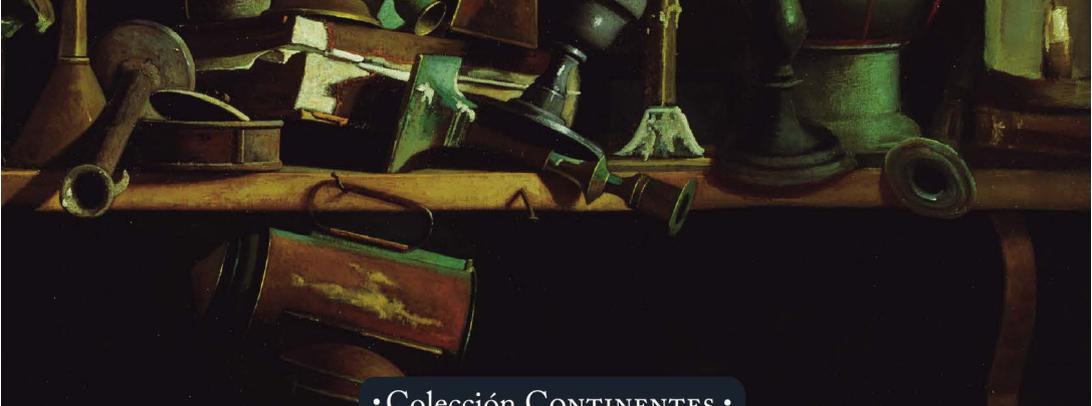
El huésped invisible

Cuentos 2002-2015

se imprimió en el mes de noviembre de 2023,
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo.

Caracas, Distrito Capital, Venezuela.

Son 1.000 ejemplares.



• Colección CONTINENTES •

Sobre este libro de José Napoleón Oropeza, el crítico y editor literario español Manuel Borrás señala: «exhibe una gran riqueza léxica, una prosa que rebosa poesía construida mediante el recurso de soberbios talles líricos y magistral en el tratamiento y solapamiento de los tiempos, en los saltos cronológicos y en una “filosofía” que sitúa al autor entre Jorge Luis Borges y los grandes hallazgos del postmodernismo más contemporáneo». Nuestra casa editorial se complace en presentar a los lectores la daga literaria de un escritor experimentado, con un magistral dominio del lenguaje, cuya configuración de signos refleja, desde siempre, su particular estilo narrativo y expone un juego de voces propias de la naturaleza humana, desde su lado más compasivo hasta el más oscuro.

JOSÉ NAPOLEÓN OROPEZA (Barinas, 1950). Miembro de la Academia Venezolana de la Lengua, doctor en Literatura por el King's College London, novelista, ensayista, poeta y profesor universitario. De su larga lista de publicaciones podemos mencionar: *Parte de la noche* (1972), *Las redes de siempre* (1976), *Ningún espacio para muerte próxima* (1979), *Las hojas más ásperas* (1982), *El bosque de los elegidos* (1986), *Entre el oro y la carne* (1990), *La guerra de los caracoles* (1991), *Testamento de un pájaro* (1992) y (2011). Entre sus numerosas distinciones se cuentan: Premio de Poesía Alberto Arvelo Torrealba (1970), Premio Único de Cuentos de la Universidad del Zulia (1971 y 1972), Premio de Prosa de la Universidad de Carabobo (1971), Premio de Novela Guillermo Meneses (1975), Premio Bial de Literatura Orlando Araujo (2001), Premio de Crítica a la Novela (2011), Premio Nacional de Cultura (2021-2022), mención Literatura, y Premio Nacional de Literatura (2023).



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

